
Dueña de su Destino
Hijas de la Desgracia VII
Laura A. López
Regenta

Contenido

Contenido
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Final
Disfruta de la próxima serie

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…
Si te gustó Una salvaje adorable, podría gustarte…
Biografía

Dueña de su destino

Laura A. López

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS.

CORRECCIÓN: SANDRA GARCÍA

IMAGEN: PIXABAY



Capítulo 1

William Lowther, duque de Welberg, había regresado a Londres hacía casi un año. Si no fuese porque llegó el mismo día en que su hermano, Dimitry, se casaba, ni siquiera se habría enterado. Ni sus padres ni sus hermanos habían podido localizarlo, por eso no supo sobre el compromiso y mucho menos sobre el matrimonio. Fue una sorpresa para él, porque veía a aquel pariente suyo bastante enamorado de una joven que parecía tener un carácter apacible, pero era caprichosa a puertas cerradas. Lady Maud Mortimer era tan hermosa como peligrosa, aunque le agradaba y todos en la casa la querían. William no tenía razones para oponerse; el problema era que esta unión era como una sentencia para que también tomara el mismo camino que Dimitry para encontrar a una dama que le gustara y que cumpliera con las expectativas familiares.

Ellos no le escogerían esposa y William lo sabía. Siempre fueron abiertos a que todos se enamoraran y se casaran por esa razón. Sabía que su período de gracia estaba terminando y debía buscar de forma exhaustiva a su futura compañera y último miembro de la familia. La presión que sentía era inmensa, solo que no podía demostrarlo. Su madre estaba a punto de hablarle sobre el asunto y esa era una razón suficiente para huir de ella cada vez que tenía una oportunidad o al menos cuando veía ese brillo ansioso en su mirada.

Unos pasos entrando al salón hicieron que William se sobresaltara y buscara una escapatoria. La primavera no solo llevaba consigo muchas flores y bailes para escoger esposa, sino a su estimada madre, que ya no ocultaba sus intenciones a medida que los días transcurrían.

Se puso de pie y se apresuró a llegar a una de las ventanas; sin embargo, ahí encontró a su padre, de pie en el jardín. ¿Cómo fue que previó su ruta de escape? Unos segundos después se dio cuenta de que estaba acorralado por sus padres.

—¿Por qué no te vemos con tanta frecuencia? Siento que nos estás evitando, querido —habló Martha, que lo cogió del brazo para llevarlo a sentarse.

—Estuve ocupado con asuntos del ducado, madre. Es solo eso... —justificó con premura.

—¿Qué asuntos del ducado puedes tener si todo lo hacen tus administradores?

—Eso no es del todo cierto, madre. Estuve haciendo negocios nuevos y de esos me estoy encargando.

—Siéntate, William. ¿Qué negocio puede ser tan importante o al menos es capaz de quitarte tiempo para buscar una esposa? ¿No te da vergüenza seguir soltero?

—En absoluto. Me gusta ser soltero, madre. Tengo mucha libertad y no quiero perderla.

John entró por la puerta para poder conversar con su hijo, al igual que Martha.

—William, no queremos que te sientas mal al ser el único en la mesa en estar soltero. El año anterior tomaste un largo descanso. En este queremos que nos prometas que comenzarás la búsqueda de una candidata. No significa que debas casarte con alguien, sino que te animes a buscar o al menos a admirar a las bellezas de la temporada hasta que encuentres a la indicada —dijo John.

—¿Acaso te pedimos algo irracional? Solo queremos que tengas a la mujer perfecta a tu lado. Ella debe estar en alguno de los salones... Solo piénsalo, William.

—Lo sé, madre. Entiendo que quieren lo mejor para mí, aunque yo pienso que no estoy listo para dar el paso. ¿Cómo puedo saber si una dama es la adecuada? —indagó con curiosidad—. ¿Debo empezar buscando por la excentricidad?

—No necesariamente debe ser alguien excéntrica. Tú traerás aquí a la dama que te haga feliz. Aquí nada se obliga, aunque

siempre se sugiere. Las hijas de nuestras amistades y clientes siempre están expectantes. Algunas quieren conocerte, pero por respeto a ti no lo hemos hecho —respondió su madre.

—Si no acepto, no me dejarán en paz. Debo admitir que tuve mis victorias al escapar todos estos años de lo inevitable, pero, al parecer, ha terminado por alcanzarme.

—En eso tienes razón, solo pon de tu parte para que la búsqueda no sea angustiante. Incluso existen personas que ni siquiera han sufrido por ello. Quizá seas de los afortunados que encuentran la mujer ideal sin tener que pasar peripecias —habló el letrado.

—No sabemos qué ocurrirá, ni tampoco me comprometo a una búsqueda exhaustiva de una mujer; será solo una cuestión de suerte, sí, eso. Le dejaré este asunto a la suerte. ¿Por qué en lugar de encontrarla, no me encuentra ella a mí? Sería una buena idea.

—No está mal, hijo, pero para que alguien te encuentre, al menos déjate ver. Encerrado aquí o viajando por lugares lejanos y quedándote en tabernas, las cosas que atraerás no serán de suerte; ten cuidado con eso —alegó su madre.

—Es cierto, pero nadie puede impedirme seguir como Dios me trajo a este mundo: libre. Lo seré hasta que se me permita.

—Lo importante es lo que puedas lograr en esta temporada. Damas sobran; una ideal para ti es la que deberá encontrarte. Estaré esperando ver a la mujer que te conquistará. Necesito verlo —habló el letrado con una sonrisa burlona. A él le costaba creer que una dama lo encontraría; no era muy convencional, aunque no imposible. Después de casar a todas sus hijas, cualquier cosa era posible.

En esta ocasión, William no pudo escapar de las intenciones de sus padres. Al menos pudo dejar claro su punto de vista sin tener que huir. Los juzgó mal al pensar que lo obligarían a conocer a las hijas de sus amistades. Era evidente que tenía las defensas altas

cuando se trataba de este asunto. Aún le costaba aceptar que tuviese que prepararse para el matrimonio.

Después de terminar su conversación, fue al despacho de su padre, en donde tenía sus propios papeles para poder observarlos, pues pronto debía reunirse con James por sus asuntos de negocios y debía ir preparado para sacar la mayor ventaja posible. Aquel pelearía cada guinea para que los dos quedaran en igualdad de oportunidades.

Pasó toda la tarde en aquel lugar y solo salió para comer, quería dejar en orden todos los asuntos para no esperar al último día. Además, con sus familiares saliendo y entrando de la casa todo el tiempo, era difícil mantenerse concentrado y, en ocasiones, sobrio. Ciertamente, William asumía que tenía muchos defectos; sin embargo, era una persona responsable. Siempre priorizaba sus negocios antes que sus vicios o el libertinaje. Después del problema con las ladillas, fue mucho más cuidadoso, al igual que Dimitry. Esos accidentes ocurrían, pero eran tan vergonzosos que era mejor evitarlos, porque después se convertía en el hazmerreír de la mansión durante las cenas en cualquier momento del año. Todos eran expertos en tergiversar sobre esos bichos y suponer cómo los habían adquirido.

Unos golpes en la puerta interrumpieron la paz de William. Aprobó que alguien pasara y vio ahí a Dimitry.

—¿Estás tan ocupado que no puedes reunirte con tu familia en el salón antes de la cena? —interrogó Dimitry.

—¿Ya es hora de la cena? Estaba inmerso en estos asuntos. Después del té no me ha dado hambre.

—¿Qué haces?

—Estoy preparando mi siguiente negocio con el hijo del duque de Albine.

—¿Con James? Ese pobre jovencito tiene muchos problemas en casa. No ha sido tan afortunado como nosotros al casar a nuestras

hermanas. Él solo tiene una.

—He oído un par de cosas, pero no le he dado mucha importancia, son asuntos caseros. Mientras no afecten mi negocio, no tengo de qué preocuparme.

—Te lo advertiré: está buscando esposo para su hermana. Ten cuidado de que no te quieran dar gato por liebre al verlo. A mí me la ofreció el año pasado, con prueba de castidad incluida.

—Vaya, sí que debe garantizar que lo que sale de su casa esté en buenas condiciones.

—Es lo justo. Imagina una esposa que no cumple con lo mínimo, que es la pureza antes del matrimonio. No importa si no fue consentido; para el mundo en el que vivimos, no es aceptable. Ella fue secuestrada un par de horas, pero sabes que para que las cosas ocurran solo se necesitan unos segundos.

—Tienes razón en eso, pero no es mi asunto y dudo que él quiera ofrecerme a su hermana. Puede afectar sus acuerdos conmigo. El dinero y la familia es mejor no mezclarlos.

—Ven, acompáñanos. Maud ha conocido a un par de damas la semana pasada y quiere actuar de casamentera contigo. No importa si no te interesa; asiente y sonríe para restarle importancia. Créeme que no querrás enemistarte con ella. El último que lo hizo tomó un barco a la India. Todavía le faltan nueve años para regresar. Era eso o dejar que se convirtiera en una asesina.

—No sabes controlar a tu esposa. Te pasa por encima como una diligencia rabiosa, Dimitry.

—Solo me gusta la paz y, cuando ella no intenta matarme, me siento feliz. No todas las mujeres son malvadas sin intentar nada; otras son el mismo diablo. A mí me tocó darle un pequeño infierno a mi diablesa. Me gusta que se sienta bien y consentida.

—Lo que debes hacer es que evite ser una plaga cuando come. Recuérdale que le costará dar a luz en el futuro si come como un

cerdo. —William se puso de pie y apagó la lámpara para salir del despacho con Dimitry. Debería tener su momento familiar inesperado.

Al llegar al salón, Maud estaba riendo con Martha. Era evidente que las dos conspiraban queriendo sacar provecho de alguna situación, porque cuando ellas lo vieron, los ojos de aquellas brillaron al notar su presencia. De inmediato, su cuñada se acercó con una sonrisa, cogió su brazo y lo arrastró para que se sentara entre ella y su madre.

—¿Por qué te escondes de la familia, cuñado? Dime, ¿acaso temes que alguien pueda presentarte a una dama? —curioseó Maud con un mohín.

—¿Acaso no debería temer a las personas que fingen ser amables para acercarse y ofrecer a alguna mujer que conoció y que quiere que sea su concuñada o su nuera?

—Nos calumnias. Jamás pensaríamos en un plan tan perverso solo para que te cases. Nosotras somos personas de bien y estamos siendo amables y adorables contigo. Estás asustado por nada —declaró Maud, que miró a su suegra sabiendo que debían abandonar lo que estaban a punto de decir.

—Es cierto. Ni por un minuto hemos dicho que te ofreceríamos a alguien —aclaró Martha con una sonrisa forzada, guardando un papel de manera discreta en su escote.

—Es suficiente con haber sido ofrecido en el círculo más cercano. Dejen que yo solucione mis problemas; no necesito que ustedes lo hagan. Sé que tienen buenas intenciones, pero de eso mismo está lleno el infierno. No quiero ver a nadie de la familia Preston ardiendo en el averno por metiche.

Dimitry miró a su esposa y esta estaba enfurruñada por haber sido descubierta, al igual que su madre. Cuando William decía que nadie debía meterse, significaba eso mismo y no desafiarlo. Un rato después llegaron sus hermanas y esposos para la hora de la cena.

En la mesa, la mayoría se miraba sospechosamente. A algunas de sus hermanas les picaba la boca para decir alguna cosa que tuviese que ver con un futuro matrimonio. William era más inteligente y cortaba de raíz cualquier avance por ese lado. Esconderse no era una opción, porque ellos eran como tipos que buscaban por dónde salir; lo mejor era mostrar su cara y decirles que no tenía ningún interés en escuchar recomendaciones o consejos no solicitados. Si aquellos eran felices con cierta clase de persona, eso no significaba que él también lo sería. A él aún no le había pateado un burro en la cabeza para tomar decisiones absurdas, aunque aceptaría lo que la suerte quisiera darle como esposa si le gustaba y era graciosa. ¿Por qué negarse a la buena fortuna si esta hacía que apareciera una dama que llegara a gustarle en realidad?

Capítulo 2

En el espejo de su tocador, Helen Winston, hija del duque de Albine, observaba su rostro atractivo. Tenía todo lo que una dama podía desear: belleza y dinero, pero su reputación se había desvanecido entre los chismes de después de lo que le había ocurrido.

Dos años atrás, ella fue de compras con una doncella a una de las tiendas de ropa más importantes de Londres, porque le gustaba vestir bien. Siempre demostraba su estatus noble con sus vestidos caros y joyas preciadas que su padre siempre le compraba. Aquel la consentía mucho, pero ese día, algo desgraciado ocurrió. Un par de hombres se la llevaron a uno de los barrios bajos de Londres con la intención de pedir un rescate por ella. La tuvieron atada en un rincón sobre paja en una leñera. Estuvo asustada el tiempo que duró su cautiverio. Para Helen fue como una eternidad, mas solo habían pasado poco más de dos horas. Su hermano y su padre la rescataron gracias a la intervención de alguien que conocía todo sobre todos; sin embargo, eso no fue suficiente para salvar su reputación. La gente se enteró de que fue secuestrada y los chismes no pararon.

Ir a un salón era impensable para ella. Después de tener el mundo a sus pies y la idea de un futuro brillante para conseguir esposo, no le quedaba nada. No quería casarse, no deseaba que la juzgaran y que su marido la señalara como una cualquiera. Desde ese día vivía afanada en la idea de ser solterona. En esos dos años había aprendido a matar cerdos, gallinas y cualquier animal que pudiese cazar. También cultivaba frutas y hortalizas en el jardín trasero. Se estaba preparando para la vida en solitario. Tampoco quería ser un problema para su hermano, James, que apenas respiraba de la preocupación pensando que su única hermana jamás se casaría. No quería ser una carga inútil.

—Milady, su madre pide que baje al desayuno. Debería hacerlo pronto —habló Ingrid, su doncella y protectora. Aquella sabía luchar para protegerla.

—Según el estado de ánimo de la duquesa, considero que debe prepararse para la guerra, milady... —habló su otro acompañante, Harper, que era como su sombra, el que sabía todo lo que ocurría en ese lugar y, al igual que Ingrid, tenía la función de cuidarla, pues nunca sabían cuándo podrían atacar de nuevo las personas que querían un rescate.

Cada uno de sus sirvientes se colocaba en un lado. Su derecha era custodiada por Ingrid y la izquierda por Harper.

—Bien, estoy lista para enfrentar el día... ¿Quién quiere comer un cerdo? —curioseó la joven con una sonrisa.

—A su madre no le gustan los animales, milady. Puede que le haga daño saber que la desobedece —alegó Harper.

—Calla, vasallo. Alarmas a nuestra ama. Haces que dude de sus propias convicciones.

—¿Tú me dirás algo a mí, alcahueta?

—No comiencen a pelear porque los despediré a ambos. Están aquí para cuidarme y no para matarme de un disgusto... —gruñó Helen poniéndose de pie—. ¿Cómo me veo?

—¡Absolutamente maravillosa, milady! —expresaron sus sirvientes al unísono.

—Al menos en algo están de acuerdo. —La joven hizo un ademán con la mano para que se hicieran a un lado y ella pudiese salir de la habitación.

Fue por el pasillo con su porte autoritario de siempre. Como mujer que viviría sola en el futuro lejano, debió pulir su carácter para que más adelante nadie pudiese amedrentarla por nada. Para una dama era importante mantener cierta independencia de un hombre por más que careciera de fuerza en el cuerpo.

Como ya era algo convencional, al entrar en el comedor vio a su madre con el rostro de sufrimiento perpetuo que estaba acostumbrada a llevar. Porque ella decidió que sería soltera.

—Buen día, madre... —saludó con una venia.

—Buen día, hija. ¿Será que hoy no ha ocurrido el milagro que espero?

—No, no ha ocurrido ninguno.

—He ido tanto a la Abadía que mis oraciones deben estar acumulándose en un lugar y llenándose de polvo...

—¿No ha intentado arrodillarse sobre sal o pedregullo? Quizá a alguno le funcione, madre. No está haciendo la oración con los sacrificios correspondientes. No se nota su devoción para que su hija se case.

—Oh, pequeña ingrata grosera. Me preocupo por ti y así es como me pagas, con ingratitud —lamentó la duquesa.

—Solo estoy diciendo la verdad, madre. No importa cuánto implore al cielo, ni a cuántos hombres intenten meter en esta casa para que me conquiste...

—¿Piensas que todo lo tienes listo para un retiro tranquilo? Veremos si lo logras. Si algo tenemos nosotros en esta casa son más cerebros para luchar contra ti...

—Hasta ahora sus tácticas han fallado. Nadie quiere a una mujer sin reputación, eso hace todo el trabajo por mí, ni siquiera tengo que mover un dedo.

—¿Cómo amanecieron? —preguntó James entrando al comedor.

—Mal como todos los días en los que tu hermana da disgustos...

—¿Le das disgustos a madre, Helen? Te he dicho que cualquier conflicto familiar que tengas lo hables conmigo. No puedo hacer mucho, pero al menos intentaré consolarte.

—James, eres un mártir en esta vida. No quiero que sigas sufriendo por mí. Dile a nuestra madre que deje de insistir con algo inútil; soy un caso perdido.

—No, no lo eres. Nuestro padre ha pensado en una forma perfecta de encontrar a alguien que quiera casarse contigo. Podemos emitir un certificado de virtud y un estipendio generoso aparte de la dote para que puedas casarte. ¿No te parece una buena idea?

—Es algo humillante porque no he perdido nada, los rumores son los que hicieron que perdiera mi reputación. La mujer sin su reputación no es nada.

—Definitivamente encontrarás a alguien que quiera casarse contigo, pero no será una persona de nuestra condición social. No estoy de acuerdo en que te quedes soltera para siempre. ¿Puedes preocuparte por mí como yo me preocupo por ti? —inquirió James.

—No me pongas en esa posición. ¿Qué es exactamente lo que quieres, hermano?

—Lo mejor es que puedas conseguir un esposo por tus propios medios, al que quieras; si no lo haces, tendrás que someterte a nuestros requerimientos... —alegó su hermano—. ¡No más orejas de elfo para espantar a nadie!

—¡Hermano! Eso es injusto...

—Además, te decomisaremos tus joyas y el dinero que tengas ahorrado. No más estipendios para ti si no haces algo por mejorar tu situación.

Ingrid y Harper, que estaban oyendo desde cerca de la puerta, se miraron con absoluta indignación ante lo que acababan de oír. El marqués adoraba a su hermana, pero estaba siendo muy duro al pedirle eso.

—El marqués ha enloquecido. Pone a milady entre la espada y la pared. Es muy injusto —dijo Ingrid, molesta.

—Un balazo no le vendría mal a su señoría para corregir su comportamiento. Nosotros debemos cuidar de nuestra lady...

—Sí, un balazo o unos latigazos le vendrían de maravilla a este malvado...

—¿A quién piensan balear y matar a latigazos? Que yo sepa, los únicos que pueden recibirlos son ustedes, insolentes...

Los dos dieron un salto al escuchar la voz del duque. Aquel tenía una voz intimidante y su presencia era aún peor con esa cicatriz de las batallas que luchó para su majestad.

—¡No hemos dicho nada, su excelencia! —Ambos se postraron con presteza ante él.

—¡Ja, ja, ja! Debí haber escuchado mal. No me culpen, estoy viejo... —alegó el duque, que pasó junto a ellos como si nada. Aquel era intimidante solo de presencia, pues era alguien de gran corazón que cuidaba de los suyos como un verdadero león.

Al entrar al recinto, los ojos del duque se iluminaron al ver a su familia reunida.

—Disculpen la tardanza... —habló el duque, que se acercó a darle un beso en la frente a su esposa y otro a su hija. A James solo le dedicó una inclinación de cabeza.

—¡Oh, padre, sálveme! —exclamó Helen, que se arrojó a sus brazos—. ¡Mi hermano está siendo cruel y despiadado!

—¿Es eso cierto, James? —interrogó aquel con tono enfadado.

—No, padre. He planteado lo que usted y yo acordamos.

—¡Debe estar exagerando! Mi amado padre jamás me quitaría mis joyas... —expresó la joven buscando una laguna en el plan de ellos.

—¿Le dijiste que también le quitaríamos los vestidos si quería vivir como una persona común?

—Lo olvidé, padre. Disculpe mi descuido. Ella no me ha dado tiempo de seguir diciéndole nada.

—¡Mis vestidos! ¡Oh, no! Cualquier cosa, menos mis vestidos... ¡Tampoco las joyas!

—Las gallinas, los cerdos, el hacha y el arma de cacería... Serán incautados —anunció su padre.

—¡Judas fue más generoso que ustedes! ¡Traición! —expresó desesperado.

—¡Por fin alguien ha pensado en lo mejor para esta familia! Helen, ha llegado la hora. Para la cena queremos saber qué has decidido, si tus candidatos o los nuestros —musitó su madre con la arrogancia de tener el apoyo de los varones de la casa.

—¡Bien! Veremos quién resiste esta guerra. No seré humillada por nadie, ni por mi propia familia. ¡Que me sirvan el desayuno en mi habitación porque esto parece Newgate con tantos criminales aquí! —La joven hizo un sonido y alzó la barbilla para retirarse. Se alejó de su padre como si este quemara.

Irguió su espalda y salió del comedor como la reina orgullosa que se sentía que era. Sus sirvientes la siguieron de vuelta para saber qué se le ofrecía.

—¿No habremos sido tan duros con ella, padre? —curioseó James.

—No debemos ser blandos con ella. Ha perdido dos años. No conseguirá un esposo en los salones. Solo siendo duros podremos hacer que entienda que ser soltera es peligroso —afirmó su padre—. Si sin haber hecho algo es el blanco perfecto, imaginen que sea solterona y nosotros estemos muertos. La vida que le espera es cruel, mucho más de lo que es nuestro plan.

—Estoy de acuerdo, querido. Ella no entiende lo que es mejor. Debemos hacer lo posible por darle el mejor futuro. Nadie más que

nosotros es confiable para dejar a Helen en buenas manos. Esta jovencita no está razonando como debería —opinó la duquesa.

***

En la habitación de Helen, ella despotricaba contra sus padres al mismo tiempo que desayunaba.

—¿Qué se han creído? La dueña de mi destino seré yo. No toleraré dudas ni acusaciones sin fundamento. No me creo capaz de no matar. Es absurdo que me quiten todo por no querer casarme y ser maltratada. ¿A ustedes les parece sensato?

—No, milady... —replicó Harper con rapidez—. Debe pensar cómo contrarrestar esta situación desfavorable.

—En eso estoy pensando, pero estoy que echo espuma por la boca y no puedo pensar con claridad.

—Piense... Dijeron que usted podía escoger al igual que ellos. ¿No le parece que es mejor que elija a su conveniencia? —cuestionó Harper.

—No seas tonto. Milady quiere permanecer soltera y tú dices tonterías.

—No, no... Harper tiene razón. Si yo escojo, puedo dominar la situación. ¡Se me acaba de ocurrir una idea genial! Escuchen. Escogeré a un falso prometido y después, antes de la boda, morirá trágicamente, dejándome con el corazón destrozado y sin ánimos de casarme. Mis padres verán que no soy capaz de superar ese gran amor y me darán todo lo que necesito para quedarme soltera. Hecha la ley, hecha la trampa, familia Winston. Nunca deben menospreciar los pensamientos desesperados de alguien, porque puede ser una idea tan brillante como un diamante.

—El plan es brillante, milady, pero ¿matará a alguien? —inquirió Ingrid—. ¿De dónde sacará a alguien que quiera morir?

—Por supuesto que no mataré a nadie. Buscaré a un hombre común en un lugar en donde se reúnen los caballeros y es todo.

Requiero a alguien que necesite dinero para poder aceptar el plan. Esto no funcionará si es adinerado; debe ser alguien necesitado para seguirme la corriente.

—¡Qué genialidad, milady! —Harper estaba muy complacido con la idea de su ama.

—Por supuesto que mi idea es genial. Para fingir, le pagaré cierto dinero y, al matarlo de mentiras, le daré el monto más grande. ¡Estoy salvada!

Capítulo 3

—¿En dónde buscará al caballero, milady? —curioseó Ingrid, que estaba poniendo mucha atención a lo que decía Helen.

—En una taberna. No iré a White's a buscar lo que no se me ha perdido. Cuanto más bajo sea el sitio, más candidatos tendré. Espero que todos sean atractivos o este plan fracasará y tendré que buscar a alguien más preparado a quien convencer de algo, lo que en teoría sería más difícil. Un tonto desesperado es lo mejor que podría pasarme para montar esta farsa. Nadie saldrá perjudicado; será una relación ganar-ganar.

—Milady, tiene razón. Es usted tan inteligente al pensar rápido. Si todo sale bien, es infalible... —alegó Harper.

—Aunque no me parece tan buena idea una taberna, no estaría mal, aunque, ¿no será mejor secuestrar a un caballero humilde para no tener que ir a un lugar tan feo?

—No puedo secuestrar a nadie, Ingrid. Esto debe ser un trato, algo de mutuo acuerdo, donde nadie tenga que ser perjudicado. Estoy pensando no solo en mi bienestar; con esto alguien saldrá de la pobreza. Harper, Ingrid... Ustedes llevarán mi dinero a sus habitaciones en caso de que mi padre venga a sacarme algo. También esconderán algunas joyas de menor cuantía que pueda vender. En esta casa solo se sobrevive con estrategias. Quiero ver con qué intentan contrarrestar mi maravillosa idea. Es a prueba de tontos. Pongo mi firma en que esta es la forma correcta de matar a mis detractores —comentó con orgullo.

Su padre siempre fue un hombre inteligente; de hecho, fue estratega para el monarca. Ella heredó su inteligencia y astucia, mientras que James se parecía más a su madre en ciertos aspectos; era tierno y extremadamente sentimental. Le dolía hacerle daño, porque él fue quien la crio. Recordaba ir con él a todas partes, siguiéndolo como si fuese progenitor. Aquel la consentía y jugaba

con ella sin importarle la diferencia de edad ni el cansancio. Era dulce y paciente. Le preocupaba que enfermara por su causa, porque su salud era débil en comparación con Helen, que era fuerte como un toro.

***

Con todos sus asuntos solucionados, William solo tenía que esperar tres días para ir a cenar a casa de James para mostrarle lo que él había calculado para que este negocio que pensaban hacer dejara ganancias. Mientras estaba en el limbo sin mucho que analizar, se dedicaba a pasarla bien y despejar su mente. No quería que nada lo perturbara, solo quería disfrutar de la buena vida y la poca vergüenza.

Una de esas noches fue hasta la taberna para beber y jugar cartas. Si bien con sus cuñados y hermano también podía hacerlo, ahí era hasta el amanecer y con variedad de conflictos. Le gustaba ese mundo distinto al de sus parientes. El encanto de la vida estaba en la variedad.

Cada vez que salía a esos lugares, iba con la ropa más sencilla y entraba ahí con su nombre, sin ningún título que indicara que era un hombre de familia adinerada y noble. Le gustaba vivir al menos por un día como ellos y oír sus peripecias. Muchos ni siquiera podían darse el lujo de comer tres comidas; sin embargo, podían beber y apostar; algunos tenían las prioridades desajustadas. Su grupo y él no eran los únicos que jugaban; en otras mesas estaban otros que hacían barullo y estaban ebrios. En un momento dado, una copa de la otra mesa golpeó a uno de los jugadores del grupo de William, lo que desató un verdadero infierno.

Tanto las mesas como las sillas volaban por los aires, al igual que los puños ciegos buscaban mandíbulas para golpear. William se vio involucrado en el altercado, tomando la decisión de responder con la misma violencia que él recibía. No solo se defendió, sino que también ayudó a su grupo a ganar la pelea, aunque quedó un poco magullado.

Con las pocas cosas que quedaron enteras, volvieron a armar sus mesas y continuaron su juego; mas William prefirió alejarse y continuar bebiendo tranquilo en un rincón más alejado del bullicio. Tendría que explicar la suciedad y los moretones si llegaba temprano a casa. Mientras estaba concentrado en su bebida, alzó la vista y vio a tres personas que estaban en la entrada. Vestían capas y no podía ver el rostro de aquellos. Eso le parecía un poco extraño.

—Milady, veo que hay sangre en el suelo. Considero que podríamos buscar una taberna menos violenta para que usted pueda escoger... —habló Ingrid, que seguía con la cabeza agachada para que nadie la viera, al igual que Helen. Las dos eran mujeres y podrían ser blanco fácil si eran reconocidas.

—He observado un poco y el más listo parece tener un diente menos, milady. ¿Está segura de que le van a creer que usted escogió a ese ser amago? —preguntó Harper con la duda tiñendo su voz.

—Inútiles, vean mejor... Ahí, justo enfrente, en la mesa más alejada, está alguien joven, atractivo y, si nos acercamos, veremos si tiene todos los dientes y si no huele a orinal como la entrada de este sitio. Acabemos con esto pronto, siento náuseas.

Con determinación, Helen fue hacia la mesa en la que se encontraba William.

Él abrió los ojos con sorpresa al ver que las tres figuras se acercaban justo hacia donde se encontraba. Tenía un mal presentimiento sobre esto.

La persona del centro tomó asiento junto a él, pero no le dejaba ver su rostro.

—Esta es mi mesa y pagué para estar solo —masculló William para que esa gente se alejara.

—Vine a ofrecerle un trato ventajoso, señor... —dijo Helen tratando de cambiar su voz.

Una sonrisa burlona se dibujó en la boca del duque.

—Una mujer que viene a una taberna, ¿qué clase de trato ventajoso podría ofrecer? —cuestionó.

—Uno que, sin duda, lo sacará de cualquier apuro que tenga.

Esto comenzaba a resultarle entretenido a William, por eso fingió interés con presteza.

—¿Qué es eso que quiere ofrecerme? La escucharé con atención y espero que en verdad pueda ser ventajoso...

—Lo será, por supuesto que sí, caballero. El trato es el siguiente: le daré mucho dinero a cambio de que finja ser mi prometido por un par de meses...

Lo que estaba oyendo era demasiado audaz para dejarlo pasar como una tontería. Esa mujer quería embaucar a alguien y aún no distinguía si la víctima sería él u otras personas de su círculo más cercano.

—¿Eso se supone que es dinero fácil? Dígame, ¿qué implica este asunto?

—Es exactamente lo que le digo. Solo quiero que me libre de un problema, ¿qué tiene eso de malo? Pagaré por ello y usted tiene la última palabra.

—¿Y si me niego?

—Tendré que buscar entre estos… caballeros que están aquí. Usted es el más atractivo. No me pondrá en un aprieto, ¿o sí?

—Ah, me escogió por ser atractivo…

—No, sino porque es el único que parece más entero. Tiene dos ojos, una nariz recta y todos los dientes. Eso es una gran bendición en esta clase de lugares.

—Excelente observación; sin embargo, solo aceptaré su trato si puedo verle la cara y me convence de que tiene dos ojos, una nariz recta y los dientes completos, ¿qué le parece?

Sus escoltas querían reír, pero sabían que, si se les escapaba algún sonido, ellos serían los primeros en sufrir un atentado contra sus vidas.

—Qué atrevimiento. Usted tiene necesidades, solo debe aceptar...

—¿Quién le dijo que tengo necesidades? Me parece que la persona necesitada es usted, ¿o me equivoco?

—Tiene una lengua muy hábil. Aquí no puedo mostrarle mi rostro... —Helen buscaba la forma de no sacarse el gorro de la capa. No quería ser reconocida. Nunca sabía si algún mozo de su casa andaba por ahí.

—Eso tiene una solución sencilla. Pagaré por una habitación sencilla para un rato. No me malinterprete, solo quiero ver su cara para hacer negocios, es justo. Sus sombras pueden venir con nosotros...

—¿Y si no voy?

—Siga escogiendo. A mí no me quita el sueño... —William se sirvió una copa y la bebió como si nada.

Los ojos de Helen recorrieron el lugar con un poco de desesperación. Ese hombre era demasiado atractivo para dejarlo ir. Además, sería creíble frente a sus padres y su hermano. Ellos saben que le gustan las cosas bonitas, un hombre no podría ser la excepción. Si llegaba con alguien incompleto, sabrían que ella los estaba engañando.

—Bien... Acepto, pero pagaré yo. No quiero que gaste su dinero si es que este negocio no sale...

William se encogió de hombros y se puso de pie, extendió la mano hacia la mujer para que le diera el dinero y pudiese pagar la habitación. Uno de sus guardias entregó el dinero y él sonrió antes de ir hacia el dueño de la taberna.

—¿Confía en que ese hombre no le hará daño, milady? Es muy alto y parece muy fuerte... —comentó Ingrid.

—Es demasiado atractivo. Mis ojos funcionan tan bien que debería felicitarlos por esta elección. Todos me creerán al presentarlo. Cuando le compre ropa elegante, parecerá sacado de un retrato de algún príncipe. Mis gustos son perfectos...

—Ay, milady, piense con la cabeza. Si va a una habitación, él verá que es hermosa, ¿y si quiere propasarse? —inquirió de nuevo Ingrid.

—Para eso estamos nosotros, tonta. Escucharemos desde la puerta si no nos dejan pasar. No nos falta ni fuerza ni destreza.

—Harper tiene razón, Ingrid. Para eso les paga mi padre, para que me mantengan a salvo...

Una vez que William pagó la habitación, regresó junto a la joven misteriosa y le enseñó la llave.

—Sígame.

El corazón de Helen latía desbocado. No podía creer que estaría a solas en una habitación con un hombre tan atractivo. Lamentaba tanto haber sido secuestrada, de lo contrario, este señor sin estatus sería suyo y ella podría convertirlo en alguien rico con solo pedírselo a sus padres, pero no estaba lista para casarse ni con un pobre por miedo a lo que le dirían y cómo la tratarían. En su casa estaba bien cuidada, fuera de ese lugar quedaba a merced de su esposo y de la familia de este. No podía arriesgarse a sufrir más de lo que debería. Al oír que la puerta se abría, sus piernas flaquearon. Él le señaló el sitio para que entrara y después la siguió, cerrando a su espalda y dejando a Ingrid y Harper fuera del juego, aunque sin cerrar con llave.

—Bien, muestre su cara... —ordenó William con seriedad; quería ver qué escondía, quizá una verruga o le faltaba un diente. Este juego era divertido, pero tampoco estaba dispuesto a sacrificios si no existía algo bueno por ver.

Helen no tuvo más remedio que aceptar su destino. Bajó la gorra de su capa y dejó ver su rostro perfecto. Sus ojos verdes como la hierba, su cabellera marrón y su piel que parecía de porcelana no podían dejar indiferente a nadie.

Cuando el duque la vio, quedó boquiabierto. Ella era una mujer hermosa, la más bella que había conocido. No podía creer que esta dama quisiera utilizarlo para engañar a su familia.

—Vaya, tiene todos los dientes... —dijo para no ser tentado a halagarla y pedirle ahí mismo que se casaran.

—Ya que está satisfecho, ¿hacemos un trato?

—Por supuesto, aunque... ¿Ese trato incluye besarse para demostrar afecto en público?

—¡Qué insolente! —exclamó con las mejillas sonrojadas.

—Es solo una pregunta. Tal vez todo solo sea una fría transacción. No me enfadaré por eso.

—El precio de este teatro lo pondré yo. No quiero que mi buen colaborador se vuelva codicioso y quiera intentar algo; aunque, si lo intenta, sepa que las personas que están afuera le cortarán la entrepierna. ¿Entiende?

—Entendido. ¿Puedo saber cómo se llama mi ama?

—No. Solo dime prometida.

—Ah, qué coincidencia, me llamo prometido.

—Veo que es muy inteligente...

—Más que usted, que no le quepa la menor duda.

—En una semana volveré a buscarlo para hablar. Reserve esta habitación de vuelta. Le diré cómo será el plan y cuál es el objetivo.

Capítulo 4

Ambos quedaron en volverse a encontrar en ese lugar en una semana para ajustar los planes.

William salió con una sonrisa en la cara. Estaba dispuesto a muchas cosas por esa mujer. Lo que ella me mostró fue suficiente para que cayera en lo que siempre dijo que no haría. Una dama fría y calculadora lo metía en sus líos y él, en lugar de estar disconforme, se prestaba al hecho. Cualquiera diría que era un tonto, pero su mente ya estaba operando a una velocidad alarmante. Nada le saldría a esa joven como esperaba, porque su objetivo era pasar de ser el prometido falso a ser el verdadero y único.

No importaba que esa joven no tuviese dinero, pero esas dos personas que la acompañaron le hacían pensar que sí le sobraba y que era adinerada o quizá de una familia noble a la que querían casar a la fuerza. Aún no sabía de qué se trataba el plan de ella, pues era evidente que fue a reclutar. Si él cumplía con el asunto de verse, en un tiempo sentiría más confianza para contarle lo que pensaba hacer sin tener que esperar tanto. Se sentía complacido al saber que no lo buscaban por su dinero. Era un tipo de interés que podría tolerar sin ningún inconveniente. La esposa perfecta le cayó del cielo y esto lo anunciaría en casa; con eso nadie más lo presionaría para casarse, porque William estaría muy ocupado intentando convertirse en el hombre real en la vida de su prometida falsa.

Fue hasta su habitación, se lavó la cara y se aseó el cuerpo después de haberse herido en medio de las disputas de la taberna y se puso un camisón.

Al estar acostado en la cama, no podía conciliar el sueño imaginando a la dama de cabellera oscura y ojos verdes. Su belleza no salía de su cabeza y también su atrevimiento le hacía pensar en tantas cosas que prefería no recordar, como estaba a punto de

pisotear sus propias palabras al decir que no quería alguien que se pareciera a su cuñada o sus hermanos. Fue una equivocación tremenda. También se arrepentía de haber cuestionado sus instintos esa noche al esperar lo peor de una dama con capa. No en todos los casos le tocaría una mujer con un encanto atípico.

A la mañana siguiente, cuando fue a desayunar, sus padres lo vieron al instante.

—Tienes un moretón en la mejilla, William. ¿En qué lío te has metido? —cuestionó John con autoridad.

—Le aseguro que el otro quedó peor y con más cuentas que pagar, padre.

—¡Oh, mi pequeño! Mira lo que te hicieron... Si le dices a tu madre quién te hizo eso, no dudes que saldaré esta cuenta de la misma forma en que ellos te golpearon.

—No me pasó nada, madre. Fue un asunto fortuito, fui a jugar a las cartas y comenzó todo… ¡No participé en peleas de gallos, madre, no me mire así! —se defendió—. Las peleas de grillos parecen ser más divertidas; es un hábito que algunos viajeros han traído de China.

—Tienes prohibido hacer cualquier tipo de apuestas, jovencito —advirtió su padre—. Si supieras la cantidad de casos de escrituras que he tenido que cambiar de nombre, sin duda no te volverías a sentar en una mesa con esa intención.

—Juro que no hice nada de eso. Estaba sentado, jugando cartas, cuando todo estalló. Después me alejé y estuve bebiendo solo en un rincón hasta que llegó una mujer con una capa...

—¿Una mujer en una taberna? ¡Qué indecencia! —expresó Martha, molesta.

—Mmm. Era una mujer noble buscando a alguien a quien chantajear o comprar. Quiere engañar a sus padres con un compromiso falso.

—¡Qué crueldad! Es una mujer sin escrúpulos —escupió su madre, indignada.

—Dime que no aceptaste nada —rogó su padre.

—Sí, acepté. Era una mujer demasiado bella y fina. Admito que quizá no pensé con la cabeza correcta, pero en mi defensa, no sabe que soy el duque de Welberg. Cree que soy un simple señor y que necesito dinero. ¿Creerán que se alegró al ver que tengo todos los dientes? Tiene un buen sentido del humor.

—¡En qué cosas te metes, William! ¿En qué estabas pensando? —lo cuestionó su padre.

—Acabo de decirlo. Pensé con la cabeza equivocada, ¿con qué más podría justificarme? Esa mujer me gustó y quiero saber quién es y cuál es su historia para querer engañar a su familia. El chisme me consume y este es interesante.

—Si te metes en un problema con una familia sin reputación, William, hundirás a la nuestra. Cuida lo que haces. Nosotros dependemos de nuestro buen nombre y lo sabes. Un paso en falso es un claro problema —afirmó su padre.

—Pensé que todo se solucionaba con dinero, padre.

—No, la reputación no se compra, por eso es tan valorada, querido. Solo no hagas tonterías. Es mejor que no te vean con esa mujer o matarás a tu amada madre... —pidió Martha a William.

—Tomaré mis precauciones; mientras nadie sepa mi nombre, estaré seguro. En una semana la volveré a ver y les contaré sobre este asunto. Les prometo no dejarlos a oscuras con esto; seré un buen hijo chismoso.

—No dudamos que seas comunicativo. Desde pequeño te ha gustado repetir como lo hacen las cotorras importadas que tienen algunas personas —recordó John con una sonrisa.

Sus padres eran cautelosos y entendía el parecer de ellos; de hecho, pensaba igual. No tenía duda de que estuviesen en lo

correcto al tomar precauciones. Esa dama pudo haber averiguado sobre él y aparecer con una historia digna de lástima para acceder a su vida, ganarse su confianza y convertirse en la duquesa. No había pensado en eso antes. No era algo descabellado de pensar; tenía razones suficientes para desconfiar de todos. La noche anterior estaba demasiado emocionado para considerar la situación con claridad. Fue un tonto al creer que lo apreciaban solo por su apariencia, cuando la realidad podría ser más tenebrosa.

***

Helen había regresado esa noche con la determinación en sus ojos y la duda en su mente. Su hombre escogido era demasiado bueno para ser cierto. Tuvo que pellizcar su piel en varias oportunidades para tratar de regresar a la realidad. Aquel le parecía un sueño y eso sin contar que no era de su condición. Por su ropa y su pinta solo podía presumir que era algún comerciante a quien no le iba tan bien, pero eso no le importaba; con todo lo que le daría, a ese caballero le sobraría éxito en el futuro.

—¿Está segura de que ese señor en verdad es pobre, milady? Me pareció demasiado elocuente y sus rasgos son muy aristocráticos... —habló Ingrid con desconfianza.

—¿Qué haría un aristócrata en un lugar como ese? Podría estar en White's u otro sitio de estatus, ¿por qué una taberna peligrosa para un hombre adinerado?

—Ay, milady, en verdad. Debe ser alguien caído en desgracia; no puede ser que tenga tantas bendiciones juntas. El diablo tiene algo oculto para usted... —siguió su escolta.

—Usted sabe que no me gusta apoyar a Ingrid, milady, pero debo darle la razón para que desconfíe. Este hombre ni siquiera preguntó por la cantidad de dinero. Cualquiera en esa situación preguntaría por el anticipo —Harper añadió más leña al fuego.

—Silencio. Parecen gallinas peleando en mis oídos. Tengo a uno a la derecha y a otro a la izquierda. No hay quien pueda tolerar

tanta tontería. Vayan a descansar, nadie puede hacerme daño en mi habitación. Necesito pensar, pero con las voces de mi mente, no con la de ustedes.

Aquellos sirvientes se retiraron obedientemente para dejar a Helen poder pensar en lo que deseaba hacer.

Una vez que se quedó sola, pudo cuestionar con más seriedad lo que estaba haciendo. Lo único que importaba era que no tendría que buscar a un candidato que al menos pareciera digno de presentar, porque el hombre de la taberna era atractivo y parecía muy inteligente; lo creía capaz de seguir un guion a la perfección. Además, podría pagarle más por un poco de atención, quizá un par de besos. Si viviera soltera para siempre, no estaría mal darse un par de lujos antes de perderlos todos. Sabía que la vida de una dama solitaria no era la más refinada. Solo necesitaba cubrir lo básico hasta el último día de su vida. Quería tener a sus sirvientes con ella y poder sostenerse sin ayuda de nadie. Contaba con muchos conocimientos que ninguna otra jovencita de su edad tendría. Estaba a punto de cumplir veinte años; a los veintitrés podría considerarse libre y que su padre le diera dinero para arrendar, ya que no podía tener propiedades a su nombre. Las joyas que acumulaba junto al dinero que juntaba serían su retiro perfecto, en donde no viviría humillada, sino en una gran paz, regando plantas, matando cerdos y bordando manteles. ¿Qué podía ser mejor para alguien con la reputación arruinada?

Después de despertar y prepararse para el desayuno, llevaba un libro en la mano, no para leer, sino para ignorar a los demás.

—Jovencita, tus modales cada vez están peor —habló el duque al ver a su hija bajar por las escaleras sin saludar a nadie de los que la estaban esperando.

—Ah, no los había visto, estaba leyendo...

—Tenemos algo que discutir contigo —anunció James.

—¿Qué hice en esta ocasión?

—No se trata de lo que hiciste, sino de lo que puedes hacer. Mañana tendremos la visita del duque de Welberg y no queremos que uses cosas extrañas. Compórtate como la dama de esta casa y no nos hagas pasar vergüenza. Tu hermano está haciendo negocios con este caballero, miembro de la familia Preston; es el sobrino del letrado al que ama como a un hijo. ¿Escuchaste? —increpó su padre.

—¿Por qué se preocupan por mí? No haré tonterías. Mis orejas de elfo ya me las quitó mi estimado hermano, ¿qué otra maldad puedo hacer?

—Cuando se trata de hacernos quedar mal, siempre puedes superar la idea anterior. No quiero que eches por tierra mi negocio. Quiero ser independiente y saber si soy tan inteligente como creo sin tener que usar las influencias de nuestro padre.

—Espero que sí sea alguien con quien negociar. Solo piensen por un instante en la cantidad de veces que me han mentido con esa excusa. ¿Todavía creen que puedo confiar ciegamente en ustedes? Yo creo que no. Tengo derecho a desconfiar de todo lo que hacen y piensan. Si intentan meter a alguien por los ojos, se las verán conmigo. Además, ya conocí a alguien...

Ninguno dijo nada, se quedaron perplejos por unos segundos hasta poderse recuperar de la impresión.

—¡¿Por qué no nos has dicho nada?! ¡Oh, mi duque! ¡Nuestra hija se casará! Mis oraciones han dado frutos. El pedregullo es muy eficiente... —expresó la duquesa, que se acercó a coger las manos de su hija con afecto.

Helen debía fingir, pues estaba mintiendo como nunca lo había hecho. Al ver los rostros de su familia llenos de esperanza, se sentía más miserable que otros días, porque sabía que los estaba ilusionando. También sabía que ese había sido el objetivo de su idea, pero era cruel y despiadada al calcular todo un plan para ser soltera; mas preferiría hacerlos sufrir un rato que ella terminar sufriendo toda una vida con un esposo que jamás creería en su virtud, que desconfiaría de cada paso y hasta quizá le hiciera cosas que no

deberían ni siquiera ser pensadas. Todo eso le daba vueltas en la cabeza y valía la pena emocionarlos y romperles el corazón, porque, a fin de cuentas, la única que quedaría sola con las consecuencias sería ella.

—Espera un momento, ¿dónde lo conociste? No sales desde hace mucho... —indagó su hermano en tono suspicaz.

—Lo conocí hace semanas cuando fui a comprar joyas con Ingrid y Harper. Es un simple comerciante con el que escribo cartas... Estoy fascinada con él.

—¡No importa si es un mendigo, lo importante es que encontraste a alguien! —alegó la duquesa, emocionada.

Capítulo 5

James no era capaz de tragarse el cuento de que su hermana tuviese a alguien que gobernara su corazón. Algo no cuadraba.

—¿Por qué no nos contaste antes si lo conociste hace semanas? Eres sospechosa, hermana.

—Era por esta causa. ¿Te das cuenta de que no me crees? Solo me defendí para que no intentes presentarme a alguien que no llamará mi atención. Tuve que contarlo por causa de fuerza mayor, ¿comprendes? Es justo que no confiemos el uno en el otro.

—No importa de dónde ha salido este hombre, lo importante es que existe. Dime, querida, ¿han hablado de matrimonio? —curioseó la duquesa.

—Madre, él pensará que soy una persona intrigante. No quiero que tenga esa impresión de mí. Es muy amable y de buen corazón; le gusta ayudar a los demás.

—Un buen futuro yerno. Quiero conocerlo. Invítalo. Si te da miedo pensar que debes presentarlo como tu prometido, o como alguien que no ayudará a expandir el comercio, ¿qué dices? —preguntó el duque.

Con cada palabra que decía, ella se aseguraba de quedar en una posición más cerca del infierno. Entre Helen y un mentiroso compulsivo no había mucha diferencia, pero se veía en la penosa necesidad de engañarlos. En verdad creyó que sería fácil, mas se daba cuenta de que estaba jugando con las emociones y esperanzas de las personas que la amaban. Esperaba que en el futuro sus corazones pudiesen superar lo que ocurriría, porque su mentira iría mucho más allá de solo inventar un pretendiente.

—Me parece muy pronto. Quizá en un par de semanas. Prefiero seguir conociéndolo un poco más; no quiero equivocarme.

—Dile que ofrecemos una prueba de virtud para que el asunto sea más fácil y que tu dote no tiene igual en toda la ciudad —dijo James.

—Esa carnada no funciona con los nobles. Tal vez lo haga con él. Lo consideraré para atraerlo a mi jaula y devorarlo —alegó la joven con una sonrisa confiada; de esa forma creerían mejor su actuación. Pronto iría a Drury Lane, pero no como espectadora, sino como la mejor actriz.

Siguió con la farsa durante toda la mañana respondiendo las preguntas curiosas de su familia. Lo único que debía hacer era recordar lo que había dicho y por nada del mundo contradecirse, porque ese podría ser su final con esta idea. No podía permitirse una equivocación en este asunto o se quedaría sin dinero y tendría que casarse con un ser despreciable.

—Harper, averigua quién es el duque de Welberg... —ordenó Helen a su sirviente.

—Sí, milady.

—¿Qué quiere saber de él? Su hermano dijo que hace negocios con este caballero.

—Mi hermano es un mitómano. No podría confiar en que sea verdad. Con esa misma excusa ha metido a muchos hombres que me han mirado por encima del hombro al saber mi situación. ¿Crees que debo tomar mis recaudos?

—Es cierto. Solo no creí que su señoría fuese a querer que pase por una situación similar en que la hicieron sufrir. Debería decirle cuánto daño le hacen —opinó Ingrid.

—No importa, él no me escucha. Cree que hace lo mejor por mí. Sé que me ama y yo lo amo mucho, pero sus acciones me han hecho daño sin querer; solo por esa razón está entero. Por el afecto filial no ha perdido la oreja por los fuertes estirones que le doy.

—Traeré toda la información posible esta misma noche, milady. Sé dónde buscar.

Helen asintió. Solo le quedaría esperar saber si ese hombre en realidad era un viejo con ánimos de hacer negocios o un jovenzuelo al que querían meterle por los ojos aprovechando que siempre supo apreciar la belleza masculina. Ciertamente, siempre quiso besar a un hombre atractivo y también tocarle el pecho, pero por respeto a su padre no pagaba por algo así, sabiendo que existían muchas personas capaces de mostrarse por dinero. Su falso prometido era guapo y quizá, por unas monedas más, hiciera la vista gorda si le pedía la oportunidad de tocarlo. Cuanto más necesitado estuviese, más me permitiría tocar; al menos ese era su razonamiento. Si lograba vivir lejos de todo y de todos, no le costaba divertirse un poco antes de la vida triste de una solterona que le esperaba después de sus veintitrés años. Esa era la edad para emprender su camino en soledad.

Después de la cena, Harper regresó con información sobre el duque de Welberg, pero lo hizo cojeando.

—¿Qué te pasó, Harper? —indagó Ingrid al ver que este apenas caminaba.

—Lo más difícil del mundo es espiar a ese hombre... Está protegido por un verdadero perro —respondió acercándose a Helen.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —inquirió la joven.

—Estaba apostado frente a la dirección que habían dicho que era su casa: la del letrado Preston. Mientras estaba ahí esperando ver algo, alguien me colocó una bolsa en la cabeza y comenzaron a golpearme. No sé cuántos eran, pero sabían lo que hacían. Uno parecía boxear y el otro era más taimado con los golpes de culata.

—Lo lamento. Tendrás el día libre mañana. ¿Pudiste averiguar algo?

—Sí, milady. El duque es un hombre de menos de treinta años; dicen que es joven y vigoroso, un verdadero libertino...

—¡Piensan meter a un prostituto adinerado en esta casa! Mi familia ha perdido el juicio por completo. No puedo creer que me obliguen a convivir con alguien con una reputación tan burda. Prefiero matar cerdos toda la vida que compartir cama con alguien que ha explorado infinidad de cuevas. Tengo mis límites y ese es uno.

—¿Y qué piensa hacer para salvarse, milady? No le queda mucho tiempo... —alegó Ingrid.

—Si sabía cómo hacer unas orejas, ¿no crees que puedo saber hacer otras partes del cuerpo? Tal vez una nariz más grande, una verruga o un lunar tan feo como el demonio.

—Milady, usted sí que sabe cómo meterse en verdaderos aprietos. Cuando su hermano la vea, la castigará —advirtió Harper.

—Sí, lo sé, pero vale la pena perderse en este laberinto. Es mejor perderlo que encontrarlo.

***

En la residencia del letrado, los presentes se reían durante la cena.

—Ni siquiera supo quién lo golpeó. Aquí nuestro boxeador hizo lo suyo —señaló Charles hacia Roger.

—Lo hice pensando en que tu instinto era correcto —replicó Roger.

—¿Están seguros de que alguien estaba espiando la mansión? —preguntó William con curiosidad.

—Absolutamente. ¿Dudas después de que descubrimos que alguien quería matar a Dimitry? —Lo desafió Charles.

—No me atrevería a dudar de ustedes, son como santos, pero ¿cuál sería la razón?

—Tengo dos teorías —musitó Roger—. Mi concuñado me ha inspirado para entender mejor el mundo criminal; no ha sido difícil.

Lo primero sería que nuestro suegro tenga un caso muy valioso, importante y de mucha relevancia, y la otra es que una dama interesada quiere saber más sobre el último soltero de esta casa.

Charles asentía dándole la razón a Roger. Tantas horas de hablar de conspiraciones habían dado un buen resultado. Ser su probador de armas era algo beneficioso para los dos.

—No tengo ningún caso con ese nivel de importancia, pero sospecho que viene a por William. Él conoció a una mujer sospechosa la noche pasada —comentó John—. Aceptó un trato con ella.

—¿No viste si tenía cuernos y cola? Deberías haberte asesorado antes de aceptar tratos con desconocidos y más aún con una mujer —lo reprendió Charles.

William se quedó pensativo antes de responder sin pensar. Era cierto que la mujer de la taberna era un tanto sospechosa y también era evidente que deseaba saber sobre su origen y solo Dios sabía con qué intenciones reales. Podría ser que quisiera asegurarse de que fuera pobre o quizá para intimidarlo con alguna amenaza sobre él o su familia.

—Bien, en esta ocasión han logrado captar mi atención. Prometo pensar con la cabeza correcta la próxima vez... Admito que no tomé este asunto con la seriedad correspondiente y lo hice a la ligera. No quiero poner en riesgo a nadie de la familia. Es mi deber protegerlos y no arriesgarlos.

—Es una teoría, no significa que sea verdad, pero, siendo sincero, has corrido un riesgo absurdo. Las damas que conoces fuera de un salón no tienen nombre ni apellido y son peligrosas —advirtió Charles—. Incluso pueden ser espías. Roger y yo sabemos información confidencial y podrían estar buscando algo a través de otras ramas de la familia.

—¿Están intentando consolarme o asustarme? Todavía no sé cuál es la diferencia entre esas dos. De los males, supongo que el

menor sería una mujer común que quiere engañar a sus padres y me paga con dinero por ello; me persiga. No puedo creer que una espía esté detrás de esto. Los espías reales no son tan obvios...

—Los espías no, pero los asesinos lo son. La persona que pudo escapar de nosotros tenía habilidades de combate más allá de lo que podría tener un soldado. Quizá hasta puede que sepa más de artes marciales, manejo de lanzas y un poco más. No pudo darnos una paliza porque lo redujimos, pero el riesgo es alto por cómo logró escapar... Es alguien preparado para matar —afirmó Charles.

—Debiste haber empezado por ahí. Me sigue un maldito asesino y yo estoy cenando como si nada en lugar de buscar un par de lacayos armados que me custodien... ¡Por el amor de Dios! Me volví paranoico. Después de tantos años conviviendo, por supuesto que iban a lograr convertirme en un demente.

—Llegamos al instante en que estamos repartiendo una gran rebanada de pastel de culpa para cada uno de nosotros. William, recuerda, son teorías... —insistió Roger.

—La experiencia dice lo contrario, que las teorías de esta familia se vuelven una triste realidad.

—Solo debemos tomar recaudos. Este asunto no puede ser tan grave. Todos estamos paranoicos, ¿no les parece? Es cuestión de mantener la calma y esperar. Mantendremos vigilada la casa si hace falta. Si ellos pueden espiar, nosotros podremos contrarrestar de la misma manera. Mantengamos la calma y la paz mental —pidió John.

De cierta manera, William se culpaba aun sin tener certeza de la situación. Estaba seguro de que lo estaban siguiendo a él, porque llevaban tiempo en paz y coincidía desde que él se había metido en la boca del lobo. Poner en riesgo a su gente era algo imperdonable. Debía encontrar la forma de que esto no escapara a algo peor y alguien no terminara dañado.

Durante el resto de aquella jornada no pudo dejar de pensar en lo que había dicho su cuñado. Quería creer que era un hombre al

azar al que confundieron con un delincuente, pero para que el olfato de Charles terminara equivocado era improbable. Mantener la calma era lo único que haría que no terminara buscando por toda la ciudad a alguien golpeado.

Al día siguiente, el duque cogió sus papeles para poder dirigirse a la casa de su socio James. Aquel era un poco nervioso con todos los asuntos, quizá hasta un poco tembloroso. Se preocupaba demasiado y lo veía como a alguien digno de ser protegido y no de proteger. Era de esos caballeros demasiado cuidados y finos; este no debía conocer las peripecias físicas, solo las psicológicas con una hermana problemática; mas ella tampoco tenía la culpa de lo que le ocurrió, fue un evento fortuito.

Cuando llegó la noche, subió a su carruaje y fue a la residencia del duque de Albine. Tenía mucho que conversar con James para saber si lo que estaban haciendo los llevaría por el camino del éxito o tendrían que reinventar el plan.

En casa del duque de Albine, Helen se preparaba para bajar, mientras sus sirvientes cuchicheaban en la planta baja. James tenía el corazón en la garganta pensando en qué calamidad estaría pensando su hermana para hacer esa noche y avergonzarlo. Debía advertir a su socio. Por esa razón salió de la casa a esperarlo o su pecho estallaría por los latidos desbocados que lo perseguían sin descanso.

Capítulo 6

El joven marqués se estrujaba las manos mientras esperaba ver unos faroles alumbrando el camino para el carruaje. Si no sacaba lo que tenía en su cabeza, terminaría estallando. Cuando oyó que unos cascos se acercaban, se sintió más nervioso, aunque también aliviado. Era una mezcla de ansiedad y miedo que no lo dejaba estar tranquilo.

El cochero abrió la portezuela del carruaje y de él descendió el duque. James se acercó con presteza para recibirlo.

—Es un placer volver a verte, William —comentó con una sonrisa nerviosa.

—Buenas noches, James. Veo que eres un poco paranoico... ¿Te encuentras bien?

—No. Necesito tu compasión. Por nada del mundo le hagas caso a lo que pueda hacer mi hermana. Está desequilibrada. No es la primera vez que intenta avergonzar a la familia.

—Eso no es problema. He sido el duque de las ladillas por muchos años; nada puede hacerme daño. Tengo inmunidad a la tontería femenina.

—No sabes cuánto me alivia lo que me dices. Tengo palpitaciones nerviosas por causa de Helen. Un día de estos estoy seguro de que no despertaré del próximo desmayo que pueda provocarme.

—Considero que estás satanizando a tu hermana. Conociéndote, eres bastante exagerado. No te preocupes por lo que yo pueda pensar; vine a hacer negocios y no a juzgar tu vida familiar. Todos tenemos nuestro manicomio en casa...

James le dio unas palmadas al duque para invitarlo a pasar, para poder superar las pruebas que la vida les deparaba.

Ingrid subió las escaleras con presteza después de ver al marqués entrando con alguien. Necesitaba comunicar la noticia de lo que acontecía. Harper apenas podía subir con lentitud; por eso fue ella.

—¡Milady! ¡Milady! Ha llegado, ese hombre está aquí...

Helen sonrió frente al espejo y después le mostró la cara a su sirvienta.

—¿Cómo me veo?

—Encantadoramente fea, milady. Si esto no lo asusta, nada lo hará.

—Estoy lista para que el duque desista de cualquier tipo de relación conmigo. Por supuesto que no querrá alguien como yo. Su excelencia saldrá corriendo de esta casa y mi hermano quedará como el tonto que es.

—Baje en un rato, milady. Abajo están haciendo las presentaciones. Juraría que estará feliz al ver la cara que pondrán todos ellos cuando se den cuenta de que usted es más astuta. — Ingrid cruzó los brazos creyendo en verdad que todo lo que hacía la familia de la joven era un montaje para encontrarle esposo.

—Estoy segura de que esta noche no podré dormir, pero de la satisfacción que tendré con eso. Voy varias millas frente a ellos; cuando van, yo ya estoy de regreso.

La joven no podía dejar de jactarse de sus habilidades artísticas para la creación de partes de su cuerpo. Con lo que llevaba puesto ese día, no había alma que quisiera verla como esposa. Sabiendo que el duque de Welberg era un hombre joven, jamás desperdiciaría su vida en una mujer tan fea y despreciable como ella. Podría continuar con sus planes con el falso prometido y darse un par de gustos con él; para eso tenía ahorros, para pagar por lo que deseaba.

William se sentó con la familia de James en el salón. La hermana ni siquiera se había dignado a aparecer. Todos parecían tranquilos al saber que no tendrían momentos difíciles con esa joven. También el mismo duque se sentía mejor al no tener que verla quejándose.

Mientras escuchaba lo que contaba el duque de Albine, William se fijó en un sirviente que estaba parado cerca de las escaleras. Tenía moretones en el rostro y su postura parecía de alguien que se esforzaba por mantenerse de pie. Estaba en la cueva del lobo. No podía hacer un movimiento en falso. Para su suerte, tenía un arma en el frac. Si alguien intentaba algo, lo mataría. Era demasiada incidencia un sirviente golpeado y que sus cuñados golpearan a un espía. La casa del duque era el problema.

Después vio a una doncella con una prenda más ligera que la mayoría; parecía usar pantalones bajo su vestido, que no era muy convencional. Ese lugar era sospechoso. Después distinguió la figura de una dama que iba con la cabeza agachada. Esa era la función que esperaba el duque. Todo eso podía ser un teatro.

Cuando el marqués vio a su hermana con la cabeza baja, supo que no había nada bueno que decir, solo esperar que ella hiciera su jugada y no morir de ira.

El duque hizo un gesto de molestia con la boca porque imaginaba lo peor. No tenía orejas extrañas, pero si no mostraba su rostro, era porque el problema estaba ahí. Por cortesía debía presentarla con la visita.

—Helen, alza la cabeza —ordenó su padre con tono amenazante —. Su excelencia, ella es mi hija, lady Helen...

La joven alzó el rostro para mirar al duque y le sonrió con su enorme verruga en la nariz y un lunar negro encima del labio. Era una visión horrenda; sin embargo, cuando vio al caballero, esa sonrisa desapareció; quería que se la tragara la tierra.

Al darse cuenta de quién era la joven, William entendió lo que ocurría. Nunca hubiese sospechado que su falsa prometida era la hermana de su socio. Ya la había visto y sabía que sus inventos en la cara eran para evitar ser vista por su espléndida y codiciada belleza.

—Es un placer conocerla, milady... —articuló viendo que su rostro palidecía al reconocerlo.

La duquesa, al ver el disparate que su hija le había hecho a su rostro, le hizo señas para que saludara al duque con una reverencia.

Mientras a Helen se le subían los colores al rostro, Ingrid y Harper vieron que el duque en realidad era el hombre contratado para fingir ser su prometido. La situación era insalvable.

—Yo... —Ella no pudo decir nada. Miró a su alrededor y fingió desmayarse porque solo quería desaparecer después de saber que su atractivo prometido de mentiras era el duque al que no quería ver ni pintado.

—¡Voy a matarte, Helen! —exclamó James antes de desmayarse de la misma forma que su hermana.

Para ese momento, los gritos del duque y la duquesa hacían imposible que William pudiese concentrarse en algo. Nadie sabía hacia qué desmayado debía correr. Los sirvientes tampoco sabían a quién darle primero las sales. Aquello era una verdadera catástrofe. Se sentía fuera de lugar, pero al menos tenía certeza de que nadie quería matarlo. Lo que le quedaba pendiente por saber era: ¿por qué ese sirviente estaba apostado frente a su casa vigilando?

El caos había tomado por completo la residencia. Helen no podía abrir los ojos por la vergüenza y ni se había dado cuenta de que su lunar se había deslizado al otro lado de su cara. Le preocupaba que en verdad James estuviese desmayado. Sabía que su salud era delicada porque desde pequeño fue débil y todos en la casa evitaban darle disgustos, aunque en esos últimos dos años, eso era casi una misión imposible. Tuvo que tragarse la vergüenza y preocuparse por James.

Al ver que Helen se levantaba, William no pudo evitar negar con la cabeza; esa dama era muy manipuladora, pero le gustaba, luchaba por sus ideales.

—¡Que venga un médico! —exclamó la duquesa al ver que el marqués no despertaba ni siquiera con las sales. El disgusto era colosal.

—¡Mira lo que hiciste! No solo nos avergüenzas frente a la visita, sino que también atentas contra la vida de tu hermano. Esto es imperdonable, Helen. Te dejé pasar muchas cosas, pero este es el límite. Te castigaré y, si a tu hermano le ocurre algo, lo acompañarás en la tumba —declaró el duque, molesto.

—¡Padre! Lo siento, es culpa de ustedes que siempre se empeñan en presentar a alguien nuevo. Me culpan por no desear un matrimonio. No puedo hacerlo y quiero que lo entiendan.

—Si me permite, su excelencia, castigar a James con la presencia de milady en su muerte es demasiado. Ya lo ha torturado en vida; considere no matarla... —habló William mirando a Helen. No le estaba haciendo ningún favor, solo quería que viese lo injusta que había sido—. Ah, milady, yo sí vine por negocios. Nadie me habló de intenciones ocultas. Usted ha tergiversado el carácter de esta cena como quiso.

El rojo vergüenza cubría su rostro al oírlo hablar. Por supuesto que el hombre de la taberna no era un hombre cualquiera, era el duque de Welberg y esa noche se enteraba. La sospecha sobre sus modales tenía fundamento.

—Es mejor que usted no hable... —masculló enfadada.

—No pienso callarme, usted y yo tenemos mucho de qué hablar... —dijo el duque con determinación.

Los sirvientes ayudaron a subir a James a la habitación para ponerlo en la cama en el tiempo que llegaba el médico. Los padres del joven se quedaron con él, mientras le impedían la entrada a Helen para que no perturbara la recuperación de su hermano.

William se quedó cerca de ella y, cuando no vio a nadie que pudiese murmurar sobre ellos, decidió hablar.

—Con que usted es la hermana malvada de mi socio. No podría haberlo imaginado. Mi prometida de mentira, a la que debería ver en un par de días en la taberna, es la hija del duque de Albine. Debería darle vergüenza intentar mentirles a estas buenas personas —la reprendió—. Por cierto, su lunar se movió del lugar. Su talento para el maquillaje deja mucho que desear.

Ella se arregló aquello antes de contestar.

—¿Solo yo estoy intentando timarlos? ¿Y qué hay del duque de Welberg que aceptó el trato? Dime, prometido, ¿cuándo pensabas decirme que me usabas a tu antojo?

—¿Qué demonios bebió, milady? Usted quiere pagarme por esto y yo ni siquiera he aceptado. No hemos pactado nada. Es una sinvergüenza que ha enviado a su sirviente a espiarme, ¿acaso sabía que era el duque de Welberg?

—No, no lo sabía. Lo envié para que averiguara quién era el hombre que vendría a casa. Usted, al igual que los demás, no entenderá lo que yo sí. Mi familia ha traído a tantos hombres aquí que me siento como una suripanta. Me han ofrecido como si fuese mercadería para que me case con quien sea. Si es socio de mi hermano, conoce mi historia. Nadie quiere casarse con alguien que se supone que está deshonrada. Si lo hago, solo me traerá desgracias.

—Su hermano ofrece un certificado de virtud, eso debería ser suficiente, es comprobable...

—Usted, en su infinita sabiduría, quizá lo comprenda, pero los demás no. Soy la princesa de esta mansión. Me han tratado como un cristal durante toda mi vida. No podría tolerar un solo maltrato. Mis pobres padres y mi hermano han sido generosos, pero me están matando. Solo quería espantar al supuesto candidato.

—Nunca fui un candidato. De hecho, su hermano me pidió que ignorara cualquier cosa que usted hiciera y me explicó lo que pensaba. James la quiere mucho y ahora está sufriendo por su causa; debería sacarse la verruga y el lunar e ir a verlo.

—¿Quiere que me maten?

—No le harán nada. Entre y pregunte por él. Las familias tienen conflictos; solo la muerte podría separarlos...

—¡Ay, su excelencia! Le pido que no me consuele. Mi hermano está al borde de la muerte por causa de mi insensatez y usted me golpea en donde me duele. Su especialidad es golpear cuando el otro está en el suelo.

—Después tendremos tiempo de conversar sobre nosotros y su plan para engañar a su familia. Ahora preocúpese por lo importante. Si James se muere, me quedaré sin socio y todavía no le he mostrado el proyecto. Discúlpese con él de corazón y entenderá sus motivos.

Aquella se sintió conmovida por las palabras del duque y asintió. Decidió entrar a la habitación en la que estaba su hermano. Al abrir la puerta, los ojos de sus padres se dirigieron a ella con la furia asesina apuntada en sus pupilas.

—¿James ha despegado? —preguntó con la voz temblorosa.

—No. Helen, en esta ocasión no tienes perdón de nadie. Reza sobre sal o pedregullo para que él salga bien librado de esta. Cometiste un grave error y lo tiene que pagar un inocente —la acusó su madre.

Capítulo 7

La estaban tratando peor que a un perro, pero ella estaba ahí por James, no para agradarle a nadie más.

—Sigues siendo grosera. Ve a atender a la visita. Tu madre y yo nos quedaremos aquí hasta que el médico venga —masculló el duque de Albine.

—Pero, padre...

—Vete.

Ella salió de la habitación enfurruñada, mientras que el duque estaba ahí sentado con una taza de té humeante.

—Es inútil, es como arar en el mar. Usted tiene malas ideas y me las cuenta para que caiga como una tonta. Es la última vez que le hago caso —gruñó quedándose de pie a su lado.

—¿Disculparse es una mala idea? Lo dudo, pero es evidente que están un poco sólidos con usted. Yo también lo estoy. Me ha engañado. Ahora que ambos sabemos lo que somos, las cosas se han complicado. No puedo continuar con el plan...

—¿Cree que no me di cuenta? —Helen se quitó la falsa verruga y el lunar.

—Esa sí es la bella dama a la que le dije que sí podía ayudarla en la taberna. Es demasiado hermosa para marchitarse en la soltería.

—¡Bah! Lo dice alguien a quien no le importa su reputación. Damas y caballeros, somos distintos, juzgados con varas diferentes. Usted puede jugar a la serpiente en la cueva cuantas veces quiera, pero pobrecita la mujer que, sin ser culpable es juzgada. Ya he intentado ir a un salón una vez y no regresé. Hablaron de mí como si fuese una prostituta... ¿Cuál fue mi crimen? Que me llevaran unos

chantajistas... Si no fuese por esa tal lady Stell, las cosas podrían ser peores.

—¿La conoce?

—No en persona, pero es quien averiguó dónde estaba y pudieron rescatarme.

—Entonces quizá ella también pueda averiguar quién es el cerebro detrás de su secuestro.

—¿Qué más puede haber que no sea el motivo de la codicia? Mi padre tiene mucho dinero...

—A veces no es cuestión de dinero. Las damas en varias ocasiones son capaces de cualquier cosa para sacar a la competencia del camino. Si esto ocurrió antes de su presentación, créame que podríamos estar frente a un ataque de envidia...

Helen abrió los ojos de par en par. No lo había considerado de esa forma. Llevaba dos años preguntándose por qué... Por qué ella, pero tenía sentido de alguna manera; solo debía estudiar sus propios recuerdos para ver si podía encontrar algo en ellos.

—¿Quién podría ser tan malvado para hacerlo? No le he hecho daño a nadie, lo único que deseaba era tener una temporada normal, conseguir esposo y nada más... Con esto que ocurrió tuve que empezar de nuevo. Fueron muchos años invertidos en estudios para ser una gran dama, pero ahora matar cerdos es lo que debo aprender para sobrevivir en el futuro.

—¿Está segura de que no le queda otra opción?

—También puedo soportar dudas, burlas y maltratos por el resto de mi vida si me caso con un hombre que no tenga dos dedos de frente y crea todas las tonterías que se dicen. Prefiero evitarme el sufrimiento, porque sé que no podré seguir viviendo con eso y acabaré con mi vida. La humillación para alguien tan orgullosa como yo es intolerable; prefiero la muerte.

—Eso es extremista. Créame que existen caballeros que comprenderán su situación.

—Es tarde, excelencia. Tengo veinte años y pocas ganas de tratar con tontos. Solo quiero vivir lo que queda de mi vida en paz y tranquilidad. No es mucho lo que me atrevo a pedir. Me estoy preparando para esa vida y, aunque mi familia no se resigne, yo lo hice.

—¿Qué hará ahora que no puede presentarme como su prometido falso?

—No lo sé... Buscar otro prometido, ¿tiene algún amigo de buena presencia que necesite dinero?

El duque rio al oírla. Esta dama era incapaz de renunciar a sus ideales por absolutamente nada. No sería una tarea sencilla convencerla de que se fijara un poco en él; era necia y testaruda, pero para su sorpresa le resultaba algo agradable. Debía estar volviéndose loco después de convivir con tantas personas con un carácter bastante especial. Sabía que en cualquier momento podría contagiarse de la tontería familiar. Se creyó inmune durante mucho tiempo, pero la señorita Bruster dijo que mientras peor fuese el candidato, más uno se enamoraría. No le quitaba razón a esa frase, sino que se la daba.

—Mmm... Lo pensaré. Cuando nos encontremos en la taberna se lo diré...

—¿Por qué regresaría a ese lugar? Aunque sí podría para buscar a otro caballero. Tal vez tenga mejor suerte y no sea un duque que se asocie con mi hermano. No puedo tener tanta mala fortuna dos veces, ¿o sí?

—Debería considerar a los que tienen un diente menos. ¿Qué le parece? El resto no son tan buenos, milady.

—Quiero un hombre completo, no uno a medias. Es difícil conseguir a un buen falso candidato. Creí que usted era una bendición, pero no vi las señales de alerta. Era demasiado atractivo

e inteligente; eso debió ser suficiente para salir corriendo, mas su porte pudo más que mi razón y no pude pensar con claridad en ese instante.

—Lo mismo puedo decir de usted. Su belleza nubló mi buen juicio para participar de esto. ¿Qué le parece si me deja ser su amigo más cercano? Tal vez pueda convertirme en algo así como un cómplice...

—¿Un compinche? Eso suena bien, aunque dudo que un trato en este momento haga que me vea más inteligente. Fui una tonta que dañó a su hermano por creerme el ombligo del mundo. Lo lamento.

El médico llegó en ese momento y el mayordomo de la residencia lo metió en la habitación de James con presteza. Helen también lo siguió para oír lo que ocurría, mientras que William trataba de mantenerse al margen para no incomodar a nadie de la familia. Después tendría tiempo de informarse.

Helen no perdía de vista al médico que le tomaba el pulso a su hermano y se agachaba sobre él para oír su corazón. Deseaba que James estuviese bien.

Después de una exhaustiva evaluación y de que James despertara, el médico observó a los presentes.

—¿Qué tiene James, doctor? —interrogó el duque de Albine.

—Su señoría tuvo una recaída de su vieja dolencia del corazón. No debería alterarse. ¿Él ha estado bajo mucha presión?

Al preguntar eso, los ojos de todos se dirigieron hacia Helen. Todos la culpaban por el estado de salud de su hermano y tenían muchas razones que los avalaban.

—¡Tú! —La señaló James con la mano en el pecho.

—¡Hermano! ¡No te alteres! Lo lamento mucho, perdóname por no haber creído en ti —rogó corriendo hacia él.

—Estoy seguro de que ya cavaste mi tumba en el jardín. Ni siquiera merezco ir al mausoleo de nuestra familia por tu crueldad... —acusó James con los ojos cerrados.

—No es así. Lo siento, James. Es que soy tan caprichosa. No quiero que te pase nada, me preocupo por ti y te quiero mucho...

—Me quieres, pero muerto. Te preocupas por mí, pero más por ti y tus tonterías...

—Su señoría, por favor, cálmese. Lady Helen está intentando calmarlo —intervino el médico.

—¿Qué diferencia hay entre calmarme y empujarme a la tumba? No puedo con tanta preocupación e ingratitud... —dijo James golpeándose el pecho con debilidad.

—¿Ves lo que haces, Helen? ¡Oh, qué tragedia! Mis hijos no pueden vivir en armonía... —se quejó la duquesa en tono lastimero.

—Qué despiadada, madre. Me culpa de todo, pero olvida a su conveniencia que en esta casa me han tendido infinidad de trampas para casarme; es algo tan común que desconfíe.

—¡Pero este es el socio de tu hermano! ¡No intentamos nada! Ni siquiera te hubiésemos pedido compostura si no fuese por algo importante —la reprendió su padre.

—¡Ya lo sé! Me confundí y pido disculpas. Me he disculpado con su excelencia. Él ha tenido la cualidad para perdonarme, ¿ustedes no lo harían? Mi propia familia me arroja a los lobos y, por temor, me he defendido... ¡Qué vida tan miserable! —expresó la joven tan audaz como su familia. Si ellos podían ser buenos actores para las acusaciones, ella podría serlo para el drama crudo.

El médico cerraba los ojos como si eso le permitiera no escuchar lo que se le estaba metiendo en los oídos.

—Madre, padre, no sean tan crueles con Helen... Mi preocupación excesiva ha hecho que mis planes se volvieran en mi

contra. No debí intentar hacer nada las veces anteriores. Gracias a eso, estoy seguro de que ahora perdí a un socio.

—James... —pronunció una voz desde el umbral de la puerta—. No has perdido a tu socio. Guarda reposo; continúa en pie. Tu hermana ha sido encantadora conmigo en este tiempo que estuviste inconsciente; no debes sentir vergüenza.

La joven lo miraba con los ojos brillando de admiración hacia ese hombre. Él era tan educado y mentiroso como pocos podrían serlo para salvarla. En ese instante lamentaba que su hermano no quisiera servirle a ese caballero en bandeja de plata. El único que podía llegar a su corazón era el objeto prohibido. Eso sí era mala suerte.

—Eres muy considerado, William. Me avergüenza esta situación. Debo guardar reposo un par de días y estaré recuperado.

—No te preocupes por nada. Puedo cuidar de tu hermana si lo necesitas. Estoy seguro de que milady estará en buenas manos conmigo y que podré convencerla de muchas cosas...

William sabía que estaba arriesgando mucho, pero valía la pena por estar cerca de Helen. Desde el primer día había decidido que esa sería su esposa y no desistiría hasta lograrlo, pues esta joven era necia como muchas, pero arrogante como pocas. Si lograba seducirla, quizá su camino se haría más corto para llegar a su corazón.

—Es usted tan honorable, su excelencia... —La duquesa fue a cogerlo del brazo cariñosamente. Ella aún no se había resignado a que su hija fuese solterona y este caballero era demasiado rico y atractivo para que cayese en manos de cualquier otra dama sin el linaje adecuado. Helen era la mejor candidata para un duque, porque era hija de otro.

—A Helen le falta un poco de estructura de otra casa. Tal vez al letrado y a su esposa no les importaría conversar con mi querida

hija. Ustedes han sido tan exitosos al casar a sus hermanas que no puedo escoger mejor benefactor para mi retoño que ustedes...

El rostro de Helen era pura poesía; ni siquiera podía articular palabra debido a la falta de decoro de su familia. La estaban dando en adopción a la familia Preston solo porque su falso prometido comenzó a decir un par de palabras dulzonas con intenciones ocultas.

—No hace falta que su excelencia se moleste por la falta de matrimonio de esta dama, excelencia... —La joven mostraba una actitud de sierva arrepentida que buscaba indulgencia, porque si no lo hacía, no sabía qué podría ocurrir. Ella era peligrosa cerca de un hombre tan guapo.

—Tu generosidad me está devolviendo las ganas de vivir, William. Confío en ti para que observes a mi hermana. Estoy seguro de que contigo tal vez quiera ir a una velada... —musitó James desde su cama.

—Oigan, su excelencia es muy generoso, no pueden aprovecharse de eso. Además, no hace falta que vaya a ningún baile. Está decidido que no iré y que no me casaré...

—¿Y el hombre de las cartas al que ibas a presentarnos? —cuestionó el duque.

El duque de Welberg quería escuchar la historia que ella estuvo construyendo alrededor del falso prometido. Era probable que pudiese aprovechar ese pequeño resquicio para meterse de una manera mucho más invasiva, aunque sin hacerse notar demasiado.

—Le enviaré una en la que le diré que no puedo creer en las palabras de alguien a quien no veo con frecuencia... Eso será todo...

—Milady, esas palabras no son aptas para que las escuche el marqués. Debería guardarlas para otro momento; ahora solo intente ser un poco empática y serena para no agravar su condición... —pidió el médico.

Capítulo 8

Helen tuvo que aceptar lo que decía el médico; no quería provocarle otra crisis a su hermano.

—Está bien. No le diré esas cosas al hombre; de hecho, le diré que venga a casa la próxima semana... —declaró Helen. Sabía que eso no ocurriría de ninguna forma, pero era mejor esa mentira para salvar la situación que una verdad que matara a James.

—¿Tiene alguien a quien le envía cartas, milady? Eso es romántico... —afirmó William con curiosidad.

—Sí, lo conocí por casualidad, pero eso no importa. Pronto lo conocerán, es solo un amigo... —replicó para intentar salvarse, pero en los ojos del atractivo duque podía ver que entendía lo que ella había hecho para cubrirse.

—Lo mejor es que me retire. James, escríbeme una carta para avisarme si estás mejor para poder seguir conversando de lo que nos interesa... —habló William.

—Lamento mucho la situación, William. Helen te acompañará a la puerta.

—Por supuesto... Fue un placer saludarlos...

Ella tuvo que obedecer y llevar al duque hacia la puerta para despedirlo. Mientras tanto, en la habitación, James se sentó en la cama.

—Mi hermana terminará matándome, pero este susto de salud quizá sea lo que ella necesita para abrir los ojos y casarse. ¿Cómo podría cuidarla si me muero? Debe entender que la vida no es fácil para el que tiene que llevar la responsabilidad de otro ser.

—¿Susto de salud? Estuvo a un paso de irse de este lado de los vivos, su señoría —lo reprendió el médico.

—Fue la ira que se apoderó de mí, pero William es un verdadero caballero que ha tolerado a Helen. Me animo a creer que es el único que le tendrá paciencia en esta vida.

—También presiento que es así. No podemos dejar que este hombre se escape. Él debe casarse con Helen. Si hace falta, la dejaremos en la puerta de su casa —alegó el duque.

—No podemos ser tan evidentes. Debemos seguir la corriente y ser sutiles. Si hacemos todo de manera sospechosa, solo ganaremos más desconfianza de Helen. Por eso James ha vuelto a enfermar después de tanto. Si no hubiese creído que orquestábamos un compromiso obligado, nada de esto sería real —dijo la duquesa.

—Es la primera vez que somos inocentes y todo ha salido trágicamente mal. Debemos hacer las cosas como dice mi madre, aunque si podemos convencer a William de que la acepte, todo sería mejor.

—¿Puedes encargarte de eso, James? Si hace falta que no ganes nada en esa asociación, pues que así sea. Ya vendrán buenos negocios. Lo importante es que Helen debe ser tan necia. Solo queremos su bienestar... —declaró su padre.

En la planta baja, Helen acompañaba al duque de Welberg a la salida.

—James saldrá de esto y usted y yo nos veremos en la taberna en un par de días...

—No le veo sentido a eso, excelencia, salvo que sea para ayudarme a conseguir otro falso candidato.

—Seamos buenos amigos, prometida. Quizá podamos llegar a un acuerdo conveniente...

—¿Acuerdo? ¿Qué puede convenirme con usted?

—Lo hablaremos en la taberna —insistió—. La esperaré, no falte, porque si lo hace, vendré a buscarla... Ya sé dónde vive. Ah, entonces no hace falta que envíe a su secuaz para espiarme. Es algo

de mal gusto. Mis cuñados no soportan a los espías, tienen buen ojo para reconocerlos.

—Fue un accidente. Solo quería saber quién era el duque de Welberg; no había mucho más que averiguar...

—¿Querías saber si era joven y atractivo?

—No diga tonterías...

—Prometida, en tus ojos se ve la carnalidad... La veré en donde acordamos, llegue temprano para poder conversar como amigos... íntimos.

Él cogió la mano de la joven y la llevó a sus labios con clara intención de ser cortés y propasarse de forma disimulada.

Helen retiró la mano con presteza, sonrojada hasta la coronilla gracias a la atención del duque. Se apresuró a alejarse y cerrar la puerta.

Después de que le cerraran la abertura casi en la cara, William sonrió y asintió. Encontrar a su jovencita encantadora no había sido tan difícil como creyó. Dentro de las maquinaciones que vio, todo era sincero por parte de Helen. Si quería casarse con ella, debía convencerla de su verdadero valor y eso no estaba en un certificado de virtud, sino en su propia confianza para enfrentar las dificultades. Aquella no podía dejar atrás el pasado y, tal vez cuando encontraran al culpable de su secuestro, pudiera abrir las alas y volar, pero hacia sus brazos. Quería limpiar su reputación y eso no sería fácil de conseguir.

Mientras el duque se iba, Helen fue al sillón para tomar asiento y lo hizo como si alguien la hubiese golpeado mil veces.

—Necesito que me devuelvan mi dignidad. No puedo creer lo que ocurrió. Mi falso prometido es el duque de Welberg. ¿Qué clase de maldición tengo encima para que exista esta coincidencia? Todo era demasiado bueno para ser verdad. Debí correr al ver a un hombre con los dientes completos, atractivo y elocuente en una

taberna. Soy una tonta con todas las letras mayúsculas. ¡Esto es tan humillante e indigno para alguien de mi posición! —se quejó con el ánimo en el piso.

—Debimos suponer que su ojo no era del todo confiable, milady... —opinó Harper.

—Tú cierra la boca. Me has avergonzado. Te ha llamado mi secuaz, pero ni siquiera puedo llamarte así. ¿Qué clase de asesino está pagando mi padre si dos nobles le dan una paliza?

Ingrid trató de aguantar la risa; le costaba porque se le escapaban chiflidos de vez en cuando.

—Esa fue una desatención mía, milady...

—¿Cuántas vidas tienes para perder? No eres un gato, Harper.

—Lo siento, milady. No tengo cómo excusar mi ineficiencia. Fue un descuido casi mortal.

—Es bueno que aprendas de tus errores. Aprovecha tu segunda vida. Ahora regresaré junto a James para cuidarlo. También espero no decir alguna tontería para no hacerle más mal. Mi pobre hermano ha tenido una mala noche por mi culpa, pero de la misma forma es suya por sus comportamientos anteriores.

***

William llegó satisfecho a su residencia. Encontró a sus padres cenando solos y se sentó a la mesa para acompañarlos.

—¿Qué haces aquí? ¿No estabas en una cena de negocios con el hijo del duque? —curioseó John haciendo un gesto con la mano para que le sirvieran comida a William.

—Mi socio enfermó y tuve que regresar. No podrán creer lo que presencié. Sé que el cerebro codicioso de mi madre juzgará la situación y usted también estudiará la conveniencia.

—Me interesa escuchar lo que tienes que decir... —declaró su padre.

—¿Recuerdan a la joven de la taberna? Resulta que es la hija del duque... La joven con la reputación arruinada por el secuestro...

John y Martha se quedaron atónitos ante la noticia. No sabían si era un premio o algún tipo de problema envuelto en seda.

—¿Te reconoció? —preguntó Martha.

—Sí, por supuesto. La veré de nuevo en la taberna en un par de días...

—¿Para qué lo harás? Toda su idea no resultará... —alegó John.

—Es cierto, pero la cité para pensar otras formas de ayudarla o, más bien, engañarla para que se convierta en mi duquesa.

—¡William! ¿Y si es cierto que ya no es una dama honorable? —interrogó Martha, preocupada.

—Te aseguro que sigue siendo virtuosa. Además, si no lo fuese, no me importaría. Ella es decidida, terca y hermosa. Encajaría en la familia. Es perfecta para llevarse bien con mis hermanas.

—Parece que has perdido la razón, pero al menos tienes una dama en mente. No podría importar menos su virtud más que su carácter —dijo John con tranquilidad—. Lo que dices demuestra que te hemos criado bien, haciendo honor a mi hermana y a tu padre.

—Ustedes han sido luz entre tanta oscuridad en nuestras vidas. Sin ustedes estaríamos perdidos.

—Los valores que les hemos inculcado los han llevado a todos por el mejor camino. Estoy muy orgullosa de ti al pensar de manera distinta y darle más valor a la persona y no a algo que no simboliza lo que se tiene adentro. Eres digno de muchas cosas, William. Espero que esta dama sepa apreciar tus sentimientos... —musitó Martha.

—No es una persona fácil. Se niega a encontrar a alguien que la aprecie y es por miedo a lo que pensarán sobre su situación anterior. Creo que ya ha experimentado el desprecio de su misma clase

social. Espero que no sea demasiado tarde para salvarla de sí misma. Quiere ser solterona y matar cerdos por el resto de su vida... No puedo dejar que lo haga. ¿Qué clase de caballero sería si dejo que una dama se dedique a la faena?

—Definitivamente alzas la moral de esta familia, querido. Tu bondad es inigualable y tu confianza, sin límites. Ves más allá de cualquier prejuicio. Espero que pronto podamos conocer a la afortunada hija del duque. Cuando tus hermanas sepan...

—Madre, si ellas se enteran, este lugar será peor que un gallinero lleno de gallinas y un lobo dentro; terminarán alborotadas, cacareando y volando. Lo mejor es seguir manteniendo todo en el anonimato hasta que milady decida que soy su único camino. Se dará cuenta después de que me conozca mejor. Es desconfiada por naturaleza, pero una vez que note mis buenas intenciones, no habrá quien nos detenga.

Tanto Martha como John estaban tan conformes con los pensamientos de William que no podían evitar halagar sus buenos sentimientos y valores. No se habían equivocado en la forma de criar a ninguno de esos niños que quedaron huérfanos. Nunca les hicieron falta hijos propios porque ellos, aunque no llevaban su sangre, eran vivos reflejos de su educación casera.

Después de cenar con sus padres, William fue a su habitación. Estaba satisfecho con su día porque las esperanzas de que esa dama astuta fuera suya aumentaban de forma abrumadora. Solo debía planificar qué hacer y qué decir. Lady Helen era como una fiera enjaulada: con los movimientos equivocados podría atacarlo o huir, y lo que él pretendía era ganarse su confianza para convertirla en su esposa sin que tuviese que obligarla a nada. Su plan tomaría forma en la taberna, cuando pudiesen conversar tranquilos y sin que nadie pudiese oírlos o pillarlos en algo inconveniente.

Consideraba la idea de cumplir parte del relato fantasioso de la joven sobre recibir cartas. Él no era muy romántico y tampoco sentimental, pero podía esforzarse por conseguir su objetivo. Quería

ser el erudito de la hija del duque para poder halagarla y abrirle los ojos para que dejara de perder tiempo en la soltería. Sobre su cadáver, ella sería matarife hasta morir. Debía tener la vida de una gran dama, como su duquesa. La hija de un duque no puede dedicarse a esas aficiones extrañas.

En los días siguientes escribió la carta y se la envió. Deseaba ver la expresión de la joven una vez que la tuviese en sus manos para leerla. Imaginaba que primero se escandalizaría y que después tendría que acudir, le gustara o no, al encuentro en la taberna.

***

Helen pasó el resto de los días entre su habitación y el comedor. Seguía sin poder soportar su tontería. Su orgullo no la dejaba dormir bien, porque en su mente recordaba una y otra vez que el duque de Welberg era su falso prometido, al que pensaba pedirle más de lo que necesitaba, pero en ese momento quería que la tierra se la tragara y la escupiese en otro continente.

—¡Milady, milady! —exclamó Ingrid, que entró a su habitación deprisa.

—¿Qué ocurre? ¿No ves que estoy revolcándome en mi propia miseria? —inquirió tirada en el diván de su habitación con una pierna colgada.

—Ha llegado una carta para usted y su madre la tiene en la mano...

—¿Una carta? —preguntó dando un salto.

—Sí. ¿Con quién se ha estado escribiendo?

—¡Con nadie! ¿Cómo puede ser posible? ¡El Diablo quiere apropiarse de mi alma por mentir y poner en peligro la vida de mi hermano! Estoy segura de que lo que dice dentro no es algo bueno. Necesito sacársela ahora mismo.

Capítulo 9

Tanto la joven como su sirvienta corrieron escaleras abajo y vieron a la duquesa con la carta en la mano, pero sin abrirla, solo la sostenía con una sonrisa en la cara.

—¡Oh, querida! ¡A ti te estaba buscando! Te ha llegado una carta. Debe ser de ese caballero. ¿Cómo hacías para recibirlas antes de que yo no me percatara? —indagó la duquesa.

—Es que lo mantenía en secreto a través de los sirvientes y, como ahora casi todo está descubierto, no vi sentido a seguir de esa manera... ¿No cree que si antes le hubiese dicho, sería público y no un secreto?

—Entiendo... Toma, ábrelo... —mandó su madre queriendo saber qué palabras le enviaría el misterioso pretendiente.

—La correspondencia es un asunto privado, madre. Lo atenderé en mi habitación y puede que para la hora de la cena le comente lo que me han escrito, ¿qué le parece?

—Eres injusta con tu madre, que ha rogado cada día por este milagro. Después ve a visitar a tu hermano en la habitación y llévale un té para congraciarte. Todavía le debes una por la vergüenza de la cena.

—Lo sé, madre. Iré después de leer la carta...

La joven llevó el papel con ella hacia la habitación. Ingrid no quería ir a hacer un par de quehaceres que tenía pendientes porque deseaba saber el contenido de la carta, pero su ama no parecía tan dispuesta a decirle nada.

—¿No te irás? Ingrid, la carta la leeré sola. Si necesito tu opinión o la de Harper, la pediré. Vete a cumplir con lo tuyo como lo hace él...

—Qué injusta, milady. Solo quería saber qué decía. Es usted tan malvada.

—Por supuesto que no lo soy, pero eso no es lo importante ahora, déjame sola...

Ingrid tuvo que salir refunfuñando. Una vez que Helen quedó solo, miró con atención el papel y este no tenía sello del remitente, ni siquiera decía para quién era. Comenzaba a pensar que era una treta de su madre para burlarse después de lo que le ocurrió a James.

Estimada prometida.

Le saludo a través de esta carta y también quería recordarle que hoy es nuestro encuentro en la taberna. Espero que no esté pensando en faltar, porque soy un duque que no tolera mentiras. Si incumple con el trato, cantaré mejor que un pájaro.

Este papel es para ayudarla a mantener su mentira un par de semanas más hasta que encontremos algo para solucionar su situación. No olvides tirar su falso lunar y la verruga; están tan bien hechas que pueden engañar al mejor ojo crítico, si no la hubiese conocido antes, me habría engañado con su fealdad.

Atentamente,

Su prometido.

La joven se sonrojó al terminar de leer la carta. Ese hombre primero tenía la audacia de amenazarla y después hablaba como si fuese su institutriz, queriendo darle lecciones de vida que nadie le había pedido.

—Chantajista... —masculló—. Eso me pasa por juzgar por el cuerpo. Era demasiado atractivo, pero resultó tener un gran defecto: era un duque. Esa humillación todavía le resultaba difícil de digerir, pero estaba en manos de ese hombre que, por lo que escribía, era un rufián con título.

Colocó la carta en la chimenea para quemarla, pero después de considerarlo unos segundos, prefirió guardarla. Si algo pasaba, necesitaría pruebas para culparlo.

—Veremos quién es más inteligente, su excelencia. Me ganó en esta primera ronda, pero nadie sabe qué ocurrirá en la segunda; no se confíe —expresó doblando el papel en varias partes.

Cuando Ingrid y Harper regresaron, Helen se encontraba sola en la habitación jugando al ajedrez con su espíritu.

—Le traje un par de telas para bordar, milady. Debe acostumbrarse a la vida aburrida de una solterona. No todo se trata de matar animales todos los días, plantar y cosechar —dijo Ingrid con una cesta llena de telas, hilos y agujas para bordar.

—También sería bueno que practicaras, porque terminarás tan solterona como yo. Siéntate a jugar conmigo, Harper...

—¡Ay, milady! Qué injusta. Quería experimentar la vida de casada... —masculló Ingrid sentándose en la cama.

—Milady, no sé mucho sobre el ajedrez —se excusó Harper.

—Solo necesito que alguien más piense; no quiero pensar doble y mucho menos en cómo vencerme. Estoy cerca de terminar enloquecida después de leer la carta de ese hombre con la moral tan sucia como la taberna que frecuenta. Hasta su perfume debe apestar a orina.

—¿Qué le dijo en esa carta? —curioseó Ingrid. Había llegado el momento de enterarse del chisme.

—Que contaría todo si no iba a la taberna esta noche... Me chantajea; no puedo creer que exista alguien tan sucio y más con tanto poder como él. Es un duque, debería ser respetable... —se quejó pataleando.

—¡Qué osado! Tan perfecto y educado que se veía la noche pasada. Se ve mucho mejor con la ropa elegante... —alegó Ingrid.

—Sí, le da un aura más seria y atractiva. Digno de un duque seductor... ¡Pero qué disparate estoy diciendo! En lugar de ayudarme a pensar en una solución, tú riegas mis pensamientos indebidos para que crezcan y, aún peor, los comparto contigo.

—¿Moverá una pieza o sigo esperando, milady? —interrogó Harper con un suspiro agotado. No quería escuchar nada de ese duque después de que lo golpearan por tonto.

—Cierto... —Ella movió una pieza—. ¿Tienes una idea de cómo solucionar este problema, Harper?

—Ni siquiera tengo idea de lo que estoy moviendo en este tablero, milady, ¿cree que soy capaz de ayudarle? Como mucho puedo darle un consejo.

—¿Y cuál sería ese?

—Confiese. Cuente lo que hizo. Sus padres no se enfadarán o quizá no le hablen un par de días, pero la quieren mucho. De esa manera nadie podrá chantajearla. Contar la verdad es la única forma de liberarse.

—¡No puedo hacerlo! Mi orgullo, Harper. ¿Cómo podré seguir viviendo después de experimentar tanta humillación? Esto que tengo ya no es vida. Vivo en zozobra al pensar que me descubrirán intentando engañarlos...

—Solo debe ser sincera. Se evitará más dolores de cabeza. Si escuchan la versión distorsionada de este hombre, ¿qué cree que ocurrirá?

—Me temo que la única capaz de distorsionar los hechos es usted, milady. Miente como si fuese que recoge frutos de la mentira del suelo —opinó Ingrid.

—¡Es que no puedo hacer otra cosa! Si cuento la verdad, James podría volver a sufrir una crisis de salud y yo sería la culpable.

—Extender la mentira hará que la decepción sea galopante. Es mejor contar todo ahora antes de que crezca más y no se pueda

atajar... —siguió Harper.

La mente de Helen se debatía entre lo que dijo el sirviente y su propio orgullo, que le impedía comprender lo que este quería decirle. Siguió pensando mientras movía las piezas de ajedrez hasta que se percató de que Harper hizo jaque mate.

—¡Maldición! —exclamó cerrando los ojos—. ¡Nada me sale bien! ¡Hasta un sirviente inepto para el ajedrez ha logrado darme una paliza! ¡Soy una calamidad, el infortunio me persigue!

—¿Le gané, milady? ¡Ja! ¡Le gané a milady! —Harper festejó como si hubiese encontrado un cofre del tesoro en el jardín.

—¡Qué tontería! ¡Volveremos a jugar y verás que te daré una paliza bien merecida!

La joven jugó con Harper dos partidas más que dieron como resultado que ella era la perdedora indiscutible.

Por la tarde, Helen cogió una bandeja con té y galletas para compartir con su hermano. Cuando entró a la habitación, lo vio sentado junto a la ventana con un libro en la mano y su camisón.

—Tú sí que sabes guardar reposo, James. Vives en camisón.

—Lamento avergonzar a mi hermana. Quizá con eso quedemos a mano —habló el marqués dejando su libro a un lado.

—Nunca podré remediar lo que hice. Con suerte sigues con vida. Debo agradecer la gracia divina.

—Si tú preparaste el té, me queda poco tiempo de esa gracia...

—Para tu buena fortuna, solo traje la bandeja. Tampoco escupí en el té; no existe rencor suficiente para hacerlo.

—Me siento agradecido al saber esto, significa que no moriré por tu veneno...

Ella sonrió y tomó asiento cerca de él antes de servirle el té.

—¿Cómo te sientes?

—Mejor, aunque un poco débil. Quedarme aquí sin pensar mucho es algo bueno.

—¿En qué tanto tienes que pensar?

—De la misma forma que tú tratas de quedar soltera, yo trato de hacer fortuna propia, independiente del título. Cuando nuestro padre no esté, quiero saber administrar ese dinero y vivir muchos años por si acaso tus antojos de soltería se llegasen a cumplir. Sin el apoyo de un hombre, tu vida será un desastre y eso no puedo permitirlo.

—Estuve a punto de matarte por un error, James...

—Fue un accidente, pero eso no hace que me sienta responsable por ti. De ninguna manera permitiré que la hermana del marqués y la hija de un duque estén matando gallinas para vivir. Ni hablar. Para mí, tu único camino es el matrimonio. Hablando de eso, un pajarito me contó que has recibido una carta...

—¿El pajarito tiene el cuerpo cubierto de moretones?

—No puedo decirte...

—Ajá. Eso lo confirma. Tengo a Judas como mi mano derecha... Con razón sus palabras sonaban como si fueras tú el que hablaba. Sentía que era la voz de mi conciencia.

—Me temo que la ignoras, ¿no es así?

—Siempre o no sería Helen. Si hiciera caso a consejos buenos, no sería tu hermana y deberías comenzar a buscarme por algún sitio porque un impostor ocupa mi lugar.

—Qué ocurrente, querida hermana. Ni siquiera intentas ocultar tus intenciones de huir de lo bueno y defender lo malo.

—No es lo malo, James, es lo real. No seamos soñadores. Este mundo dominado por los hombres no ve a una mujer secuestrada con buenos ojos porque lo primero que piensan es que ya no tiene valor. Yo no lo creo así, pero la realidad es lo que impera. No puedo

competir con otras jóvenes que no han tenido este inconveniente. ¿Sabes que el duque dijo que quizá me secuestraron por envidia?

—Es posible, porque en esta familia no nos hemos hecho enemigos, ¿quién pudo haberlo hecho?

—No lo sé, pero desde que lo sugirió quiero saber la verdad, quiero una razón de peso para que mis ilusiones se perdieran.

—Eso no devolverá el tiempo atrás, Helen. Casarte es la solución. Prometo encontrar a alguien que te aprecie por lo que eres; solo no debes comportarte como si alguien quisiera comerte viva. William es una persona honorable, quizá no tenga las mejores referencias románticas para nadie, pero es bueno. No quise que pensaras que quería que se conocieran, únicamente quería hacer negocios. Le enviaré una carta para que venga dentro de dos días para conversar sobre lo que deberíamos hacer con la idea que teníamos. Espero que todo siga en pie.

—Su excelencia es excepcional, es cierto. Es educado, galante y atractivo... El sueño de cualquier soltera, aunque no me atrevo a soñar con él porque no es justo que lo manche con mi reputación.

—¿Te gusta William? ¡Esa es una gran noticia! Deja que hable con él... —expresó emocionado.

—¿Quieres que tu negocio termine en la basura? Pareces más sediento que un cobrador de impuestos en época de cobranza.

—La pobreza es atractiva cuando sé que conseguiré algo bueno para ti. ¿No te parece que para solucionar el problema de tu reputación un duque pueda ser la solución?

—No, no lo es. Dije que era atractivo y tú te cuelgas de las ramas como un primate. Deberías pensar antes de decir algo. No repitas esto frente a nuestros padres, porque será un problema. Recuerda que estoy conociendo a alguien por cartas, esa es la esperanza.

—Está bien... —Mintió el marqués sorbiendo un poco de su té, mientras su mente maquinaba sin parar sobre la situación de William y de su hermana. Estaba dispuesto a todo por un poco de paz y eso incluía meter al duque en una bolsa de gatos y esperar que saliera intacto, todo eso sin que su hermana lo supiera, pues de lo contrario estaría en problemas.

Capítulo 10

En la taberna, el duque reservó una de las habitaciones para poder conversar con la joven de manera más íntima. Llegó ahí solo con un objetivo, pero la idea no estaba clara. Esperaba que el truco del chantaje tuviese el efecto deseado y que ella asistiera al encuentro.

Esperó al menos un cuarto de hora, suficiente para que su ansiedad le diera unos ligeros consejos desesperados y provocara escenas catastróficas en su mente. La posibilidad de fracaso de su propuesta de amistad y colaboración era constante. Si eso no resultaba, tenía la otra opción aún más desesperada: desnudarse y enseñar carne. Eso podía ayudar a persuadirla de algo. Lo que tenía a su favor para mantenerla interesada era la ayuda para encontrar a la persona que planeó su secuestro. Esa era la carnada, la forma de que lo necesitara y buscara. Dentro de todo, se consideraba un genio para las pequeñas maldades.

Cuando oyó unos golpes en la puerta, no perdió tiempo para abrir, aunque antes de hacerlo, se arregló el cabello.

En el umbral estaban las tres figuras con capas de la última vez.

—Solo usted pasará, milady. Es un asunto privado. Su comitiva puede quedarse en la puerta. Conmigo estará segura —declaró William.

—Descarado. Primero me amenaza y después me prohíbe que las personas destinadas a mi cuidado fracasen en su objetivo —masculló la joven que dentro de sí estaba temblando de nervios al estar a solas con él.

—Pase y le explicaré... —dijo haciéndose a un lado. Después de que ella entrara, cerró la puerta.

Antes de comenzar a hablar más abiertamente, ella se quitó la capa y la colocó sobre la cama de la estancia.

—Le queda mejor la ropa de duque... —comentó Helen bajando la mirada.

—A usted le queda mejor la cara normal. Creí que en esta ocasión vendría con el lunar en la frente y la verruga bajo el ojo izquierdo.

—Es muy creativo. Estaba pensando en una nariz falsa, pero ya me conoce. El truco no resultará.

—Me agrada que tenga mil formas de librarse de los caballeros. Para su mala fortuna he sido yo la que descubrí sus artimañas.

—Solo reconoció mi rostro, no hay mayor mérito que el de una buena memoria en la penumbra. Es capaz de vanagloriarse hasta con un eructo, excelencia.

—Es otro talento que tengo...

—Bien... ¿A qué me ha citado aquí aparte de chantajearme?

—Qué palabra más cruel. Jamás ha sido mi intención. Lo único que deseaba era cumplir con lo que acordamos antes. Además, como soy socio y amigo de su hermano, pensé que sería bueno relacionarnos como amigos...

—Los amigos de mi hermano no son míos, su excelencia.

—¿Siempre es tan venenosa?

—No siempre, pero he aprendido a serlo por necesidad. ¿Cómo podría sobrevivir en el futuro si mi lengua viperina no está entrenada?

—Pues entrenarlos le asegura un futuro muy corto si se encuentra con personas impacientes. Mi propuesta es de amistad y colaboración...

—¿Colaboración? Usted recuerda que ya no sirve para mis planes, ¿no es así?

—Absolutamente, pero eso no me impide enviarle cartas más frecuentes, fingir interés mutuo y quizá hasta mentir sobre una muerte... No cambia el plan inicial, solo se modifica un poco. La esencia del engaño sigue intacta. Todo eso también incluye mi ayuda para averiguar sobre la identidad de su secuestrador. Tengo contactos interesantes en el entorno de lady Stell y ella misma es parte de eso.

—Cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía, excelencia, ¿qué es lo que en realidad quiere de mí?

Por fin se atrevió a lanzar esa pregunta para que pudiera escuchar una respuesta. ¿Por qué alguien querría ayudarla con algo que no solucionaría su problema, aunque tal vez le diera paz?

—Porque me gusta. Es una mujer muy bella... —confesó William, que con una mano alzó el mentón de Helen para observarla mejor en todas sus facciones.

Ella lo miró altiva y desafiante; aunque se sentía muy halagada, una parte de ella quería dar saltitos y aplausos de emoción, pero era solo una ilusión pasajera por la que no debería dejarse llevar, porque al final terminaría sufriendo. A Helen también le gustaba el duque, mas en ese instante las cosas eran buenas, aunque no sabía en qué momento podrían cambiar, al igual que la imagen que él tenía de ella.

—Podría creerlo, pero ¿por qué debería? Usted no es distinto al resto... Primero me mirará con interés y después me desechará por mi defecto inexistente. ¿Acaso no sabe que fui a una velada y cuando supieron de mi secuestro me miraron diferente? No volvieron a cruzar palabras conmigo, pero podía leer sus pensamientos a través de sus ojos y ninguno era agradable. Hasta podía distinguir la palabra prostituta... Dígame, ¿por qué debería creer en usted? Admito que es más atractivo que cualquier otro caballero que vi en esta vida; sin embargo, eso me da aún más desconfianza.

—¿Quiere que le responda con una razón? Solo tengo esto... — Él se acercó a los labios de la joven y se aferró a ella con presteza.

Helen apenas podía reaccionar ante lo que ocurría. El duque de Welberg se abalanzó sobre ella para besarla. Era más fuerte que la joven y solo podía retorcerse en sus brazos y resistir, pero su voluntad no era inquebrantable; por eso cedió al poco tiempo e intentó corresponder de la misma forma, porque no podía perder su oportunidad. Debía pensar con objetividad. Deseaba ese contacto y este hombre se lo estaba dando sin exigir nada. Sería una tonta si no aprovechaba el obsequio para sentir lo que significaba ser besada.

Al descubrir lo que era esa sensación, sentía que deseaba eso cada día de su vida; podría simplemente vivir de los labios del duque; la comida era innecesaria comparándola con su sentir. Este elixir podría servirlo mil veces.

William logró que la joven cediera. Besarla fue la mejor decisión que tomó, pues ella se convirtió en una criatura dócil y colaborativa.

Ambos se perdieron en aquel vaivén de emociones que envolvían al beso que compartían. La sensación para ellos era abrumadora. El calor de la pasión que fluía era tan ardiente que amenazaba con quemarlos; solo la falta de aire hizo que se detuvieran por un segundo para poder vivir. Helen se tocó los labios húmedos e hinchados después de aquel contacto que tuvieron.

—Esto sale de un acuerdo normal, excelencia...

—¿Alguna vez dije que este sería un acuerdo normal? No recuerdo haberlo hecho. Le confesé que me gusta y que, si no fuese tan obstinada, la convertiría en mi esposa...

Ella quedó boquiabierta y retrocedió negando con la cabeza.

—¿Ahora me negará que el plan siempre fue que me comprometieran con usted? ¡Es más que evidente! Me niego por las buenas y me seduce para convencerme...

—¿Está funcionando?

—¡No!

—Debo seguir intentando, pero déjeme sacarla de su pequeño error. Ellos no me pusieron en una taberna para seducirla; fue usted quien se acercó con su propuesta indecente. ¿Ahora los culpa a ellos? Todo esto no ha sido más que una coincidencia afortunada para mí y desafortunada para usted, pero podríamos hacer que este asunto fuese más llevadero. Acepte lo que le digo, será libre, aunque para pensar en mí. Créame, soy irresistible.

—Sí que vuela alto, su excelencia. La arrogancia es parte de su identidad, al parecer. Me gustaba mucho el pobre de la taberna.

—¿Alguna vez le dije que era pobre? Ni siquiera hablamos de dinero y usted ha escrito una novela de odio en mi contra. Desde que la conocí quise saber a qué familia pertenecía, pero no con malas intenciones, sino para conocerla mejor y casarnos. Estoy en edad de hacerlo y no he tenido oportunidad de tratar a muchas damas por desinterés. Usted es la única que ha despertado interés en mí en mucho tiempo.

—No quiero tener esa gracia. ¿Podría considerar dejar todo como está? Ya que estamos aquí, ¿puede ayudarme a buscar un buen prometido falso?

—Su prometido soy yo y eso no va a cambiar.

—Un prometido falso, excelencia. Usted lo fue por menos de una semana y ni siquiera habíamos empezado el juego...

—Jugaremos, pero con mis reglas. Nos conoceremos en este tiempo y, si después de unos meses todavía desconfía de mis intenciones, me alejaré. Sabe que no me importa su pasado, si es inocente o si es culpable; no me interesa lo que digan los demás, solo lo que veo en usted. Mis padres están al tanto de todo sobre usted y me apoyan sin dudar. Conmigo sabe que tendrá una gran vida y una familia...

La joven le dio la espalda porque no quería que él viese su cara de sorprendida al oírlo. Era un sueño demasiado bueno para ser verdad y no podía asimilarlo; únicamente quería paz en su vida y no

pensar en lo que no tenía y nunca tendría. No quería pensar en que podría volverse ilusa para que al final terminaran diciéndole que tenía poco valor.

—Tonterías. Usted dice eso porque sabe que todas las damas desean un futuro estable. ¿Quién rechazaría a un hombre de su estirpe? La única soy yo y sabe mis razones y dijo que empatizaba con ellas. Esto me parece una verdadera burla...

—Para mí esto es importante. No les hablaría a mis padres si no fuese algo que realmente me interesa. Ellos me conocen y saben que hasta el último momento me he negado a conocer a todas las damas que me han sugerido porque dije que yo mismo quería escoger y depender de la suerte. Esa misma suerte me llevó a la taberna y a conocerla. Usted ve sus peripecias, milady, y es incapaz de notar la franqueza en las personas. Es desconfiada por naturaleza.

—No, está equivocado. Nunca fui desconfiada; la gente me hizo así. Antes iba confiado por la vida, no tenía a dos escoltas, excelencia. Mi vida era normal, llena de ilusiones por el futuro. Estudié, me arreglé, practiqué mis bailes y el pianoforte, todo eso para tener un esposo y una vida con la que cualquier casadera soñaba... Siempre estaba tan arreglada y cargada de joyas; ¿cómo podría verse tan simple la hija de un duque? ¿Todo eso para qué? ¡Para nada! Me espera la soledad, bordar, ser carnicera y jardinera... No suena tan mal después de que uno se acostumbra a comer lo que cría. Dos años de práctica son buenos...

—Es inconcebible justamente por su estatus. No puedo permitir que la hija de un duque, hermana de un marqués y prometida de un duque haga esas cosas...

—No existe un compromiso entre nosotros...

—Usted hizo un trato. Pactar conmigo es peor que hacerlo con el diablo. ¿Ha oído de los contratos verbales? Creo que no, pero es útil ser hijo de un letrado. Todo en esta vida es válido y más aún un compromiso...

—No está hablando en serio... —Rio nerviosa—. ¿Verdad?

—Es muy serio. No juego con compromisos de matrimonio. Imagine escoger mal a su esposo y pasar el resto de su vida a su lado.

—¡Eso es! ¡Le ha dado en el clavo! Parece que por fin logra entenderme...

—Pero no soy el equivocado, milady. Soy un excelente partido que será devoto de usted...

—Necesito una copa... —dijo temblorosa. No podía razonar con ese hombre. Estaba en una habitación de una taberna con el caballero más atractivo de Inglaterra y ella no podía pensar con claridad porque no creía que alguien tuviese buenas intenciones.

Cogió el whisky y se sirvió. De un trago se lo bebió.

—No le aconsejo que lo haga. No tendrá una explicación razonable para el aroma que desprenderá mañana.

—Diré que tuve una pelea con mi prometido de las cartas...

—Es una buena idea. Le enviaré una respuesta consoladora, disculpándome por adorarla...

Ella gritó al oírlo decir eso. El calor se le subió a la cabeza. Nunca había escuchado algo tan osado.

—¡Ni se le ocurra! Me vigilan como águilas. Estoy segura de que en cualquier momento leerán alguna.

Capítulo 11

—Prometo ser sensato y decente. Las cosas más pecaminosas podría decírselas aquí... —Él la cogió de las muñecas y la acercó a su cuerpo—. ¿No le parece un trato justo y perfecto? Conocernos más estrechamente es la forma de que esto perdure y terminemos casados...

—Usted está obsesionado con el matrimonio y no ve la cantidad de defectos que tengo. Soy vil, malvada, codiciosa, mentirosa, rastrera, cruel, miserable, insensible y...

—¡Perfecta! Dijo todas las virtudes aceptadas en mi familia. Usted creería que en mi casa querrían a una dama seria, recta y muy decente, pero puede estar tranquila, abrimos la puerta a lo peor de lo peor. No debería existir problema para casarnos. La querrán mucho...

—¿Está bromeando? ¿Qué familia me aceptaría? Dice cualquier cosa para acostarse conmigo. Es un libertino que lo único que tiene caliente son los calzones. Déjeme decirle que para eso están otras mujeres; yo soy de cuna noble, sin reputación o con ella, no calentaré la cama de nadie que no me guste.

—¿Y yo le gusto?

—¡Qué descaro!

William la soltó y prefirió optar por otra técnica: la carnada. Comenzó a aflojar su pañuelo y a agrandar la abertura de su camisa para mostrar un poco de piel.

Helen no pudo mantener sus ojos quietos. Los tenía fijos en el torso de William. Tuvo que pasarse la mano debajo de la boca para limpiar un poco de saliva que escapaba. Estaba siendo sometida a la tentación de la carne, de una de excelente calidad.

—¿Le gusto para que pueda calentar la mía o necesita ver un poco más? —William se atrevió a más y llevó la mano hacia su cintura para insinuar que se bajaría el pantalón.

La joven observó la mano de él que se movía hacia su ombligo. Abrió su boca con cierta ansiedad, al igual que sus ojos. Sabía que debía intervenir y decir que no hiciera eso, pero quería ver qué había más allá de la ropa. Cuando vio que su atrevimiento no pararía, su decoro hizo acto de presencia.

—¡Suficiente! Excelencia, nadie quiere ver lo que ocultan sus pantalones. Sea decente... Puede continuar con el torso; es menos deshonesto...

Él quedó sorprendido por el pedido. Ella era indecente, pero no demasiado.

—¿Le apetece tocar, milady? Soy un atleta y me gusta montar. Mis brazos son fuertes y mi torso marcado...

La joven se mordió los labios y después miró a cada lado de la habitación buscando a alguien que le guiara sobre la decisión. Sabía lo que debía hacer, pero saber que sería soltera para siempre le daba cierta indecencia y atrevimiento.

—¿Me puede dar un minuto? Necesito hacer algo primero... —se disculpó yendo hacia la puerta. La abrió un poco y sacó la cabeza. Ahí estaban apostados Ingrid y Harper con sus manos en la capa, apretando sus armas—. ¡Psss! Ingrid, Harper, necesito un consejo...

Los sirvientes oyeron a su ama y se acercaron.

—¿Qué necesita? —indagó Harper.

—El duque dijo que podía tocar su cuerpo... ¿Qué hago? ¿Me atrevo o no?

Ingrid miró a través de la puerta entreabierta y vio a aquel hombre tan atractivo ofreciéndose a su ama con las manos puestas bajo su camisa.

—¡Sí, por supuesto que sí, milady! ¡Toque y disfrute! Eso no es pecado. Si puede, dele una mordida y cuénteme qué sabor tiene.

—¡Indecente! Mereces que te cosan la boca —espetó Harper, indignado. Le prometió al marqués cuidar de su hermana, pero esto se estaba volviendo un gran problema—. Ha llegado el momento de irse, milady. Primero le ofrecerá arriba y después abajo.

—¿En dónde está el ave? Siendo un duque, debe tener a un fénix escondido —habló jocosa.

—¡Dios bendito! Su señoría la matará, me matará, nos matará, milady. Le ruego que lo piense con detenimiento. Además, él es el socio de su hermano; venga con nosotros, es lo correcto, no debe caer en tentaciones mundanas y...

—Tocaré un poco. Quiero lo mejor de ambos mundos. Lo toco y corro, ¿qué les parece? Los complaceré a los dos y nadie saldrá herido...

Ella cerró la puerta y caminó con rapidez hacia William. Le hizo un gesto con la mano para que levantase su camisa solo un poco.

Esto era divertido para William. Aquella joven fue a pedir opiniones y era evidente que no había conseguido el apoyo completo de sus consejeros.

—¿Se acercará o me acerco más? —La tentó con voz sensual.

Con una sonrisa en el rostro y moviendo las cejas de manera pícara, Helen corrió de puntillas hacia él y puso una mano en su pecho. Algo dentro de ella estalló de emoción. Aquello era macizo y bien formado. No podía creer que se aprovechara de la situación. Ser solterona era toda una experiencia. Si seguía así, podría aprovecharse más con el paso del tiempo.

—Acepto el trato. Usted sabe negociar, excelencia, pero no crea que me tiene en sus garras...

—Lo importante es que se dio cuenta de que lo mejor es cooperar. Además, tengo más formas de persuadirla de que me

acepte; este es solo un dulce para usted...

Con la emoción corriendo por sus venas, cogió una de sus bolsas de dinero que llevaba y se la colocó en la mano a William.

—Veo, toco y pago, no estamos en deuda, excelencia... Que tenga buena noche... —se despidió la joven antes de salir, porque si no lo hacía, terminaría dándole la mordida que sugirió Ingrid y eso sería pasar el límite de la decencia básica.

Se apresuró a salir de la habitación y no le dio tiempo a William de reacción.

—¡Oye, no soy un prostituto! ¡Qué dinero es este! —exclamó indignado. Nunca le habían pagado por desvestirse; de hecho, por nada. Esto era vergonzoso—. Esta mujer me las pagará en algún momento. Le guardaré su dinero para cuando la vea poder meterle cada moneda en la oreja.

Afuera, Helen acomodaba su capa, pero debajo de lo que nadie podía ver se ocultaba su sonrisa de satisfacción. Lo más probable era que no pudiese dormir en toda la noche o quizá tendría al duque en sueños.

—¿Al final cumplió con lo que dijo, milady? —preguntó Harper.

—Sí. Pobre de ti si se lo dices a mi hermano. Ya sé que eres el pajarito que le cuenta todo lo que hago. Si quiere conservar los huevos en el nido, es mejor que guardes silencio, ¿entiendes, Harper? Si sabes que James es capaz de matarte, yo puedo hacerlo dos veces. Siempre estoy un paso antes que mi familia y cualquiera.

—Sí, milady —aceptó Harper.

—¿Y qué se sintió, milady? ¿Era suave? —indagó Ingrid.

—Era suave, duro y firme. Su cuerpo es espectacular... Qué beneficio tan grande es no tener oportunidad de casarse. Además, este hombre dice que quiere ser mi esposo. ¿Soy tan hermosa para dejarlo tonto o él cree que soy tonta para caer en sus artimañas?

—Usted cayó en la ratonera, milady. Los hombres tienen la lengua dulce y las acciones amargas. Debería esperar un poco más para juzgar al duque como bueno o malo. Sabremos qué quiere con lo que pueda hacer por usted —afirmó Harper.

—Odio escucharte, Harper. Sé que pequé de tonta, pero ¿cómo podía dejar que se escapara la oportunidad de tocar un cuerpo masculino? Eso no es algo que deba dejar pasar en mi condición. Debía hincarle el diente. No creo que pueda dormir en toda la noche...

—Qué desperdicio, quizá no vuelva a tener esa oportunidad otro día, milady. Debió ser más osada.

—Me das malos consejos, pero para tu consuelo, el trato sigue igual, aunque no podré presentarlo en casa como tenía planeado en un principio; solo podré engañar a mis padres con las cartas y después decir que mi amado misterioso murió. Esta idea no tiene desperdicio.

—Espero que le salga bien lo que está pensando y que nadie vaya a cantar la canción equivocada frente a los duques, porque ahí estaría en un verdadero peligro de confiscación de sus bienes para obligarla a casarse, milady —musitó Ingrid, que culpaba a Harper antes de tiempo.

—No lo haré. Tampoco quiero arriesgar mi cabeza como cómplice y menos enfermar aún más al marqués. Estoy al servicio de milady y en ocasiones él solo quiere que sus consejos lleguen más rápido.

—Deberías ser fiel a milady, Harper. Yo soy leal a ella —alegó Ingrid inflando el pecho.

—¿No eres tú la que se reúne con el duque en el estudio después de que milady se queda dormida? —cuestionó Harper.

Helen abrió los ojos como platos, viendo que nada de lo que ella hacía, sentía o pensaba era ajeno a sus padres.

—¿Tienes algo que decir, Ingrid? —preguntó Helen cruzando los brazos con indignación.

—Solo me hicieron preguntas puntuales, milady, jamás conté nada sobre sus planes de engañarlos porque estoy convencida de que lo que hace es correcto hasta cierto punto. Es comprensible...

—Cada uno de ustedes cree saber lo que es mejor para mí, pero parecen jugar en el lado del enemigo. ¡Ellos tres son enemigos! Mi único aliado es mi adorable duque de Welberg... Es un hombre tan atractivo, con una labia que convence de pecar a cualquiera. Quisiera retroceder dos años y no salir de mi casa para no ser secuestrada y poder conocerlo a él sin tantos impedimentos. Estoy segura de que querría estar conmigo...

—¿Y ahora no quiere hacerlo? —indagó Harper.

—Dice que sí, pero no estoy segura de sus razones. Temo ser engañada, enamorarme y que después me usen y me dejen no solo soltera, sino también con el corazón destrozado. Puedo vivir sin pareja, pero no sé si mis sentimientos involucrados me dejen tranquila.

—¿Por qué se arriesga con este rufián, milady? ¿No le parece peligroso? Ya hasta está diciendo que es «su adorable» —curioseó Harper.

—Es que no quiero quedarme sin experimentar algunas cosas interesantes que me han contado los sirvientes y otras que escuchaba detrás de las puertas... Tengo edad suficiente, dinero y un futuro incierto, pero de soledad. Puedo dar el un parte gustos antes de perderme por completo en ser jardinera y carnicera.

Después de que sus sirvientes quitaron toda la información que podían de lo que ocurrió esa noche, Helen no podía evitar pensar en el cuerpo del duque y en que le dejó dinero como pago por dejarla tocar. Se sentía culpable al hacerlo sin algo a cambio. El beso que compartieron también le rondaba la mente y deseaba regresar y combinar ambas cosas: tocar y besar. Nunca pensó que sería tan

satisfactorio. Cuando lo escuchaba de los sirvientes, sí le parecía interesante, pero al experimentarlo era aún más.

***

William regresó a su casa con la humillación en las entrañas. Le dieron dinero por un poco de atención; lo hicieron sentir como un objeto. Esa dama sí que sabía ofender cuando era necia y terca. A ella le costaba leer las intenciones de las personas; era desconfiada, aunque no era poca cosa por lo que atravesaba, ya que su vida era complicada y sus pensamientos turbulentos. Intentó por los medios conocidos conversar con la joven, pero se negaba a entender cómo pensaba. Tendría que intentar ser más paciente y tragarse este momento incómodo por el beneficio futuro. Esto era como una inversión. Los primeros tiempos solo vería pérdidas o quizá recuperara, pero la ganancia se vería con los años.

Si era inteligente y sabía cultivar todo lo que aprendió en su época de libertino para llevarlo a la mujer que le gustaba, podría conseguir su favor y sacarla del estanque en el que estaba sin poder ver la inmensidad del mar y las oportunidades. Lo único que no debía hacer era perder el contacto o dejar que se enfriara lo que ambos estaban desarrollando. Debía estar presente, que la viera como una figura interesante. Con el apoyo de James, estar en esa casa era pan comido y con sus cuñados y hermanas sería más sencillo conseguir invitaciones, pero esto último sería después de averiguar sobre el secuestro. Al día siguiente iría a la residencia de lady Stell para que pudiese ayudarlo en la investigación. Quería castigar a él o la culpable.

Capítulo 12

Despertó más tarde que de costumbre, pues durante la noche no pudo descansar tranquilo, porque revivía el beso una y otra vez como si pudiese ir de nuevo a la posada a revivir cada segundo de aquel momento gozoso.

Desayunó solo en el comedor, porque sus padres no quisieron molestarlo. Después salió rumbo a la residencia de lady Stell. Deseaba hacerlo todo de manera personal para que se le diera celeridad a la investigación. Con dos años en contra, no sabía si podrían encontrar algo que ayudara a dilucidar el asunto.

Una vez que tocó la puerta, el mayordomo de la residencia lo dejó entrar. Al poco tiempo vio a lord Stell. Este tenía un aire refinado, elegante, serio y confiable. Era quien llevaba los asuntos del banco, mientras su esposa se ocupaba de lo menos legal.

—Buen día, su excelencia, es extraño verlo por aquí... —saludó el conde.

—Lord Stell, solo he venido por un asunto particular para conversar con milady...

—Ah, ¿no me diga que entrará en negocios sucios? Déjeme convencerlo de quedarse en el camino del bien. Ella no debería patear la olla que le da de comer...

—Oh, no, no, lord Stell. Lo que deseo es que averigüe algo para mí, sobre el secuestro de lady Helen, la hija del duque de Albine...

—Mmm... Recuerdo ese caso. Pudo ser recuperada en dos horas a las afueras de la ciudad...

—Sí, pero nunca supimos sobre quiénes fueron los autores intelectuales.

—Ciertamente eran delincuentes comunes, pero contratados. No creo que a esos hombres se les ocurriera secuestrar a la hija de un

noble para obtener recompensa. Es una pena que todos estén muertos y no podamos sacarles información, aunque, como dice Katherine, siempre dejan cabos sueltos. No existe el crimen perfecto, solo que la familia no le dio más importancia porque querían resguardar la integridad de la joven. Nosotros tratamos el asunto de forma privada, pero la gente supo lo que ocurrió; esa persona debió ser la que pensó en todo, aunque se anticipó en el chisme con exageraciones, lo que hizo que ella tuviese una vida difícil.

—Estuve pensando y creo que fue una familia poderosa la que no deseaba que milady tuviese una buena presentación en sociedad. Todo esto debió ser por intereses frívolos y egoístas para sacar a la competencia del camino. Fue más que planeado para hundir lo único valioso que tiene una dama: su reputación...

—Su excelencia, me gusta verlo por aquí... ¿Mi esposo no quiso darle dinero limpio? Tengo mucho que ofrecer, pero con tasas un poco usureras... —habló lady Stell que se acercaba con un niño pequeño agarrado a su mano.

Él hizo una inclinación de cabeza para saludarla.

—Lamento defraudarla, pero lord Stell me ha convencido de que continúe en el camino del bien; sin embargo, vine por otro asunto.

—¡Déjeme adivinar! Me encanta hacerlo para saber si mis informantes lo saben todo. Se trata de la mujer misteriosa de la taberna...

—Usted tiene la nariz en todas partes, milady...

—No sería quien soy si no tuviese el poder. El dinero es inútil comparado con la información que se puede recabar. Saber sobre los secretos de los demás mantiene vivas las conversaciones con mi queridísimo esposo...

—Me llamas chismoso frente al resto, querida. Me llevaré al niño para que no oiga tus maldades. No quiero que siga ese camino.

Lord Stell cogió a su hijo en brazos y lo llevó fuera de la casa.

—Su excelencia, usted quiere algo que yo ya tengo, pero que nadie me pidió. Apenas el caso se descubrió, seguí la pista hasta el culpable.

El corazón de William comenzó a latir con más fuerza. Lo que esa mujer podía decir valía oro.

—Hizo más de lo que se le pidió, milady...

—Cuando una mujer está involucrada, quiero que todo se resuelva. Por eso no descansé hasta que Hope tuvo su propia venganza. Lady Helen debe tener la suya. Ya era hora de que alguien se preocupara por ella para ayudarla. No merece lo que le ocurre.

—Lo que me diga lo aprovecharé y tomaré justicia por mi mano. Quiero limpiar su reputación y convertirla en mi esposa...

—La familia Preston es tan noble y limpia que me da vergüenza que vengan a mi territorio contaminado. Cedric es el único que puede estar aquí porque está tan sucio como pocos...

—La escucho, milady.

—Fue el marqués de Roosevelt. Aquel tiene una hija de la misma edad que lady Helen, aunque menos agraciada y más pobre. Este hombre no toleraba a la hija del duque no solo por el valor de su dote, su dinero y su belleza, sino porque era orgullosa y se pavoneaba frente al resto, causando envidia en la pequeña temporada y cenas privadas de invierno. No obstante, nada le salió bien, porque su hija tampoco se ha casado. Echaron a perder la reputación de esa joven por nada. Usted sabe, a un burro no hay forma de sacarle leche. No era bonita, ni codiciada.

—¡Maldición! Fue por nada... Qué frustración. Al menos debió valer la pena el sacrificio que hicieron para echar a perder la vida de milady. La originaron estúpidamente —gruñó con la ira corriendo por sus venas.

—Así es. Arruinaron la vida de una inocente. Lady Helen no es la más amable de las jóvenes, pero no merecía lo que le ocurrió. Su destino quedó marcado por esto y es muy difícil voltear la situación a su favor, no sin exponer a la familia del marqués, los verdaderos culpables de esta desgracia...

—Odio que mis suposiciones fuesen correctas. Quería creer que fue un secuestro al azar para llevar dinero, pero nada cuadraba en mi cabeza.

—Hace bien en suponer esto. Los delincuentes comunes no son tan inteligentes. De hecho, son analfabetos, no son capaces de hacer ni siquiera una intimación para el rescate... Espero haber sido de ayuda. Quisiera poder hacer más, pero lo que le digo es negro sobre blanco, no hay dudas.

William dejó la residencia de lady Stell con la cabeza más clara que nunca. Se pondría a disposición de Helen para lo que necesitara; si lo que deseaba era vengarse, serviría a la familia del marqués de Roosevelt en bandeja de plata para el duque de Albine. Sabía que este no se detendría a pensar en las consecuencias, porque nadie se detuvo a pensar en lo que le podía pasar a la reputación de una joven casadera. Tomarían la justicia en su mano y la ejecutarían sin compasión.

Cualquiera podría decirle que no se involucrara, pero él estaba unido a Helen por el destino. No tenía dudas sobre eso, lo sentía en su corazón. Su encuentro en la taberna fue algo que la vida quiso que ocurriera; ambos eran las personas ideales en el lugar correcto. Tal vez debió ser en otro sitio, mas William se conformaba con estar cerca de Helen. Aquella tenía algo en particular que le atraía, no solo su belleza y carisma dignos de una gran matrona en el futuro, sino que su personalidad desequilibrada y pesimista eran como un aire fresco que le ayudaba a sus cansados pulmones a seguir adelante. Quizá esto era lo que se sentía al estar enamorado. No se había puesto a pensar en ello, aunque reconocía algunos síntomas que vio en algún momento en sus hermanos.

Comunicar lo que sabía debía hacerlo lo más pronto posible, pero no quería utilizar todas sus artimañas para acercarse. Sus excusas debían ser pausadas e inteligentes, porque si de él dependiera, ya hubiese montado un campamento fuera de la residencia de la joven; no obstante, sus padres lo arrastrarían de la oreja para llevarlo a la casa de vuelta.

Decidió que la mejor forma de comunicarse era por una carta que tuviese algo de serio y a la vez encantador. Su idea era enamorarla con las palabras para que, llegado el momento de decidir qué hacer con su vida, esta dijera que deseaba compartir lo que quedaba de ella a su lado. Para eso debía hacer el trabajo previo. Ningún amor sobrevivía sin regarse, por eso William se encargaría de que a la semilla que deseaba que creciera en el corazón de Helen no le faltara riego.

***

Lo bueno de algunos días para Helen era cuando deseaban comer una sopa de pollo, un pato asado o una pata de cerdo, pues ella podía ir con sus utensilios hasta el chiquero, afilarlos y proceder a la matanza. Desplumar y quitar la piel era otra parte que daba mucho trabajo, pero ella estaba encantada. Cualquier cosa que la sacara del aburrimiento del bordado, libro o música, era bienvenido. Lo malo era que su familia no era amante de sus buenas artes con el cuchillo. De verdad tenía talento para matar.

—¡Milady! —exclamó Ingrid, que llegó al jardín mientras ella recogía algunas hortalizas en su delantal.

—¿Qué ocurre? —curioseó la joven.

—Llegó una carta. Nadie la ha visto; la cogí antes de que lo hiciera su madre, apenas se descuidó y pude sacarla del montón. Todos sabemos que nadie más que cierto caballero le escribiría...

Helen dejó lo que estaba haciendo y se limpió las manos en el delantal para leer lo que le escribió el duque. Su corazón latía con

fuerza al imaginar lo que podría ser. Solo esperaba que no se tratara de alguna mención indecente.

Mi adorada lady Helen

Me complace saludarla, como pocas veces tengo la oportunidad. Mi memoria no le hace justicia a su gracia y su belleza; la busco en medio de mis sueños y en cada rostro que alcanzo en las apresuradas calles de la gran ciudad.

Añoro el momento en que me diga que está dispuesta a ser la esposa de este humilde servidor. Me permito recordarle estas palabras en las próximas misivas que le escriba. Como demostración de mi afecto, espero que estos pendientes le gusten.

Atentamente,

Su prometido.

En la parte de debajo del sobre estaba el par de pendientes que le había enviado el duque. Eran diamantes de excelente calidad. Con los años que tenía comprando joyas, lo sabía. Ese obsequio era demasiado valioso. No podía evitar sonrojarse con las palabras que leía. Podría tener sueños muy interesantes leyendo esa carta cada noche. Este hombre sabía jugar con su encanto.

—Se hace llamar un humilde servidor y después envía estos pendientes ostentosos. Dime a quién debo creerle, a sus acciones o sus palabras... —sopesó con una sonrisa sin dejar de mirar las joyas.

—¿Puedo leer su carta o tiene muchas cosas que no debo saber, milady?

—Léela. No hay misterios, pero no puedo pretender que no te dé envidia el contenido —afirmó pavoneándose—. Este caballero se toma en serio el papel de prometido falso.

Ingrid leyó con detenimiento y se conmovió. Al terminar, miró con reproche a Helen.

—No creo que alguien pueda fingir estos sentimientos, milady. Creo que está aprovechando la oportunidad para seducirla entre líneas. Es tan inteligente... No solo es atractivo, también tiene un cerebro que es capaz de hacer planes elaborados y eso es mucho para una cabeza masculina cuando se trata de romance.

—Lo ensalzas demasiado, Ingrid. Te aseguro que no es tan virtuoso como parece...

—O usted no es tan virtuosa como piensa y se está sobrevalorando.

—No lo sé, pero esto sirve para mí. Si mi madre quiere hurgar entre mis cosas, dejaré este pequeño dulce para que lo disfrute y no moleste. El día que me pidan conocerlo, este caballero de armadura dorada tendrá que desaparecer. Es lo más conveniente. Debo cuidar mi mente y no caer en la humillación...

Después de unos minutos, Harper fue al jardín y vio a su ama e Ingrid cuchicheando.

—Milady, su hermano le ha enviado una carta al duque de Welberg. Es probable que le pida venir a la residencia. Debería prepararse para la llegada de su excelencia en cualquier momento... —contó Harper con diligencia.

—No puede verme como una indigente. Soy la hija del duque. Cuando venga, me veré preciosa...

Capítulo 13

—Entonces es verdad que le interesa el joven duque, milady —se burló Harper.

—Ese es asunto mío. Si no estás de acuerdo, puedes comenzar a remover la tierra; tengo mucho que plantar... —dijo la joven que metió la carta en su escote para continuar recogiendo hortalizas.

Pensar en que él estaría pronto por la residencia la llenaba de una emoción desconocida. No podrían hablar de la misma manera en que lo habían hecho en la taberna, pero con verlo se conformaba. Se sentía como un pequeño ave del jardín comiendo migajas de pan de un niño descuidado. En ese instante era un manjar. Deseaba observar su porte elegante y serio pasando por el umbral de su casa con la intención de deleitar a sus pobres ojos. Lo único que debía hacer era saber con exactitud cuándo iría él para no parecer parte del servicio.

Por la tarde fue a la habitación de su hermano, que parecía disfrutar del aislamiento; estaba sentado en la cama leyendo.

—¿Por qué no sales a que te agarre un poco de sol? Estás más pálido que de costumbre. Tantos días encerrado te hacen daño —comentó la joven que fue con la bandeja del té para compartir.

—¿Acaso soy una de tus plantas para necesitar sol? Lo necesario lo recibo en la ventana. La verdad es que me agito si bajo las escaleras. Tendré que esperar un par de días más hasta que mi condición se estabilice y pueda hacer una vida normal.

—Lo siento, James. Sé que es mi culpa. Fui una hermana inconsciente que eché a perder un buen negocio para ti...

—No está perdido. He invitado a William para que me visite y podamos conversar. Por ningún motivo quiero verte cerca, no deseo que lo distraigas.

—¿Distraerlo? ¿Cómo lo haría? —preguntó con fingida inocencia.

—Noté que llamaste su atención, pero eres tonta y desaprovechaste una buena oportunidad. Me hubieses ayudado más cooperando, dándole una sonrisa amable, pero nada de eso se te pasó por la cabeza; preferiste avergonzarme con un lunar y la verruga. Te quité las orejas de elfo y eso tampoco funcionó.

—Lo lamento. No lo volveré a hacer, es una promesa. Si hubiese sabido que lo pasarías tan mal, me hubiese recostado en la cama para que el duque se aprovechara de mí y así salvar tu vida. Puedo hacer muchos esfuerzos por ti, hermano...

—¡Tú! —La señaló—. ¡Desvergonzada! Deberías tener un mínimo de recato.

—¿De qué me sirvieron dieciocho años de recato? Bah, no sirve para nada. Cuidé mi reputación y el nombre de esta casa y, ¿qué obtuve? Rechazos y humillaciones. Ahora entiendo la razón por la que los libertinos hacen lo que desean sin temor a las consecuencias.

—No sigas por ese sendero, Helen, al menos no si de verdad quieres que me recupere. Si quieres matarme, sigue diciendo tonterías que agraven mi situación. Solo te pido lo esencial: decoro y recato.

—Estaba haciéndote un chascarrillo. No haría lo que dije, era solo para saber si tu corazón soporta un poco de presión. Pasaste la prueba con éxito...

—No me hagas bromas, cualquiera de ellas es una palada en el cementerio. Aprende a cuidar tu lengua, hermana mía.

—Siempre estoy haciendo tonterías, ¿puedes disculparme? También prometo ser más amable con el duque. Debo compensar mi grosería de la última vez. Puedo ser solterona, pero lo seré con respeto por los demás. Quizá en el futuro él pueda ayudar a esta hermana tuya por si te mueres por andar rabioso por la vida.

—¿No crees que tengo razones suficientes? Dime la verdad, no te burles de mí. Llevo dos años rompiéndome la cabeza por ti, para entenderte e intentar que quieras un esposo para que te cuide y te acompañe cuando yo ya no esté. Hoy nos tienes a nosotros tres, pero nuestros padres se hacen mayores y yo tengo un pie del otro lado y los buitres me visitan en la ventana esperando que me convierta en su carroña favorita. No quiero hacerte jurar nada en mi lecho de muerte; me parece deshonesto. Prefiero arreglar todo en vida. Escucha, Helen, si William te propone matrimonio, le dices que sí y punto. Es lo que más te conviene y te dará prestigio; no debes desconfiar de él, no es un hombre convencional de los que creen que una mujer pierde valor por no tener virtud.

—Yo tengo mi virtud, pero nadie me cree, James. No quiero esforzarme en probar mi valor; prefiero no intentar que la gente confíe en mí, ¿para qué hacerlo? Siempre me han tratado bien y he sido mimada por esta familia. Sé que no conseguiré a nadie que me crea y me trate con respeto como ustedes. Sé que conspiran en mi contra, pero es por el inmenso cariño y temor que sienten al creer que en su ausencia no me esperará nada bueno. Es entendible, pero yo no soportaría que no me trataran con el mismo amor y cuidado que aquí. Siempre quise salir de esta casa siendo amada, pero mis sueños se desvanecieron y solo queda desconfianza de lo que me rodea.

—No atentes contra la vida de tu joven hermano, Helen. Cuando dices esas palabras, mi pecho se aprieta y el aire escasea, porque no puedo hacer nada más que intentar persuadirte para que cambies tu destino.

—No intentes salvar a quien no quiere ser salvado, James. Es más fácil y evitas el sufrimiento. No veo nada malo en vivir como soltera en un lugar lejano y pequeño. Tendré animales y a mis sirvientes. Si dejas mucho dinero para que lo administre, jamás pasaré hambre o peripecias. Para una dama, lo importante es tener techo, comida y salud. Debo aceptar lo que me toca; no lo hago con una sonrisa, pero lo acepto como viene. Incluso tal vez adopte a

algún niño de esos que la gente abandona por ahí si se me antojara ser madre. No todo es malo si ves la libertad con otros ojos.

Después de reunirse con su hermano, no pudo sacarle información sobre el horario del duque. Tendría que cuidar su apariencia en todo momento. Verse inmaculada se volvió algo importante. Por un lado, no quería compromisos, pero quería gustarle a ese hombre y deseaba aprovecharse de eso para su beneficio. ¿Quién cuestionaría los intereses secretos de una solterona que ni siquiera entraba en los círculos sociales? Suponía que absolutamente nadie.

Tendría que ser paciente para poder sobrevivir ese par de días mientras esperaba el momento oportuno de mostrar su encanto casero. Mientras aguardaba, pensaba en darle una respuesta al duque, pero no se atrevía a escribirle; sin embargo, sabía que, si no lo hacía, la situación no sería creíble; ella debía corresponder a las atenciones de su supuesto amor a distancia. Se decidió escribir unas palabras para enviárselas a William.

Quizá si intercambiaban misivas una vez por semana, todo sería más sencillo y no existirían presiones, salvo la que le pondría fin con la supuesta muerte.

***

Al despertar, William se preparaba para salir a practicar un poco de esgrima en casa de Charles. Lo hacían a veces cuando estaban aburridos. Su cuñado era un hombre de costumbre y los miércoles los dedicaba a alguna actividad que él denominaba casera y masculina en la que excluía a su hermana. Con frecuencia invitaba al resto de los cuñados y se turnaban para sus prácticas. Las habilidades físicas eran importantes para ellos y más en tiempos de caos y guerras. Necesitaban mantenerse activos, por lo que varios de ellos habían superado la barrera de los treinta años.

Mientras iba de salida de la casa, vio al sirviente de lady Helen llegando a su casa.

—Su excelencia, disculpe la molestia. Milady le envía una respuesta a su carta. Dice que es bueno mantener las apariencias correspondiendo a sus palabras...

—Gracias. Ella siempre tan adorable, sin intentar fingir un poco de aprecio —dijo William cogiendo la carta. La leería en el carruaje.

Harper hizo una reverencia y se retiró tan rápido como llegó.

Cuando William tomó asiento en el coche, este miró el papel que tenía en las manos por un par de minutos. Por un lado, estaba ansioso por leer lo que ella le había escrito, pero por el otro, sabía que no podía esperar demasiado de alguien que tenía el corazón congelado y la mente cuadrada. Tan solo al pedirle que razonara sabía que no podría hacerlo, al menos no sin hacer un festival de lástima por su situación cuando sabía que no era culpable de nada. Todo pudo haberse solucionado si se hubiera plantado frente a los demás con el apoyo de sus padres, pero pasó todo lo contrario; como una tortuga, vivía dentro de su caparazón.

Cuando cogió valor suficiente para soportar cualquier golpe o decepción, rompió el sello y comenzó a leer.

Estimado prometido

Las palabras no son fáciles, son costosas para quien duda de la sinceridad de las personas. El temor impide que las ideas se distorsionen, dejando solo la realidad de su presencia, esa que no comprende negativas y que acepta lo malo como bueno. No sé si se trata de lealtad, pero si no lo es, se parece demasiado.

Me despido esperando su próxima carta para saber qué le parece mi visión de la vida.

Atentamente.

Su prometida.

Para su sorpresa, no tuvo que cortarse una vena por la tristeza. Era evidente que ella se había esforzado por demostrar un poco de afecto. Era lenta, pero estaba seguro de que algo brotaba en su

interior, dándole esperanza para que su vida cambiara. A Helen solo le faltaba comprensión, alguien que estuviese dispuesto a todo por ella, y él era esa persona. Desde que la vio, supo que no importaba el tamaño de su cruz; la seguiría hasta los confines del universo si pudiese.

Ese día estuvo hasta la tarde en casa de su cuñado, practicando, comiendo y bebiendo para pasar el rato como buen noble ocioso, pues en dos días más iría a la casa del duque de Albine para continuar sus negociaciones con James. Este ya se sentía mejor para poder hablar mucho tiempo y debatir; solo debía cuidar de no matarlo, como le advirtió el mismo marqués en su carta invitándolo a discutir sus pendientes.

Debían soportar un par de días más para poder disfrutar de la presencia de la joven. Pensó en arreglarse mucho e ir cargado como un pavo real para que ella viera que a él le sobraban recursos y que le daría una buena vida si Helen decía que sí a su propuesta de matrimonio. Sabía que estaba siendo demasiado positivo, pero confiaba en sus habilidades. Tuvo demasiado tiempo de práctica para poder hacer un buen papel en ese aspecto. El libertinaje no solo significaba placer, sino también entrenamiento para buscar esposa. Con lo que aprendió, la joven no tendría escapatoria; tarde o temprano debía caer en sus manos.

***

En casa del duque de Albine desde la cocina decidieron que ese día comerían pato. Matar emplumados era la especialidad de Helen. No tuvo que hacer mucho esfuerzo para cogerlo porque el gallinero no era tan grande como para que pudiese escapar.

Mientras hervía el agua para colocar el ave para poder desplumarla, vio que Ingrid corría hacia ella como si estuviese desesperada.

—¡Milady! ¡¿Qué está haciendo?! Debería estar viéndole hermosa, no como un perro de cacería.

—¿Cuál es el apuro?

—¡El carruaje del duque de Welberg está frente a la residencia!

—¿¡Qué?! ¿¡Qué clase de pecado cometí en mi vida anterior para tener que soportar este tipo de humillaciones!? No puedo creer que esté aquí cuando estoy matando un pato. Qué miseria —se quejó.

—Se ve muy hermosa, pero el hedor del pato contamina la zona; su oloroso perfume francés no puede contrarrestarlo.

—Pues bien. Debe verme en mi ambiente natural. Mato animales para practicar para mi futuro. No es motivo para esconderse. Debo tener valor y sonreír con los pendientes que llevo días poniéndome. Al menos verá que tengo voluntad de seguir este juego como él quiere.

Capítulo 14

William llegó a la residencia del duque de Albine poco después de la hora del desayuno. Su socio lo había invitado a almorzar y era más que evidente que él estaría feliz compartiendo en la mesa con la familia, porque tendría la oportunidad de ver a la joven.

Al dar unos pasos dentro de la casa, vio el rostro pálido del sirviente de Helen. No parecía muy feliz de verlo.

—¿Se encuentra lady Helen? —preguntó sin premura.

—Ella está... está en el jardín trasero —alcanzó a decir con un poco de temor.

—Ah. Iré a saludarla antes de ver a James.

—¡Excelencia! A milady no le gusta que la molesten cuando está en uno de sus pasatiempos favoritos.

—No importa. Si es un bordado feo, de todas formas, será bonito por haber sido hecho por ella. El amor es tan ciego que puede pasar un gato por liebre.

Harper quería agarrarse de los pelos al ver que este hombre testarudo iba a buscar a la joven. Sabía que su ama lo mataría. Tenía demasiadas razones para terminar abonando tierra en el cementerio. De todas maneras, lo siguió para alcanzarlo. Este iba caminando a paso firme con una de sus manos en el frente y la otra atrás, digno de la elegancia de su rango.

El joven duque observó a la distancia, primero con una sonrisa al distinguir a Helen, mas se le borró tan pronto cuando vio una pequeña hacha en una mano y en la otra un pato desplumado. Se detuvo en su caminata para analizar la situación. Su mente le

gritaba que era impropio de su condición, pero esa era su parte prejuiciosa, pues sabía que ella estaba preparándose para una vida solitaria y debía aceptar las actividades que practicara, por más que no le gustara. Continuó la marcha hacia la dama y volvió a dibujar una sonrisa en su rostro.

—¡Milady! ¡El duque! —exclamó Ingrid, que quería esconderse bajo las piedras.

Al percibir la presencia del caballero, ella quiso esconder el ave muerta, pero era tarde: la habían visto.

—Vaya pasatiempo. Pensé que la encontraría bordando algo o cosiéndose el dedo, pero no imaginé que fuese la cocina. ¿Usted cocinará para el almuerzo?

—Buen día, excelencia. Solo mato el pato. El resto lo resuelve la cocina de la casa —replicó avergonzada, queriendo sacarse un cabello del rostro. No era exactamente la forma en que esperaba volver a verlo. La buena impresión que quiso causar solo quedó en una intención; al menos esperaba que pudiese notar los pendientes que llevaba.

El duque se adelantó a Helen y retiró el mechón de cabello que cubría su frente y lo colocó detrás de la oreja.

—Lleva los pendientes. Sabía que le quedarían muy bien... Por otro lado, usted no es una dama convencional. Cocinar debería ser una de sus facultades si se está preparando para la vida de soltera o ¿acaso piensa comer carne cruda?

—Tal vez me falte práctica en la cocina, excelencia, pero no será hoy. Quiero que tenga una buena experiencia culinaria con el pato que crie y maté.

—Está bien, aunque recuerde que me gustaría probarlo. La veré más tarde, debo ver a su señoría.

Helen le dio una sonrisa nerviosa a William y, después de que él se fue, lloriqueó con los ojos cerrados, zapateando y zarandeando al

pato.

—¡Oh, Ingrid! ¡He sido humillada! El duque me pide que le cocine... ¡Y yo no sé hacerlo! ¡No se me ocurrió aprender ciertas recetas! No puedo vivir de galletas y té, tampoco me sirve hacerlo de comida cruda. ¡Es un ser tan despreciable!

—Solo hizo una petición, aunque fue un poco audaz y hasta venenoso con su sugerencia, pero considero que lo importante es que fue comprensivo con sus hábitos. Es un caballero que vale la pena apreciar.

—Vale la pena... ¡Bah! Ningún hombre aparte de mi hermano y mi padre vale la pena. Consideraré el asunto de la cocina para cuando necesite cocinar en el futuro. Es importante hacerlo por si el dinero es escaso y corre por mi cuenta alimentarme. No sería bueno vivir de bayas silvestres por muchos años...

El sirviente de Helen llevó a William hasta la habitación del marqués. Este último reservaría sus fuerzas para bajar las escaleras para la hora del almuerzo.

—Buen día, James. Te ha regresado el color al rostro... —habló William, que se sentó junto al marqués al lado de la ventana.

—Tal vez, aunque Helen dice que debo salir a tomar el sol como si fuese que soy una planta. Sabe que bajar las escaleras solo puede ser en ocasiones particularmente importantes. Nuestro almuerzo de hoy es para cerrar el trato si aún quieres a alguien como yo como tu socio.

—No solamente te quiero como mi socio, sino también como mi cuñado. Tu hermana es encantadora...

—¿Lo de mi hermana va en serio? Creí que mis oídos me engañaron la última vez que te oí.

—Sí, es encantadoramente extraña. Necesito tu apoyo.

—Tienes todo lo que necesitas de mí... Tú solo pídelo y así se hará. Puedes llevarte a Helen, nadie dirá nada, todo puede ser muy

discreto.

—Las cosas a la fuerza no funcionan, pero lo hablaremos después de centrarnos en los negocios antes de que te vuelvas a enfermar.

—Después de saber que te interesa Helen, no se me ocurriría morirme de ninguna forma.

Ellos comenzaron a hablar de sus negocios pendientes al menos por una hora. Los asuntos por resolver eran muchos y no podían esperar más; debían firmar los papeles en donde se asociaban para negociar.

Una vez que acordaron cómo proceder, William decidió hablar sobre lo que había averiguado.

—Ahora que hemos resuelto lo que se relaciona con los negocios, puedo contarte lo que supe por medio de lady Stell.

—Lady Stell es una buena persona, nos ayudó cuando lo necesitamos. Ni siquiera da la impresión de ser una prestamista despiadada.

—Es cierto. Le pregunté sobre el caso del secuestro de tu hermana y lo que me contó no te dejará tranquilo.

—No me asustes. ¿Qué significa eso? —interrogó James con preocupación.

—Te lo diré si me prometes no preocuparte demasiado por el pasado y pensar en el presente.

—Tonterías, dime lo que tengas y decidiré qué hacer.

—Ella me dijo que no fue un secuestro normal, sino que lo único que los delincuentes querían era arruinar la reputación de tu hermana porque el marqués de Roosevelt tenía una hija de la misma edad que la suya y como no era tan bonita como ella, prefirieron sacarla del juego...

James se quedó pálido y en silencio, tratando de asimilar lo que le dijo William.

—Todos estos años creímos que fue algo fortuito...

—No, no fue así. Estuvo fríamente calculado desde un principio para echar a perder la vida de milady con dudas, cuchicheos y más. Esta información no la podía callar, porque es injusto que esas personas continúen por la vida como si nada después del daño que hicieron.

—Merecen mil muertes. Me encargaré de que así sea... —dijo el marqués apretando su puño con fuerza.

—Quiero decírselo a milady y aliviar su carga. Ella sufre pensando que fue un infortunio, pero saber que existe un culpable le dará paz y, si quiere vengarse, la ayudaré. Este asunto me concierne. Si puede limpiar su reputación, podrá casarse sin reparos y yo soy el primero de la lista y me encargaré de ser el único.

—Estoy seguro de que Helen tomará la venganza como camino. No sé si recuperará algo, pero haremos lo posible para que los demás no queden impunes. Dos años de malos ratos, tristeza, desesperación y preocupación son los que hemos tenido como familia. Todavía no puedo imaginar los sentimientos de mi hermana, es indescifrable, porque en ocasiones parece desear una vida con alguien y en otras es reacia. No sé qué creer respecto a eso. Tú le has llamado la atención y me alegra saber que correspondes a su atención. No se da cuenta de lo afortunada que es teniéndote a su lado.

—Ella no ve el horizonte; la luz al final del túnel no es fácil de encontrar para todos. Es comprensible que esté cerrada de mente. Quiero comprenderla, aunque en ocasiones me cueste. Una persona herida necesita paciencia.

—Debo reconocer tu humildad y honor, William. Eres un hombre de valores que sabe cómo tratar a las personas. Te han criado para hacer el bien.

—Mis padres son personas maravillosas que se hicieron cargo de cosas que no les correspondían. No tendré toda la sangre de ellos, pero sí lo que me enseñaron; eso une más que un simple lazo sanguíneo y perdura toda la vida. Quiero una vida como la de ellos, en donde el amor y los valores se traducen en prosperidad.

Ambos estaban de acuerdo con lo que el otro decía. En donde convergían era en ayudar a Helen y hacerla feliz, por más que ella desconociera lo que hablaban y conversaban. Pronto sabría lo que decían y ella tomaría sus propias decisiones, aunque suponían que la venganza era el único camino a la redención.

Horas después fueron llamados para el almuerzo. William ayudó al marqués a bajar las escaleras sin hacer ningún esfuerzo; faltaba poco para que lo sentara en la silla para que no se fatigara.

—Qué bueno que puedas bajar con nosotros... —comentó la duquesa con una sonrisa.

—Sí, madre. Llevaba tiempo sin salir de esa habitación, pero debo confesar que me he cansado. Después regresaré a descansar, pues venir ha tenido un efecto un tanto adverso —exageró. Su idea era dejar al duque de Welberg a merced de su hermana o viceversa.

Helen se presentó unos minutos después con una ropa más elegante. Se arregló el cabello para que el duque no se fijara en otra cosa y se bañó en perfume para que el olor a pato mojado se le quitara de la piel.

William quedó complacido al verla en todo su esplendor, luciendo la joya que le había obsequiado.

—Oh, querida. Esos pendientes los he visto en estos días. De hecho, te has arreglado demasiado durante este tiempo... —comentó el duque de Albine.

—Son un obsequio del caballero que me envía cartas... —contó.

—¿Recibes esas baratijas de un desconocido, Helen? Debes tener cuidado con eso... —advirtió su hermano, que cogió una copa

de agua.

El duque de Welberg se quedó de piedra al oír que el marqués llamaba a su obsequio «una baratija». Esa «baratija» era de primer nivel. Otros nobles pagan fortunas para tener un pedazo del diamante más puro de la mina de su cuñado, mientras él lo compraba a menos de la mitad de precio. Para su familia, tener joyas valiosas era una diversión. Sí que su amigo lo ofendió, pero no podía culparlo; ignoraba que él era el caballero de las cartas.

—Ese hombre debe tener dinero para comprar diamantes. No parece un hombre tan humilde... —alegó la duquesa, desconfiada.

—¡Oh, madre! Como dice mi hermano, es solo una baratija, una imitación que puede comprar un hombre común de la ciudad. Usted sabe que existe la bisutería... —Helen quería que se la tragara la tierra al ver el rostro sonrojado de William. Este parecía a punto de estallar para decir que no era eso, pero era evidente que se contenía para no matar a nadie.

—Debes valorar el esfuerzo de alguien sin recursos. Espero que le respondieras con respeto, sin importar el valor de la joya. La intención es lo que siempre cuenta. Nosotros podemos decir que son baratijas, pero el valor sentimental es lo que al final importa. Si rompo una de tus horquillas caras que no aprecias, no sentirás dolor, pero si por alguna razón se extravían esos pendientes, tú te morirás. ¿Sabes por qué? Por usar eso desde que lo recibiste. Ese par tiene tu atención completa. Espero que pronto podamos conocer a este valiente caballero de las sombras que se atreve a conquistar a mi hija...

—No es nada serio, padre. Intercambiamos palabras de amistad...

Capítulo 15

—¿Amistad? No nos vendas humo, querida. Nadie te enviaría joyas, por más falsas que fuesen, solo por amistad, y si lo manifestó así es porque miente con descaro; es discípulo de la mentira. Ningún caballero daría obsequios a una dama que no le interesara... ¿O crees que lo hace por tu dinero? Te envía cartas a tu casa, entonces sabe que eres la señorita de esta residencia... —comentó su padre.

—Cree que soy una doncella, estoy segura de eso, solo que aquí se ha mezclado la correspondencia. Si supiera que soy la señorita de la casa, como dice mi padre, ¿cómo se atrevería a enviarme imitaciones de joyas? Deberían ser las reales, ¿o no? Eso sería usando la lógica de mi padre...

William solo podía guardar silencio mientras se debatían sobre el obsequio que envió. Los diamantes tan caros eran hechos pasar por vidrios de imitación. Su cuñado, Matthew, moriría si escuchaba esas palabras sobre los productos de su millonaria mina en América. No se lo comentaría o la familia del duque de Albine tendría problemas por difamación y calumnia. Este acontecimiento debía guardarlo en su memoria.

—Lo que importa es que existe un pretendiente real y que es una esperanza para que Helen se case. A mí no me importaría cualquier profesión modesta, incluso si es un vago. Nuestra familia puede hacerse cargo de todo, con tal de que ella no sufra peripecias en el futuro y que no atraviese este camino de vida en soledad —alegó su madre.

—En fin, no nos importa el pobre diablo al que escribas; si puede casarse contigo, que lo haga. Estaré ansioso por conocer a mi cuñado. Cuando me recupere, organizaré una jornada en una de las propiedades y quiero que tu amigo acuda. Va siendo hora de que

también busque esposa... —James mintió en la última parte, pero sabía que no tenía otra excusa para hacer una fiesta campestre. Si no decía lo de casarse, no tendría el apoyo suficiente para poder unir a su hermana y al duque de Welberg. Ese era un matrimonio importante y conveniente en todos los aspectos, no solo por la seguridad que le daría a su hermana, sino también porque los negocios serían más fluidos y confiables. Era una relación de ganar-ganar.

—No lo encontrarás en tu selecto grupo de aristócratas, hermano. Él es un hombre sencillo...

—Podríamos buscar a este caballero e invitarlo personalmente, milady. Nadie le dirá nada por su estatus bajo. No somos personas tan estiradas para semejante tontería. No juzgaremos a nadie. Además, yo ayudaré a James con su fiesta; no solo será para conocer a las damas, también será para que la gente conozca sobre nuestra asociación y eso nos dé más ventajas en el futuro. ¿Sabe que siempre se necesitan artesanos de cualquier cosa? Son los que mueven el dinero y pagan sus impuestos con eso, lo que nos permite a todos un mayor uso de recursos, pese a que todo va para armamento y provisiones para el ejército —intervino William.

—Su excelencia es alguien de corazón abierto. Me alegra que no juzgue a nadie por su condición humilde...

Ambos parecían armar una pequeña batalla. Sabían sobre lo que hablaban, pero mantener las apariencias era importante para que Helen consiguiera lo que deseaba. William era su aliado y no pensaba traicionarla, pero conseguiría su mano por otras vías, ya que a ella le gustaba hacerle difícil el camino. Sabía que sus padres podían ser mañosos hasta el punto de arrojarla a sus brazos y eso era lo que pretendía. Él se haría tan indispensable, benévolo y amable, que lo apoyarían como fuera, al igual que James. Sabía que él era su arma más poderosa en ese momento.

—Por supuesto. Los valores de mi familia siempre se han basado en el esfuerzo y el mérito. No podría defraudarlos

creyéndome superior a nadie. Sería una osadía de mi parte y una completa falta de respeto... Sé que debo escuchar a mis padres, ¿no cree usted que es importante lo que dicen nuestros mayores con toda la experiencia que tienen al hombro? —indagó William queriendo ver si se atrevía a decir algo contra sus padres.

—Estoy de acuerdo, pero cuando ellos respetan los límites que se les imponen. Buscar esposo para una joven casadera que no puede casarse es un acto criminal de presión social... Es un ejemplo. No acuso a mis padres... —dijo sorbiendo un poco de su sopa.

—Su excelencia, esta hija rebelde necesita que alguien le enseñe el respeto filial. Es una criatura desorientada que no sabe apreciar lo que sus padres hacen por ella —intervino el duque.

—Padre, no me llame malagradecida. Es que ustedes parecen moscas en verano. Están en todas partes y en todas las cosas que hago. No es difícil de entender que no puedo casarme. Hasta el duque de Welberg lo ha comprendido y ustedes no pueden. Mi amistad por las cartas es un asunto privado... No quiero que espanten a este caballero. ¿Quién dice que no envejezca con un amigo verdadero? ¿Por qué necesariamente debe ser un esposo que puede hablarme mal y golpearme? Con que me acompañe con frases y palabras de aliento es más que suficiente.

—Oh, niña ingrata. Los hijos no se hacen hijos con frases y palabras; necesitas a un hombre que duerma contigo. Un niño es la mejor compañía que podrías tener —habló su madre.

—Eso significa que tengo que casarme y es de lo que estoy huyendo, madre. No tiene sentido. Ahora me pondré a rezar por usted, para que su inteligencia deje de vagar y regrese a su cuerpo.

—Su madre tiene razón, milady, aunque para tener un hijo no es necesario casarse, solo buscar al hombre adecuado para el hecho. Es razonable... —alentó William queriendo una tajada de la tontería de la que hablaban.

—Qué atrevimiento, su excelencia. Eso falta a las normas del decoro. Jamás haría algo así, es impensable.

—Su excelencia, no queremos damas solteras y con hijos, eso sería restar la reputación de toda la familia. Es un peligro darle esas ideas a alguien como Helen, aunque puedo ver que pensó más que usted para responder —alegó el duque de Albine que sorbió su copa de vino abriendo mucho los ojos por lo que había dicho.

William sonrió. Era evidente que una familia tan conservadora no aceptaría algo semejante. Solo estaba poniendo a prueba las ideas de la joven que le gustaba. Quería probar hasta dónde podría soportar sus ataques para seducirla y que terminara cayendo. Podría ser vil y llevarla a una trampa para casarse, pero eso no lo diferenciaría de las personas que le hicieron daño y a lo mejor terminaría rompiendo la poca confianza que había conseguido hasta el momento. Su avance era lento, pero satisfactorio hasta donde podía distinguir. Debía tener más paciencia.

—Era solo una propuesta tonta que me ayudó a ver los valores de esta familia. Es evidente que, para que no esté sola, no la obligarían a embarazarse de cualquiera y quedar sin respaldo. Ella también ha sido muy juiciosa en su respuesta —replicó William.

Helen no dejó de observar a William de reojo durante el almuerzo. Temía que lo que había insinuado en realidad no fuese una tontería como dijo, sino más bien su objetivo real. Tal vez quisiera meterla en su cama. Eso le asustaba, pero también la hacía pensar en que a él le gustaba y, como el matrimonio sería algo imposible, no necesitaba respeto y podía llegar a un acuerdo beneficioso para ambos; así podían cumplir cada uno con sus expectativas. Podía ser arriesgado, mas ¿qué sería lo peor que le diría? Tampoco él se haría pasar por un hombre decente. Era un libertino más en el mundo; no tenía sentido que tuviese un ataque de decencia.

Al terminar el almuerzo, William se despidió de James, que fue llevado por los sirvientes a la segunda planta, y él se quedó en el

salón. Quería conversar con la joven.

—Su excelencia, quisiera solicitar una conversación privada con milady. Sus sirvientes pueden estar atentos cerca de nosotros... —pidió William con una confianza más de la necesaria.

—¡Oh, por supuesto! —expresó el duque sobándose la mano como una mosca sobre el festín. Claro que deseaba dejar a su hija con ese hombre y que se la llevara como su esposa.

—¡Sí, sí, sí! —secundó la duquesa—. Helen, sé amable con el duque. Pórtate bien, querida...

La joven miró a sus padres sin creer que la estaban obsequiando, pero no les daría el gusto de escuchar su conversación.

—Iremos al jardín, su excelencia. Tenemos un banco en ese lugar. Si la conversación es privada, no queremos que las paredes tengan oídos y en mi casa, hay muchos... —manifestó poniéndose de pie.

William siguió las acciones de la joven y asintió.

—Ingrid, Harper, sígannos, pero se quedan a sesenta pies de nosotros —ordenó Helen dando el primer paso hacia el jardín.

El duque de Welberg la seguía con ambas manos detrás de la espalda. No quería que ella pensara que tenía alguna mala intención; por supuesto que la tenía, pero en esa casa no podía hacer nada.

—¿Sobre qué quiere conversar conmigo, su excelencia? —inquirió sin preámbulos.

—Tengo muchas cosas, pero la más importante es sobre lo que pude averiguar de su caso.

—¿En tan pocos días pudo conseguir la información? Déjeme dudar de su veracidad.

—No me está cuestionando a mí, sino a lady Stell quien fue la que me contó lo que ella misma estuvo averiguando sobre las razones de su secuestro.

El corazón de Helen comenzaba a latir más rápido que nunca. Se sentía agitada, por lo que tomó asiento en el banco.

—¿Debía existir una razón que no fuese dinero? Quiere decir que sus teorías...

—Eran correctas. No era un asunto de dinero, era competencia desleal por parte de alguien...

—¡Pero por qué yo! ¿A quién quería hacerle daño? ¿A mi hermano, a mi padre?

—A ninguno de ellos, sino a usted. Siempre fue el objetivo de esta familia...

—¿De una familia? Hable, por favor, excelencia. Dígame más. ¿De quién es esa familia?

—La del marqués de Roosevelt...

La dama trataba de buscar en sus recuerdos alguna conexión con esa gente, pero no encontraba sentido. Para ese punto pensaba que la información del duque era falsa.

—Su excelencia, no tengo relación con esas personas, ¿por qué querrían hacerme daño?

—Por envidia... El marqués de Roosevelt tiene una hija de su edad que estaba celosa de usted por su carisma y belleza... Intente recordar, milady...

En ese instante, la memoria de ella parecía recuperarse. Solo recordaba un enfrentamiento en la tienda de vestidos dos años atrás. La modista halagó su figura y eso fue suficiente para que una joven la mirara con el rostro más indescifrable jamás visto. También la recorrió de pies a cabeza y en aquel momento, Helen era bastante altiva y la reprendió por observarla como si tuviese una segunda

cabeza. Le dijo que era insignificante y fea. No imaginaba que eso le llevaría a tener tantos problemas.

—Por su cara creo que ha recordado... —comentó el duque, burlón—. Usted puede reconstruir el resto de los hechos, pero ¿tengo razón en lo que dije?

—En la modista, a una joven le dije que era insignificante y fea. Me estaba mirando y no quería que lo hiciera... ¿Fue eso lo que me condenó? ¿Fue eso lo que echó por tierra mi brillante futuro? ¡Solo dos estúpidas palabras!

—No, fue la envidia. Por una humillación puede cobrarse, pero la envidia no conoce códigos. Una vez que existe, no se erradica con nada, al menos no hasta lograr el objetivo. Sin embargo, no debería preocuparse; ni con todas las artimañas del mundo esa mujer ha logrado casarse. Lo más probable es que usted tuviese la razón y ella fuera insignificante y fea.

—Vaya consuelo. Está tan arruinada como yo, pero no es suficiente para mí. Quiero venganza...

Capítulo 16

—Me hubiese decepcionado tanto si no hubiese dicho esa palabra mágica... Piense en una manera y no dude de que este siervo la ayudará en lo que sea que piense... —William acortó distancia con ella y se sentó a su lado; después, con un dedo, levantó el mentón de Helen—. Usted diga muerda y yo lo haré, sin duda.

Helen miró a William a los ojos buscando algún destello de burla o falsedad y no lo halló. Sus ojos azules eran tan profundos como el mar, pero sinceros y sin intenciones ocultas. Aquel no podía callar lo que quería conseguir.

—Pensaré en una venganza digna de mi posición. No recuperaré mi reputación, pero dormiré tan bien al saber que esa maldita tampoco tendrá lo que yo perdí... —habló con determinación. Luego desvió sus ojos hacia los labios de William y se acercó a besarlo.

Este no se negó, sino que correspondió con ternura. No era el momento de ponerse animado. Ese beso más parecía un consuelo necesario de la persona que era su cómplice perfecto. En lugar de ser un duque arrogante, era un sirviente fiel que la buscaba con esmero.

La unión de la boca de los dos era un deleite compartido. Además, ambos compenetraban sus objetivos.

—Le escribiré una carta para decirle lo que pienso hacer... —musitó la joven que rompió el beso.

—La veré en la taberna en tres días... No quiero cartas, al menos no por lo que queda de la semana. Para la siguiente, yo seguiré con el plan inicial de engañar a sus padres. Ah, por cierto, James ya sabe sobre este asunto. Puede ser sincera con él. A su padre y a su madre, puede comentarlo, pero temo que tomen la justicia por su mano y la dejen a usted deseando ver sangre.

—No me robarán la oportunidad de saldar cuentas. Es mi asunto y me encargo yo. Si meteré a alguien aquí, será a usted, porque es evidente que le gustan los problemas. ¿Cómo podría rechazar su ayuda?

—Veo que me está conociendo bien. Me temo que terminará casada conmigo...

—Por la boca se pide lo que se quiere, pero no es común pedir sufrimiento, excelencia.

—El sufrimiento sería estar lejos de la mujer más bella y terca de Londres.

—Creí que mi belleza era legendaria; cubrir solo Londres es una humillación que ni siquiera la hija de un burgués debería sufrir.

—Fue mi mente limitada la que me instó a decir semejante tontería. Usted es la más bella de todo el reino. No volveré a limitar mi cabeza a esta ciudad tan pequeña. Mis disculpas, milady.

Ella sabía que él quería congraciarse. Era imposible no aceptar sus falsas disculpas. Era demasiado encantador para ser rechazado.

—Lo disculpo solo porque me ha dado estos pendientes tan hermosos y valiosos...

—Ah, ya no son baratijas... Cuando le cuente a mi cuñado que han llamado baratijas a sus diamantes de alta pureza, estoy seguro de que morirá de coraje.

—Su excelencia... —Ella rio nerviosa. Con una mano acarició la mejilla del duque—. ¿No es mejor que este ligero malentendido a mi favor quede entre nosotros? Si no le seguía las palabras a James, sería evidente que el hombre que descubrí solo existe en mi imaginación. Pinté el panorama de un caballero sin fortuna; ¿cómo podría obsequiar semejantes diamantes? Debo ser coherente. Mis relatos y mis acciones deben al menos corresponderse un poco, ¿no lo cree?

—Logró calmar la futura ira de un marqués. Si me pregunta si le gustó el presente, le diré que sí sin dar muchos detalles, o puedo extenderme a la parte embarazosa.

—Estaría muy agradecida. Me gusta comprar joyas y no quisiera que su cuñado me cierre las puertas...

—¿Cómo sabe que seguirá comprando joyas? Si sus padres pillan su complot, no le será fácil mantener los beneficios.

—La vista estrecha de su excelencia no se limita solo a comparar mi belleza con la pequeña Londres, sino que olvida que la mejor forma de ahorrar dinero es a través de las joyas. Juntar la mayor cantidad, esconder las más valiosas y dejar los señuelos para el decomiso en caso de ser descubierta. Siempre estoy a un paso de mis padres. Ellos tienen un plan, yo tengo dos. ¿Le sorprende?

—No, no lo hace. Es previsora y eso es lo que más me agrada de usted, solo que su genialidad se ve opacada por su terquedad. Casarse con un duque es la solución a todos sus problemas, la mejor forma de avanzar y de vengarse.

—Creí que comprendía mis temores, excelencia, pero veo que prefiere el beneficio de tenerme a escucharme.

—El beneficio sería mutuo. Puedo jurar sobre la tumba de mis padres que de mi boca no saldrá una mala palabra para usted.

—No sirve jurar sobre los muertos; ya no pueden morir. Es más divertido sobre los vivos, excelencia.

—Milady, es bastante supersticiosa, pero me atrevo a hacerlo. No caerá ningún rayo celestial a fulminarme ni a fulminarlos. La intención de mi corazón la sabe Dios y estoy seguro de que me envía recursos para ser paciente con usted. Vale la pena todo esto con tal de verla feliz.

—Casi le creo, pero soy desconfiada por naturaleza. No lo retrasaré más. Sé que los asuntos con mi hermano ya han sido resueltos y usted solo debe regresar a su casa.

—¿Está tan ansiosa por librarse de mí que no puede ocultarlo?

—Me ha pillado. No es cierto. Es que no puedo retenerlo aquí sin razón. Mis padres pueden pensar que está interesado en mí.

—Si lo hacen, claramente no están en un error, pero si le causo problemas, es mejor que me retire. La veré en tres días en la taberna a la misma hora de siempre. Piense bien en lo que desea para su venganza solo tiene ese tiempo para hacerlo.

—Lo haré...

Los dos se pusieron de pie e hicieron sus reverencias correspondientes para despedirse.

—Buenas tardes, excelencia...

—Nos veremos pronto, milady. Vaya a nuestro encuentro con sus pendientes...

El duque de Welberg salió de esa casa satisfecho, con los ánimos de esperar los planes de Helen. No tenía mucho que hacer. Con sus hermanos casados y su socio enfermo, su vida era bastante aburrida y debía buscar maneras creativas de distraerse o se convertiría en un pedazo de madera inanimada. Había pensado en retomar la pintura, pues le sobraba tiempo, demasiado, más de lo que le gustaría admitir.

Él sabía que sus pequeños acercamientos a Helen eran la clave para poder llegar a su objetivo. El progreso no sería a pasos agigantados, sino que sería paciente y planeado. Improvisar lo podía llevar a cometer errores y asustar a la joven, dejando su progreso en nada y perdiendo su confianza. No podía dejarse llevar por cualquier lujuria que pudiese filtrarse por sus poros, pues William conocía su propio cuerpo, aunque estar cerca de Helen nublaba sus pensamientos de una manera que no era normal.

Esperar esos tres días sería un suplicio para el duque, pero como era un hombre que planificaba, pronto pudo comenzar a hacer actividades. Pintar era lo que más le llamaba la atención. Con sus

recuerdos de Helen comenzó sus primeros trazos sobre el lienzo para darle forma a la mujer que le rondaba la cabeza.

Con el paso de las horas comenzó a parecerse a ella. Por más que no era un pintor experimentado, su preceptor le dijo que tenía mucho talento. Durante su infancia y adolescencia había pintado perros de caza, paisajes, la residencia de sus padres fallecidos en Londres y también en donde residía. Ciertamente, sus capacidades eran innatas, aunque no perfectas por la falta de dedicación.

Unos golpes resonaron en la puerta del estudio de arte de la casa. Él estaba concentrado y no respondió, por eso la persona entró.

—¿Qué estás haciendo aquí, William? Llevas todo el día encerrado. No quiero que se te pase la hora del té —habló Martha, que se acercó para ver lo que hacía.

—Madre, estoy pintando a lady Helen. Es preciosa. Sé que mi pintura no le hará justicia, pero me sirve para recordarla cada día; es solo para mí.

—Quiero verla cuando termines. Ella debe ser demasiado especial para que tú quieras pintarla.

—Lo es. No hice nada para encontrarla; ella hizo todo el trabajo y me siento afortunado por eso. Usted sabe la situación en la que se encuentra y espero poder ayudarla con su venganza; solo me falta saber a qué conclusión ha llegado para proceder. Sé que me sorprenderá.

—Quiero conocer pronto a mi nuera. Estoy tan feliz porque todos mis hijos han encontrado el amor. Cuando te vea casado será el día en que podré morir en paz.

—Madre, usted es demasiado joven para pensar en morir. Debería estar considerando contar con más nietos.

—¡Oh! ¡Qué encantador cómo piensas! Por supuesto que sí. Decir que puedo morir en paz es un decir para dejar claro que hice

todo lo que debería en esta vida y dejé los asuntos ordenados. Mis pequeños siempre serán mi mayor preocupación.

—Somos grandes, madre. Ya no deberíamos ser una preocupación para usted. Debería estar viviendo en paz. Ninguno pasará hambre o penurias; todos estamos bien.

—Explícale eso al corazón de una madre. No hay día que no piense en lo que ustedes pueden necesitar. Llegaron aquí siendo pequeños y sé que para ti y Dimitry ha sido más difícil de asimilar el cambio de padres.

—Siempre entendí lo que pasó, aunque nunca lo acepté como algo que debió ocurrir. No era voluntad del cielo, fue una desgracia, pero nosotros tuvimos una vida feliz con padres maravillosos. Usted siempre será mi madre. De hecho, tengo dos, una que me cuida desde el cielo y la otra en la tierra. ¿Quién podría ser tan afortunado como yo?

—Dimitry. Él tiene a dos madres en el cielo y a una en la tierra...

—¡Maldita envidia! —expresó William cogiendo la mano de Martha con cariño.

—Sigue pintando. Haré que te traigan un té. No quiero que te pongas delgado por andar pensando en una dama. Ya quiero conocerla. Le gustará nuestra casa.

—Veremos cuándo puedo presentarla. Tal vez sería bueno que planifique una cena, madre, pero en un par de semanas, cuando James esté más fuerte. En este momento, no es prudente. No sabía que tenía la salud delicada. Sé que es culpa de su hermana de algún modo, aunque tampoco es para culparla por todo. Milady es especial.

—La ves con los ojos de la ceguera, lo que significa que la aprecias de verdad. Me voy...

Martha se retiró con una sonrisa tranquila en el rostro, mientras él bajó el pincel por un rato para observar cómo iba su obra.

Esperaba terminarla al menos en un par de semanas, ya que la pintura debía ir secando su base y los nuevos trazos.

El té llegó poco más tarde. Su madre había mandado hacer demasiadas masas dulces. Ella siempre quería llenarlo con comida y afecto.

***

Días después...

Había llegado el día en que debía acudir a la taberna para escuchar lo que Helen tenía que decirle sobre su venganza. Quería tener una participación pequeña, no algo abusivo.

Se vistió con la ropa que siempre llevaba a la taberna. No quería levantar sospechas de quién era. Además, reservaría la habitación para conversar mejor y pediría algo de calidad para comer y beber. Quería darle una noche distinta a esa dama. Esperaba que ella no saliera corriendo despavorida.

Al llegar a la taberna, hizo lo que tenía en mente y se sentó en la cama a esperar a la joven, aunque no sin antes aflojar su pañuelo y abrir un poco el cuello de su camisa. Quería que viera un poco de lo que le gustaba. Era consciente de que era muy atractivo y que aquella no podía evitar mirarlo con ojos codiciosos. Él quería ver más de su cuerpo, pero ella era más recatada con su vestimenta. Persuadirla de mostrar algo sería una misión suicida; podría morir al proponerlo. Solo debía insinuarlo.

Capítulo 17

Helen llegó hasta el lugar como siempre lo hacía: con sus dos sirvientes y con la capa cubriendo todo. Harper preguntó al tabernero por una habitación reservada y, cuando le dijeron que ya había alguien esperando, lo comunicó a la joven.

—Pueden quedarse en la puerta o sentarse a beber. Esta vez no saldré pronto de esa habitación. Tengo mucho que conversar con su excelencia... —dijo yendo por el pasillo de los aposentos.

—Por supuesto que conversará. ¿Qué te parece, Harper? —curioseó Ingrid.

—Con lo pervertida que se ha puesto milady por tu culpa, dudo que su excelencia salga ileso de entre esas cuatro paredes.

—¿Yo soy el problema? ¡Claro que no! El duque tiene la culpa de ser tan irresistible para milady. Ella ha perdido la razón por su causa.

—Ninguno de ellos está bien de la cabeza. Son tal para cual, la pareja perfecta. Desde el primer día de esta tontería ya existía algo entre ellos; ahora solo se acrecienta. Veremos en qué termina esto. Puede ser algo bueno o mucho peor.

La joven dama llegó hasta la habitación y entró. La iluminación tenue hacía que el ambiente fuese más íntimo de lo necesario. Buscó al duque con la mirada, esperando que estuviese sentado junto a la mesa bebiendo, pero no estaba ahí. Lo distinguió sobre la cama, con su camisa de fiesta del pantalón y sin su frac.

—Buenas noches, milady... —habló en un tono más sensual y confiado. Además, soltó su melena rubia para darle más encanto a su momento.

Helen ni siquiera podía articular palabra. Cuando ese caballero se soltaba el cabello, era aún más atractivo. Su pelo, un poco por

debajo del hombro, se veía agitado por las manos de aquel. No sabía qué quería hacer el duque, pero era evidente que sus intenciones estaban centradas en distraerla.

Ella siguió su camino hacia donde se encontraba e hizo una reverencia.

—¿Su excelencia está presumiendo de su atractivo? Si es así, es usted tan maquiavélico... —musitó Helen fijándose en la posición del cuerpo de William.

—Soy una mente perversa... Esta noche creí prudente acomodarla en la cama para que conversemos mejor. Esas sillas me hacen doler la espalda. Ya sabe, parezco más joven de lo que soy, pero mi espalda sí tiene una edad avanzada...

—Ajá. ¿Y el vino, los quesos, el pan y las uvas?

—Ah, un detalle de la taberna, por supuesto. Mencioné que desearíamos comer algo.

—¿Qué está tramando mi falso prometido?

Él se levantó de la cama y fue hacia ella. Comenzó a tocarle los hombros como si estuviese haciéndole un masaje.

—¿Cree que tengo una intención oculta?

—Absolutamente...

—Me descubrió, milady; sin embargo, ¿rechazará mis inocentes intenciones?

—No, pero debe apretar más mis hombros... Vivo bajo mucha tensión y usted tiene buenas manos... Ingrid no es tan capaz como usted...

William la guio hacia la cama; mientras ella se sentaba en la orilla, él subió y comenzó con su inocente masaje.

—Puede contarme todo en lo que ha pensado, milady.

—Lo he considerado mucho y decidí que quiero pulverizar su reputación. No quiero que quede nada. Deseo que su humillación sea tal que nadie pueda salvarla de tirarse a la fosa de la vergüenza.

—No esperaba menos de usted, aunque me sorprende que la sangre no sea parte importante de su plan…

—Lo haré ojo por ojo y diente por diente, excelencia. Al igual que yo no he podido poner un pie en un salón gracias a la vergüenza, ella tampoco podrá. Si un perro callejero me muerde, no me rebajaré a morderlo, pero lo mataré a patadas. Esa joven se metió con la familia equivocada.

—Y dígame, milady… ¿En qué parte de este plan entro yo?

—Usted es mi carta de triunfo… Dice que está enamorado de mí, entonces, seré sincera: me aprovecharé de su buena voluntad.

—Pensé que no me incluiría, pero siento que, si no estoy en la mesa, estoy en el menú, ¿cierto? —Él rozó su mano por el cuello de ella, acariciándola con descaro.

—Qué inteligente. Esa mujer quiere un esposo y usted es un hombre soltero…

—¡Ah! No. No me caso con enanas feas y pobres. Si así fuese, usted no estaría en mi menú.

—¿Piensa que le obsequiaría semejante manjar a una mendiga como ella? Su excelencia, me decepciona… —dijo en tono burlón.

—¿Entonces? No me ponga en el altar de los sacrificios.

—Lo único que debe hacer es intentar conquistarme en público, frente a esa mujer. Si ella quiere todo lo que tengo, no dudará en perseguirlo y ahí podremos humillarla. Yo soy la mano, pero usted es el cuchillo. Al final, guio el arma.

Su plan era a prueba de tontos. La envidia de esa mujer la había condenado. La venganza llegaba un poco tarde, pero ella se encargaría de que no pasara de largo.

—Me gusta. Ahora hablemos de lo importante —afirmó William en tono condescendiente.

—¿Hay algo más importante que ayudar a esta lady, excelencia?

—Sí: la recompensa. No me diga que piensa que haré el trabajo sucio por usted y no piensa pagarme.

—Tan rico y codicioso. Dígame, ¿cuánto quiere por este favor?

—Oh, milady, me ofende. No quiero algo tan vil como el dinero.

—Ajá… ¿Y qué es lo que quiere?

—Favor con favor se paga. Si este plan sale bien, usted se casará conmigo.

—Usted parece sordo, excelencia. No es posible, pero podríamos hacer un par de arreglos beneficiosos.

—Soy todo oídos, aunque espero que la palabra «beneficioso» también me incluya como beneficiario. No se pondrá tacaña y egoísta, ¿verdad?

—¿Le parece que soy egoísta?

—Sí, un poco frívola también.

—¿Y con todos esos defectos insiste en el matrimonio? Usted es masoquista. Tenga un poco de decencia.

—Aún sigo esperando escuchar sobre los supuestos beneficios…

—Es cierto. No puedo eludir el tema. Le ofrezco un trato justo para los dos: ser amigos cercanos.

—Interesante. ¿Qué tan cercanos? Si solo tengo que cogerle la mano, es mejor que busque a otro tonto.

—Qué exigente. Podríamos hablarlo para llegar a un acuerdo satisfactorio.

—Todavía oigo vueltas sobre una promesa. Quiero lo concreto, milady.

—Está bien. Lo he considerado durante mucho tiempo y he decidido ser más solidaria con usted.

—No necesito beneficencia para que sea solidaria, milady.

—Usted y sus percepciones obtusas. Me refiero a que seré más flexible sobre estos encuentros y que incluyan besos…

—¿Besos? ¿Solo eso? ¿Piensa que soy un pajarito que se conforma con migajas de pan? Si no es la panadería, no quiero nada.

—La codicia es un antivalor, excelencia. ¿No era usted un hombre paciente y sencillo?

—Sí, por supuesto, pero quiero que me prometa que en algún momento de su retorcido plan se acostará conmigo.

Ella quedó boquiabierta al oírlo decir eso. Se sonrojó hasta la frente y sentía que el calor se le subía a la cabeza.

—Oiga…

—No, oiga usted —la interrumpió William—. Firmaremos un acuerdo. Lo redactaré yo para que no sea muy embarazoso. Mi padre es letrado, así que conozco cómo hacer que algo tenga valor legal…

—¿Me obligará a firmar un papel en donde le entrego mi cuerpo?

—Si lo dice de esa manera, parece que soy un cobrador de prestamistas; suena mal. Es solo un compromiso. Si usted incumple, simplemente me indemnizará con el valor de su dote, lo que la llevará a conversar con su padre para que le pueda dar ese dinero. Dudo que se atreva a pedirlo.

—Qué ruin. Pactar con usted es como hacerlo con el diablo, pero sin contactar con ningún chaman.

—No la obligaré. Es un asunto voluntario. Puede buscar a otro caballero atractivo en la taberna. Me avisa si alguno tiene la

dentadura completa para poder ayudarla con su plan.

—¡Lo sabía! Es tan hipócrita. Sabía que cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía, pero creí que usted me quería.

—Si hablamos de hipocresía, ¿en dónde quedamos? Usted quiere aprovecharse de mi enamoramiento. ¿Por qué yo no podría aprovecharme de su necesidad?

—¡Está bien! Ganó esta partida, pero créame, esto no se quedará así.

—No se confunda, el enemigo es otro, yo soy su amigo…

—Silencio. Deme un par de uvas. Se ven apetitosas.

Él sonrió para sí y fue a obedecer. Llevó el plato de uvas a la cama y desprendió una del racimo para meterla en la boca de la joven.

—¿De dónde una taberna podría quitar este manjar? —curioseó la joven al meter la uva en su boca.

—¿Cree que la gente de aquí es capaz de tener esto? Es evidente que este caballero tenía ese manjar en casa, solo que lo guardó el dueño de la taberna.

—Lo suponía…

—¿Cuándo empezamos con la venganza?

—Necesito invitaciones para asistir con usted…

—Ese no es un problema. Déjelo en mis manos; usted y yo seremos tan cercanos como la tela y la mancha. Recuéstese un poco en la cama; yo la alimentaré.

—Se nota que quiere algo, excelencia. ¿A dónde quiere llegar con esto?

—¿No es evidente que quiero ser su amante? No se preocupe por los hijos, tengo intestino de oveja en remojo.

La joven no pudo continuar recostada en la cama observando a ese sinvergüenza de cuerpo sensual.

—Debería tener un poco de decoro. ¿Cómo se le ocurre decir algo semejante?

—¿Para qué pregunta si no quiere saber la respuesta? Preguntó y yo respondí. Parece ser que la sinceridad es un pecado imperdonable para lady Helen.

—El problema no es la sinceridad, es la osadía. Soy una joven virtuosa que no se entregará a nadie, al menos no hasta que cumpla con el trato.

El duque suspiró. Sabía que había llegado a la última instancia de insistencia. Si seguía estirando la cuerda, quizá terminaría rompiéndose.

—No soy alguien que no cumple su palabra, milady. Ya me comprometí a ayudarla de antemano sin saber si lo que usted quería era matar a alguien o no. Soy bastante más fiel de lo que parezco. Si me tratan bien, me convierto en la fidelidad encarnada.

—Por supuesto, toda una deidad.

—¿Acaso no sellaremos el acuerdo con un beso?

—Desconfío de sus besos en este instante, pero no puedo negarme. Aparte, es atractivo, no será un sacrificio... —Ella se acercó a William y pegó sus labios con los de él como si fuera que se conocían desde siempre.

William dejó que ella tomara la iniciativa. Deseaba saber hasta dónde era capaz de llegar Helen si tenía el control de la situación. Él confiaba en que perdiera el juicio y quisiera entregarse, pero mentalmente estaba listo para la decepción, porque era parte del resultado probable de algo. Por el momento solo le quedaba seguir, cruzar los dedos y rezar por una noche apasionada.

Mientras él pensaba en eso, la cabeza de Helen era un verdadero torbellino de duda y satisfacción. Dudaba porque nada

podía ser tan bueno, pero estar satisfecha con besarlo era algo que no tenía precio. Además, el duque volvió a asegurar sobre su interés por ella. Su ego crecía cada vez que ofrecía más y Helen intentaba que quedara en nada, pero no podía resistirse. Esta noche aquel hombre la estaba provocando. Sabía que no era decoroso lo que hacía, mas siempre se cuestionaba: ¿Para qué guardarse virtuosa si terminaría soltera? Además, por fin podía darles algo a los malvados para que pudieran hablar mal de ella a sus espaldas y con justa causa. Dejaría que la destrozaran; ya no había mucho que hacer. Lo perdido, perdido estaba. Por más que se esforzara, su reputación no resurgiría como el fénix y no importaba que se encontrara al culpable de su secuestro; la duda y el hecho no cambiaban nada. El único consuelo que le quedaba era el de obtener una venganza que la compensara al menos en alguna medida.

Capítulo 18

Después de aclarar los términos del plan, ambos comenzaron a cenar lo que estaba previsto y a beber vino.

Helen estaba recostada en el pecho del duque sorbiendo con lentitud.

—Si lo hubiese conocido años atrás, las cosas serían diferentes, excelencia... —sopesó pensativa.

—No creo que hubiesen cambiado mucho las cosas. Llevo años huyendo de la responsabilidad de casarme, por eso no se me ha visto en los salones. Soy una cara nueva. Solo iría por usted y para su venganza. No necesito conocer mujeres, porque no encontraré a alguien tan determinada como usted.

—No debería desperdiciar la oportunidad de tener una esposa de buena familia.

—Usted es de buena familia, milady.

—No es lo mismo de buena familia que de buena reputación. Para casarse, deben prevalecer ambos.

—Usted es demasiado limitada de mente. Además, le gusta llevarme la contraria todo el tiempo. Tiene alta negatividad durante nuestras conversaciones privadas.

—Excelencia, no es negatividad, es realidad. Lo señalarán en la calle por casarse con alguien sin virtud.

—¿Acaso no puedo cortar dedos que señalen y lenguas que hablen? Milady, es usted muy inocente.

—Y usted muy macabro si piensa hacer esas fechorías. La gente repite lo que oye.

—¿Teme vivir en Londres por eso?

—Dígame, ¿quién quiere ser señalado mientras pasea y escuchar cuchicheos incoherentes? Cuando cumpla la edad, me retiraré a una casa en el campo, en donde podré cultivar mis vegetales y criar animales. Ninguno de ellos me señalará ni dirá nada. Es el plan perfecto de una solterona.

—¿No ha pensado en casarse conmigo en algún condado lejano donde nadie la conozca?

—Su optimismo no sé si es de admirar o para asustarse. Usted sabe que un noble conoce a otro y los chismes llegan. Quizá en cuarenta años la gente olvide mi nombre.

—Le aseguro que nadie piensa en usted. Se sobreestima. Usted y yo podríamos vivir en un idilio eterno sin salir de algún condado. Solo vendríamos a visitar a nuestras familias. Tendríamos una vida cómoda. Puede plantar sus vegetales y criar animales, pero no los matará. No puedo verla en una actividad tan ruda. Es una dama, una duquesa. Su única responsabilidad será darme herederos para mi título. Le aseguro que le gustará la tarea, milady.

—No soy ninguna duquesa. Deje los desvaríos de lado, excelencia. Ya no pienso en cosas que son lejanas. Me costó mucho tiempo aceptar esto. No cambiaré de opinión, soy la dueña de mi destino y sé hacia dónde voy. Este momento a su lado es solo eso: un momento que puede extenderse a días o semanas...

—¿Ha calculado las décadas en días? Eso podría ayudar a que su mente se abriera un poco y su corazón me dejara pasar. No debería tomárselo todo tan radical.

—No estoy siendo radical. Ahora a usted le gusta la novedad, pero con el tiempo se dará cuenta de que soy un problema...

—¿Qué mujer no es un problema? Ese es el encanto femenino. Si no diera problemas, sería un hombre con el que estaría jugando a las cartas.

Ella rio ante lo que él había dicho y después suspiró. Le daba miedo enamorarse del encanto del duque de Welberg. Quizá ella

tuviese razón y aquel la olvidaría con el tiempo, pero esa no debería ser una preocupación para Helen, pues también estaba disfrutando de la compañía. Se usaban mutuamente, no había engaños ni mentiras en el medio. Era algo sincero, aunque en el futuro no sabría cómo enfrentar una separación. Se estaba acostumbrando a su presencia.

—Ciertamente es el encanto de una dama de verdad, si no causa problemas, no vale la pena. Mi hermano debe estar considerando esa frase, porque le dejé un gran problema de salud por mi arrebato.

—Debería evitar culparse por eso.

—No me culpo yo, lo culpo a él por tener la salud débil. A este paso yo terminaré cuidándolo en lugar de que sea al revés.

—James prefiere morir antes de que usted lo cuide y tiene razones suficientes para eso. Solo deje que se recupere y evite la confrontación, es el único consejo que puedo darle... Milady, ¿no quiere que le muestre algunos trucos de libertino que tengo? Prometo no tocar su virtud... Es solo un juego.

—¿Cómo sé que no hará algo indebido?

—Para no dañarla tengo estos labios tan jugosos como un manjar, ¿o qué cree usted?

La joven dejó su copa a un lado y alzó la vista para mirar a William. Un mechón rubio y rebelde le cubría parte del rostro. Esa visión era casi celestial. Dentro de ella se encendió la llama más voraz que nunca había sentido. El duque la tentaba. Ella le había dado armas para que el mismo diablo la derrotara en su juego.

—No puedo negarme, somos socios en el delito. —Helen se recostó en la cama y esperó a que el duque le mostrara su dichoso arte de libertinaje sin arruinarla más.

Fuera de la habitación, tanto Ingrid como Harper intentaban oír algo del interior, pero aquellos parecían demasiado discretos hasta

que en un momento comenzaron a escuchar gemidos de mujer.

Harper fue el primero en alejarse de la puerta preso del pánico, porque pensaba que si el marqués llegaba a saber lo que ocurría en esa habitación se moriría mil veces.

—Milady debe estar pasándola muy bien. Es que su excelencia es demasiado atractivo... —comentó Ingrid.

—Si sale embarazada de aquí, la estrangularán y después a nosotros. ¿Para qué servimos? ¿Por qué nos pagan?

—Eres un paranoico. Cálmate. Tú, que eres hombre, dime, ¿qué puede estar haciéndole ese hombre a milady?

—¿Por qué debo saberlo? Tengo veintidós años y no tengo tiempo para experimentar...

—¿Todavía eres virtuoso?

—¡Qué pregunta es esa! Los asesinos no somos virtuosos.

—Te pagaré un mes de mi salario si entras conmigo a una habitación y haces lo mismo que el duque.

—¡Estás demente! ¡Corrupta, perversa y pecadora!

—¿Qué tiene de malo? Solo quiero saber lo que se siente encerrarse con alguien de sexo masculino.

Cuando Helen salió de la habitación, apenas pudo acomodarse la ropa y la capa. No olvidaría esa noche por nada del mundo. Era capaz de vender a su familia y sirvientes por repetir algo semejante.

—¿Está bien, milady? ¿Nos contará lo que ha hecho? —curioseó Ingrid en el carruaje.

—Es algo muy íntimo, no puedo compartirlo con nadie, pero no he perdido mi virginidad, no se preocupen por eso. El duque da buenos masajes en el cuerpo. No puedo concebir que exista otra persona que lo haga mejor que él. Sus manos son grandes y suaves y su boca aterciopelada...

—Espere, milady, ¿le dio masajes con la boca? —interrogó Ingrid, mientras que Harper se tapaba los oídos, intentando no oír nada.

—Es hábil, puede dar masajes con cualquier parte de su cuerpo, incluso con las palabras. En realidad su excelencia es todo lo que alguien puede desear...

—¿Por qué no le pide que se casen, milady? Desde que lo conoce, usted es más feliz que nunca. Sería absurdo dejar ir a un caballero como él.

—Ingrid, soy una paria. Él es un caballero que viene de una familia con reputación. No importa que sea la hija de un duque, estoy más sucia que un cerdo revolcándose en el barro. Es inteligente, atractivo y rico. ¿Por qué arriesgaría su buen nombre por mí? Dice estar dispuesto, pero es porque no mide sus palabras y lo que eso podría acarrearle. Son ideas absurdas, sueños sin fundamentos, la realidad siempre pesa más.

—Es muy dura con usted, milady. Tal vez su excelencia tiene buen corazón.

—Lo tiene, pero no quiero ser yo la razón de su desprecio y caída. No quiero pensar que alguien como él podría mirarme como un ser despreciable. Deseo acordarme de él como lo que es: un caballero que me mira de una manera diferente.

—Sus miedos son más fuertes que su afecto, milady. Y todo se basa en un supuesto de que la rechazará por su pasado. ¿No cree que estará en una peor situación si sigue encontrándose con él en un lugar como este?

—No, porque tenemos un trato. Él me ayuda con mi venganza y yo cedo un poco en el terreno carnal.

Harper seguía sosteniéndose la cabeza para no escuchar nada de esa conversación femenina.

—Harper, ¿por qué estás tan callado? —preguntó la joven, pero su sirviente no respondía, entonces lo golpeó—. ¡Demonios, Harper!

—Perdón, milady. Considero que, cuanto menos escuche, menos se me escapará alguna información para su hermano. Además, prefiero no saber los detalles más sórdidos de su encuentro con su excelencia.

—Entonces baja, irás con el cochero —gruñó empujándolo.

El carruaje se detuvo y el sirviente bajó para ir a sentarse junto al cochero. Fue expulsado de adentro, pero era mejor para él, escucharía menos porquerías de las necesarias.

La joven deseaba llegar a su casa y acostarse, no para dormir, pero sí para pensar en las cosas que habían ocurrido esa noche entre ella y el duque.

No estaba arrepentida de nada de lo que vivió esa noche, porque el placer era indescriptible. Podría vivir haciendo eso todos los días, aunque esperaba que William no le pidiera que se pusiese más audaz. Fue bastante tímida y solo se conformaba con tocar su torso como una verdadera pervertida. Él no le dijo nada malo, pero suponía que esperaba más, porque no se le faltó ningún lugar por recorrer. Trató su cuerpo como si fuese comida, la mordió y se relamió mil veces mientras lo hacía.

Al cerrar los ojos acudían a su mente las imágenes de lo que compartieron esa noche. El arrepentimiento no tenía lugar en su vocabulario; esta aventura la llevaría por siempre en su mente, cuando estuviese sola, esos recuerdos serían su máximo consuelo.

***

William regresó a su casa con la ropa revuelta y el cabello desparramado, pero con una inmensa sonrisa en su cara. Había tenido un premio mayor al que esperaba, puesto que pensaba que Helen se negaría a darle más atención, mas se sorprendió al darse cuenta de que ella en verdad se había entregado. Por respeto al pacto, no fue más allá de lo debido, porque tuvo oportunidades para

propasarse; sin embargo, prefirió la lealtad y fortalecer la confianza entre ellos. Si quería convertirla en su esposa, no solo debía ganar su corazón, también la confianza.

Él sí pudo disfrutar como debía de su cuerpo. Sabía que no necesitaba a nadie más para sentirse satisfecho, ella era la mujer de su vida. Hizo bien en no buscar a una dama, aquella llegó sin mayor esfuerzo, solo debía seguirle la corriente y pescar en aguas turbulentas.

El siguiente paso era conseguir las invitaciones a eventos. Ese sería el menor de los problemas. Además, también debía averiguar a cuáles asistiría la hija del marqués de Roosevelt para que el plan de Helen tuviese el efecto deseado. Quería que todo fuese lo más rápido posible para hacer su danza de seducción hacia la dama que le interesaba. No quería perder tiempo, pero debía darle a la joven lo que esperaba para sentirse conforme. Una vez que se pusiera el parche en la herida, continuar sería más sencillo para aquella abrirle su corazón y comenzar a ver el futuro con optimismo.

Por la mañana, William despertó renovado. No les contaría a sus padres su hazaña, pues lo criticarían con dureza, si preguntaban algo, diría que solo hicieron el trato para la venganza. No daría más detalles embarazosos que pudieran estar en su contra. También debía hablar con su cuñado, Cedric, para que le consiguiera un par de movimientos con la élite en la que él se movía, para no decir las palabras: bajo mundo. Por ese lado no solo tendría invitaciones, sino también información y formas de hacer más daño, aunque él no se ensuciaría las manos, dejaría que la familia del duque de Albine tomara la iniciativa para hundir al marqués de Roosevelt. Quería ver cómo naufragaban los sueños de aquellos pedantes que ofendieron a Helen.

Capítulo 19

—Qué sonrisa más amplia... —halagó Martha al ver a William entrando al comedor. Esa cara de satisfacción no la tenía con frecuencia. Sabía que él debió haber hecho una fechoría que le daba mucho ánimo.

—Es cierto, ¿qué estuviste haciendo anoche? Fui a tu habitación y la cama no estaba desordenada —dijo su padre.

—Me reuní con lady Helen para ayudarla con su plan.

—Te meterás en un gran problema, William. Trata de que no se sepa que estás detrás de esto. Dirán que nos aprovechamos de nuestra posición de poder y eso no es bueno para la reputación de la familia Preston —habló el letrado.

—Solo seré un personaje secundario en su venganza, padre. No se preocupe. Milady está capacitada para tomar justicia por mano propia. Estaré para apoyarla y así ganarme su confianza. Esto es estratégico. Necesito que crea en mí para que me acepte como esposo, que entienda que la apoyo y que no la maltrataré. Juzgarla es algo imposible para mí y menos por hecho que no ocurrió. Deseo que limpie su nombre, no para que me regodee en que mi esposa no ha sufrido algún abuso, sino por ella, para que pueda estar tranquila al caminar por la calle.

—Eres tan empático, querido. Imagino que milady se comporta de cierta manera debido a que tuvo algún problema con una persona que la juzgó por algo que escapaba de sus posibilidades, solo que algunos no entienden los sentimientos ajenos. Doy gracias a Dios de que tú sí puedas tener empatía y compasión por el sufrimiento de alguien —musitó su madre con entusiasmo.

—Soy un hombre justo, madre. Eso no debería ser un halago para todos los caballeros, sino que es una gran virtud necesaria para vivir sin ser arrogante, pero debemos aceptar que no todos pensamos de la misma manera. La diversidad es lo que nos distingue entre nosotros. Después del desayuno iré a ver a Cedric, necesito algunas cosas de él.

—No nos has comentado en qué consiste lo que ha pensado mi futura nuera desconocida. Estoy ansiosa por conocerla...

—Aguante un poco, madre. Ese día está más cerca de lo que imagina. El plan es sencillo: quiere destruir la reputación del marqués de Roosevelt y su hija. Si ella no tiene una vida feliz, ellos tampoco deberían tenerla.

—Oh, me recuerda a Maud. No descansó hasta que obtuvo su venganza. En ocasiones es justa. Amerita que sea apoyada por su familia y por ti —alegó su padre.

—Es justo y necesario...

Continuaron desayunando mientras conversaban sobre otros temas. Después, William salió de la residencia en compañía del letrado para ir a su despacho. Ahí encontraría a Cedric, siempre estaba ahí, enterrado entre papeleo.

Al entrar, como era de esperarse, su cuñado estaba en su escritorio con una taza de té, mientras mantenía la mirada fijada en unos papeles.

—Cedric, mi querido cuñado... —saludó William con una sonrisa zalamera en el rostro.

—¿Qué se te ofrece? No me llamas querido cuñado por gusto, de hecho, sé que me desprecias en el fondo... —replicó alzando la vista por un segundo.

—¿Despreciarte? No, eres mi mejor cuñado. Los demás no te llegan ni a los talones. Eres el favorito de mi padre, ¿cómo podría existir desprecio?

—¿Qué favor quieres? ¿Falsificación?

—¡No! Por supuesto que no. No quiero ir preso. Newgate no me necesita. Solo quiero un pequeño favor, uno inocente.

—¿Un favor inocente solicitado a un letrado? Déjame dudar de tus intenciones.

—¡Oye! No seas desconfiado. Quiero pedirte algo pequeño, ni siquiera sentirás que te hice un pedido... No seas tacaño. Te di a mi hermana en matrimonio.

—Y yo te di sobrinos. Ahí tienes los intereses. Dime, ¿qué quieres?

—Fue un golpe bajo lo de mis sobrinos, pero no importa. Quisiera que me consiguieras las mismas invitaciones que reciba el marqués de Roosevelt. Tú sabes cómo hacer eso...

—Ajá... ¿Qué más?

—Redactar un acuerdo de cooperación con letras pequeñas sobre matrimonio...

—¿Qué?

—Vamos, Cedric. No me digas que algo tan sencillo no puede hacerse. Tú puedes hacer pasar lo ilegal por legal. Considera ayudar a este pobre cuñado a casarse...

Cedric aún seguía incrédulo sobre lo que escuchaba. No entendía bien lo que quería William.

—Déjame ver si mi mente acaba de resumir el asunto correctamente... Quieres forzar a una dama a firmar un papel para casarse contigo a cambio de invitaciones para bailes, ¿no es así?

—¿Por quién me tomas? Lo que dices es escandaloso. ¿Cómo un hombre como yo podría hacer algo semejante?

—Entonces, ¿me imagino cómo irá la situación o lo cuentas con detalle? No debes esconder nada cuando se arma tu defensa,

William.

—No soy un criminal, solo quiero dejar constancia en un papel de lo que conversé con milady. Ella es capaz de estafarme. Ese papel será mi garantía. ¿No ves que estoy siendo previsor, cuñado?

—Por supuesto que sí, pero por ningún motivo digas que yo lo he redactado, de hecho, te haré uno y tú lo copiarás. No quiero verme involucrado en tonterías. De hecho, tú firmarás algo para mi garantía.

—Eres vil, Cedric. Un pequeño delincuente al que le abrimos la puerta...

—Soy una persona respetable, el heredero del negocio familiar, no seas rencoroso...

—¡Rencoroso! ¡Bazofias!

—¿Envidioso, belicoso, rencilloso?

—Los estoy oyendo desde mi despacho, bajan la voz y los echo a la calle —masculló John.

Los dos se miraron y guardaron silencio por un momento.

—Haré lo que pides, William, por la paz y la armonía familiar. Además, si te ayudará a conseguir una esposa, lo haré con gusto para que sepas lo dulce que es el matrimonio... —dijo en tono burlón.

—¿No es dulce?

—Mucho...

El duque no estaba tan convencido de las palabras de su cuñado, pero había hecho lo más difícil, que era pedirle dos favores de una vez. Si no peleaban primero, no existiría un acuerdo, siempre era lo mismo entre ambos, se querían, pero las rencillas eran inevitables cuando estaban solos. William salió de ese lugar, satisfecho. Le quedaba esperar la primera invitación para que comenzara el verdadero espectáculo.

***

En casa de lady Helen, ella fue a la habitación de su hermano a conversar. Puesto que él sabía lo que había averiguado el duque, tenía con quién hablar sobre sus acciones futuras.

—¿Ya decidiste lo que harás con esa gente? —indagó James con desprecio en sus palabras, refiriéndose a la familia del marqués de Roosevelt.

—Quiero que su hija sufra lo mismo que yo y deseo que sea tan atormentado como lo fue mi padre, James. No dejaremos nada en pie —declaró con malicia.

—¿Y cómo piensas llevarlo a cabo? Sé que William tiene la intención de ayudarte.

—Tomaré la ayuda del duque. Él hará la mayor parte del trabajo sucio.

—El impoluto duque se ensuciará por una mujer que no quiere casarse. Considero que mi socio es demasiada carne para tus dientes, hermana.

—Si él quiere ser presa, no tengo problema en cazarlo, que me coma lo cazado es otro asunto. Mi mente está concentrada imaginando la desgracia ajena. Lo saborea antes de tiempo. ¿Qué sentirán al ver a un muerto resucitando?

—¿Ya no le temes a la crítica? Si al menos este asunto te hace salir de esta absurda reclusión, es bienvenido.

—Estoy curtiendo mi piel para ese momento. Con el duque de mi lado pueden ladrar lo que quieran, yo no morderé perros de la calle. La familia Preston ofrece garantías y yo no estoy dispuesta a desaprovechar ese apellido por un tiempo.

—No estarás pensando en darle falsas esperanzas a William...

—No, ni se me ocurriría. No sobre pienses las cosas. Entre él y yo no hay nada ni lo habrá, salvo esta ayuda. Tal vez lo haga más

por ti que por mí. Es muy compasivo cuando se trata de hablar de ti. Te ve como un mártir.

—Y lo soy. Alteras mi tranquilidad. Estoy aburrido de este lugar en el que entré por tu causa; sin embargo, también me estoy relamiendo los labios pensando en la ruina del duque. Tú te encargas de vengar tu honor y yo de reducir sus cimientos a cenizas. Es cuestión de hablar con la gente correcta. Puedo ser enfermizo y no me quejo, cuando muera, créeme, Helen, no iré al cielo. Mis pensamientos me llevarán al infierno sin demora.

—Nos llevarán al infierno, James. Lo bueno es que nos haremos compañía y tal vez arrastremos a un par con nosotros. Podríamos atormentarlos... ¿Qué te parece?

—Me haces desear el inframundo si ahí podré moverme tranquilo. La compañía siempre es bienvenida. ¿Por qué no vienes a tomar vino esta noche? Podríamos conversar de cómo Harper puede matar a esa gentuza. Créeme, él parece tonto, pero no lo es del todo.

—Matarlos sería muy fácil, pero ¿y el sufrimiento, los años perdidos, las desgracias, las lágrimas? Necesito una compensación. Cuando esa mujerzuela codicie al duque, será su fin. Fue una suerte haberlo conocido. Cuenta con gran atractivo, es la trampa perfecta para cualquiera.

—Cuídate de no caer en tu propia trampa con tu señuelo. Recuerda que el pez está en el estanque, no en el puente.

—Lo tengo en cuenta. Su excelencia no me distraerá del objetivo. Despreocúpate, no olvides que la ira le hace daño a tu corazón.

—Es tu culpa, solo tuya, malagradecida. Así me pagas la preocupación que tengo por ti.

—Yo no te lo he pedido. Me culpas porque eres enfermizo.

—Me empujas a la tumba cada segundo, ¿no te conformas con tu malicia?

—Exageras. Lo que te hace daño es no soplar el té... Hermano, me hacen falta más joyas... ¿Me das dinero?

—¿Joyas? Si ni siquiera sales, ¿para qué las necesitas?

—Hombre de corta visión. ¿Acaso crees que estos bailes a los que iré no necesitan que me embadurne con brillantes? ¿Tu queridísima hermana no merece tu favor? —Ella fingió sollozar.

—No llores... ¿Cuánto dinero quieres? Puedes tomar lo que quieras. Debajo de mi almohada tengo un poco.

—¿Un poco? Tu pobre hermana no solo es pobre, es miserable... ¿Solo un poco?

—¿Por qué no observas antes de criticar?

Ella dejó la silla en la que estaba sentada y fue hacia la almohada de su hermano. Tenía cuatro bolsas rellenas de monedas.

—Los muertos no se llevan nada, James. ¿Por qué guardas dinero? —interrogó.

—Costumbre de hombre rico en tiempos de caos. Estamos en guerra. La capital puede ser blanco de todo tipo de cosas. Con el dinero bajo la almohada podemos huir más rápido. Tu hermano piensa en todo. También hay un carruaje ligero para cuatro caballos, un cofre de joyas, un baúl de ropa para todos y sedas para vender.

—Estar mucho tiempo en cama te hace daño. Le diré a su excelencia que te visite con frecuencia. A lo mejor ayuda a disminuir tu paranoia.

—Las damas no toman en serio esto. Las primeras en caer serán las mujeres en manos de extranjeros. Considéralo. Debo proteger a dos en esta casa y no me importa que me llamen loco. Si hace falta, lucharé contra todos.

—Me tocará salvarte porque eres un debilucho. Como tu hermana saludable, debo velar para que no hagas tonterías.

—Espero que esto que decimos no pase en realidad y que solo sea un poco de ficción en nuestras mentes. Pese a que no soy tan fuerte, considero que mi vida es plena con usted.

—Tanta cursilería. Si me quedo un minuto más, terminaré atragantada o llorando por tu infortunio. Mi corazón es demasiado duro para soportar esto. Dejaré que descanses. ¿Cuándo volverá a verte el médico?

—Mañana. Espero que me permita caminar en el jardín, porque si me sigo quedando aquí, terminaré pareciendo un mueble de esta habitación. Quiero que estos días de descanso terminen para volver a mis actividades. Las crisis siempre existirán y hay que saber sobrellevarlas.

—Entonces aprovecha tu último día. Creo que mañana te dirán que ya estás apto para que te vuelvan a torturar las escaleras...

Helen le dio un beso en la frente a su hermano y salió de la habitación. Buscaría algo que hacer para pasar el tiempo esperando noticias del duque.

Capítulo 20

Días después...

William recibió tres invitaciones para diferentes fechas. Una tenía su nombre y la otra era para la familia Winston. La eficiencia de su cuñado no le sorprendía; que con los años se volvió más astuto y capaz. Era cuestión de informarle a Helen sobre su hallazgo para entregarle las tarjetas. Debía enviarle una carta personal, ajena a la que estaba acostumbrada a recibir de él, que representaba el señuelo. Suponía que con esas tres podrían empezar para sembrar discordia; solo era cuestión de que los malvados asistieran.

Escribió la carta y se la entregó a un lacayo para que este la llevara a la residencia de la joven con la orden estricta de entregar en su propia mano; si ella no se encontraba, no se entregaba.

En casa de Helen, ella ordenaba sus joyas para escoger las que le servirían, esas que eran más valiosas y la harían ver como si fuese una verdadera mina de diamantes. Se probaba uno tras otro para elegir correctamente. No podía desperdiciar la oportunidad de provocar la envidia en la hija del marqués. Quería ver que la espuma brotara de su boca a borbotones cuando la viera caminando del brazo con el hombre más atractivo del mundo y al que tenía comiendo de su mano. Por supuesto que cualquiera se moriría al saber que su acérrimo rival era feliz y no solo tenía belleza y riqueza, sino también el corazón de semejante caballero. Su demonio interior se regocijaba con cada imagen que ocurría de acuerdo a los escenarios planteados en su cabeza. La dicha no se podía ocultar y su buen humor se esparcía por toda la casa.

—Milady, en la puerta hay un enviado del duque. Dice que solo puede entregarle la carta a usted en la mano. Parece que su falso

prometido tiene algo importante que comunicar... —habló Harper que entró a la habitación.

—Qué molesto. Tengo que bajar a recibir palabras extravagantes y halagadoras de un hombre... Bien, me sacrificaré... —Ella se puso de pie y se dirigió a la entrada de la residencia.

—Debe tener cuidado para que su madre no quiera leerla. Ella está rondando la zona como si fuese un buitre acechando.

—Es solo una mujer sin oficio, déjala distraerse. Lo único bueno que tiene es una hija saludable. Después de que mi hermano no obtuvo el visto bueno, es igual a un engendro demoníaco. Definitivamente, la falta de sol le está haciendo daño a su cabeza.

Una vez en la puerta, el lacayo solo hizo una reverencia, entregó la carta y se retiró sin más. Tenía una única tarea y la cumplió.

—¡Oh, querida! ¿Será que el hombre misterioso por fin dirá algo diferente y realista? Es muy idealista y con pensamientos etéreos —dijo la duquesa al verla entrar con la carta en la mano.

—No sé lo que dice, madre, pero lo más probable es que sean palabras repetidas o, como mucho, sinónimos de lo mismo, aunque me gusta, significa que soy alguien importante en su vida. Tal vez seamos amigos por siempre.

—Tonterías. Esposo, querida, esposo. No aceptes menos de eso. Si no te complace lo que dice en esa carta, dile que mejor paste en otra pradera.

—Se preocupa mucho, madre. Deje que las cosas fluyan a su ritmo. Envejecerá más rápido si no se controla. Lo mejor es no esperar mucho de las personas; mientras menos lo hacemos, la decepción es menor. Es algo tan sencillo de entender. La veré después; debo leer lo que me dicen en esta carta...

Mientras dejaba atrás a su madre, acariciaba el sobre y se dio cuenta de que era más grueso que de costumbre, al parecer él le

había enviado más obsequios. Sonrió y fue a sentarse en la cama para leer con calma. Al romper el sello cayeron las tres invitaciones.

—¿Qué es esto? —preguntó confundida antes de mirar en el interior de cada uno. Al empezar la lectura de uno de ellos lo supo: El duque estaba cumpliendo a cabalidad. No sabía qué había hecho bien en la vida para ganar un aliado de ese calibre.

Una vez que terminó de observar cada invitación, leyó la carta de William.

Estimada prometida,

Mis palabras no alcanzan a describir lo mucho que te extraño después de la noche en la taberna. Pude recorrer cada centímetro de ti sin arrepentimientos. Espero que pronto me cite a una reunión para seguir conversando sobre cómo proceder. He cumplido con las invitaciones, ahora dependerá de nuestra actuación.

Sea considerada y responda con una respuesta positiva. Los pequeños logros también se festejan.

Suyo,

Su prometido.

La lectura hizo que su cara se sonrojara. Ese hombre no conocía el decoro y mucho menos que los caballeros no tenían memoria. Lo que compartieron debería ser un secreto entre ambos. Esa carta no podía verse. La enterraría entre sus hortalizas. Pese a que no firmaba con nombre, sus padres podrían ponerse ingeniosos y comenzar una búsqueda, porque eran impulsivos y desesperados cuando se trataba de casarla. Las palabras plasmadas en ese papel eran una sentencia de matrimonio. El duque era capaz de medirse cuando se trataba de lo que pensabas, mas lo perdonaba porque era un hombre flexible que le dejaba acariciar su cuerpo como ella deseaba; además, lo consideraba muy diestro en el arte de la seducción. De día se veía pulcro y elegante y, durante la noche, era la encarnación del deseo con su porte desaliñado y sensual. Él sabía

encantar y confiaba en que enloquecería a más de una dama en esos bailes a los que asistirían.

Antes de enterrar la carta, la llevaría guardada en el escote, pues debía responder a su secuaz y sería algo positivo, porque no pensaba negarse a un poco de compañía de un seductor. Si tanto le gustaba la atención, ella se la daría y aprovecharía para sacar tajada de eso para después dormir y soñar con un mundo distinto, en el que ellos dos podían estar juntos sin ser juzgados.

William no tardó en tener una respuesta por parte de Helen. Ella también había solicitado que solo el duque recibiera la correspondencia. Harper fue el encargado de llevarla.

—Su excelencia, milady ha pedido que lo entregue en sus manos. No quiere que lo que dice aquí se filtre —dijo Harper con una reverencia.

—No se preocupe, sus secretos conmigo están a salvo. Dígame, ¿qué hace últimamente?

—Milady ha salido bastante, en especial a comprar joyas. Su señoría le dio mucho dinero para que gastara en lo que quisiera.

—¿Y vestidos?

—También los ha encargado.

—¿Cómo hace para salir de la casa si siente que todo el mundo la condena en la calle?

—Ella tiene un sombrero con velo. Nadie la reconoce en la casa, la llaman la doncella del velo. La gente no hace preguntas, pero presumen que debe tener la cara fea. Esos chismes la mantienen segura y en las tiendas las personas aceptan su dinero sin problema porque paga más que los demás.

—Pobre James, debe estar al borde de la bancarrota. Enfermo y arruinado, lo compadezco.

—No se preocupe por su señoría, tiene un feudo muy próspero y le va bastante bien como negociante. Es talentoso.

—Me temo que mi futuro cuñado no durará mucho tiempo. Lady Helen acaba con todo. Dígale a James que me encargaré de todo lo que necesite su hermana. Tome… —William extendió una bolsa de dinero hacia Harper—. Es para lo que desee milady. Si quiere algo excepcionalmente más caro como un caballo, un carruaje o una mansión, venga usted a contármelo.

Harper se quedó boquiabierto por el ofrecimiento del duque. Se notaba que él estaba enamorado hasta los huesos de su ama; sin embargo, lo compadecía, porque este estaba siendo utilizado por la joven para su venganza, después lo tiraría como trapo viejo. Le daba vergüenza aceptar ese dinero, porque prefería que lady Helen lo aceptara antes que seguir por la senda incorrecta.

—Su excelencia, el dinero no es necesario. Además, no puedo justificarlo frente a milady. Me hará tragar cada moneda.

—No debe dárselo a ella, es para que se lo dé a James. Él se lo dará a ella en cuanto lo pida, ¿entiende? Será dinero disfrazado. No sienta remordimientos ni temores, esto es sencillo.

—Entiendo, excelencia. —Harper cogió la bolsa y la guardó en su frac—. Me despido.

Él observó al sirviente de ella mientras este desaparecía en la calle. Sonrió con la carta en la mano. La abrió y comenzó su lectura.

Estimado prometido falso,

He recibido las invitaciones. Debo confesar que estoy satisfecha con su compromiso a mi causa. Nos veremos en dos días en la taberna, daremos el festejo que ha sugerido.

Un asunto que tengo pendiente con usted es que anda escribiendo sobre nuestro encuentro. Se lo prohíbo, si alguien agarra las cartas que intercambiamos, tendremos problemas horribles. Sea prudente y queme este papel al terminar de leerlo.

Atentamente.

Su prometida falsa.

El duque sonrió y dobló la carta sin mayor problema.

—¿Quemarlo? Jamás. No temo que alguien la descubra. Eso es para la gente con la conciencia sucia… —alegó para sí.

***

Dos días después…

Como ya se había convertido en un culto, William preparó la habitación de la taberna para recibir a Helen. Suponía que los papeles de su relación estaban invertidos, porque él se desvivía para encontrar una manera en la que ella estuviese contenta; no obstante, la joven solo se dignaba a recibir la atención que daba y no solía ser recíproca, pero lo entendía. Sus sentimientos y sueños estaban custodiados por una gran coraza que no cualquiera podría romper. La paciencia era elemental para conseguir resultados a largo plazo. Él se arregló como lo hacía en ese lugar, necesitaba hacer que ella lo deseara para que pudiera disfrutar de unos efímeros instantes de pasión que podían compartir.

Cuando la puerta se abrió, él ya estaba listo, acostado en la cama con una pierna doblada y la otra recta.

—Buenas noches, su excelencia… —saludó la joven que se acercó a él en la cama. Le gustaba observar lo que ofrecía, no tenía ni un poco de decoro, de hecho, ninguno de ellos lo tenía.

—Qué placer tenerla hoy aquí, mi prometida querida…

—Debo felicitarlo por su eficiencia para conseguir las invitaciones. Créame, estoy impresionada.

—Eso es bueno. Espero que me sirva para ganar su respeto y admiración… —Él sacudió su caballera rubia y la observó como si la invitara a participar de algo, después, golpeó una parte de la cama para invitarla a sentarse ahí.

La conciencia de Helen festejaba al ver el gesto del duque. Deseaba correr ahí y arrojarse a sus brazos, pero eso solo sería algo que avivaría su locura. Se acercaría con tranquilidad, como si no estuviese ansiosa por compartir ese mismo espacio.

—Le traje un presente.

—¡Eso me gusta! —William se puso de rodillas sobre la cama y atrajo a Helen por el mentón—. ¿Qué tiene mi prometida para mí? No importa que sea una oreja de cerdo o una pata de gallina, se convertirá en mi tesoro más preciado.

—Exagera, excelencia. No soy tan excéntrica. Es solo un pañuelo… —Ella le entregó la tela suave y cara para que él la cogiera.

El duque no dudó en llevar aquel pañuelo perfumado directamente a su nariz. Al inhalar, percibió la fragancia que siempre acompañaba a Helen, aquel objeto casi se pierde dentro de sus fosas nasales por el disfrute que le producía olerlo.

—Esto es más valioso que lo citado con anterioridad. El pañuelo de una dama revela sus intenciones…

—¿Qué intenciones podría tener yo con usted?

—El pañuelo dice que, al entregarlo, también lo hace su corazón. No solo me está dando un presente, sino también eso que late dentro de su pecho. Es lo más valioso que tiene.

—¿En dónde leyó semejante tontería? Es para que se seque la frente en los días de calor. Ay, su excelencia, usted se arrebata con el opio que circula en este lugar.

Capítulo 21

—No he tocado opio este año, solo he bebido whisky y vino. No estoy alucinando ni borracho, la esperé para beber. Lo que dije es la teoría del pañuelo y, como nosotros no somos extraños, puedo presumir que le fascino por este presente tan íntimo…

—Usted sí que sabe fanfarronear, pero me agrada… —Ella acarició uno de los mechones de cabello de William y le sonrió.

—Estoy seguro de que milady desea un beso para recibirla, no dude de que se lo daré…

Al terminar de decir esas palabras, él se acercó a Helen para besarla con tranquilidad. Quería disfrutar de la lentitud, porque las horas con ella pasaban demasiado rápido y de manera injusta. Movió sus labios sin desesperación, solo esperando probar el néctar que desprendía. Esa noche era para que estuviesen en perfecta sintonía antes de entrar en la batalla más dura y de la que dependía el futuro entre ambos, por más que sabía lo que pretendía esa joven deseando rechazarlo después de que todo terminara bien para ella.

Helen disfrutaba de ese momento insondable. ¿Cuánto tiempo más podría disfrutar de lo que él le ofrecía? No sabía la duración de su venganza, podrían ser días, tal vez semanas o meses. Sabía que podría vivir viéndolo en ese lugar cada semana.

—Es usted tan cariñoso, su excelencia... —Helen se alejó un poco y después se sentó a su lado.

—Debo aprovechar el tiempo con usted, porque no sé en qué momento podría cambiar de opinión. Este tratamiento tan frío no se ajusta a nuestra sociedad, milady. Puede llamarme por mi nombre, William, y yo le digo Helen.

—Mmm... Déjeme considerarlo. No quiero que esta intimidad que tenemos dañe nuestra relación de camaradería. Somos cómplices, socios, negociantes de la venganza... ¿Acaso se deberían albergar sentimientos?

—Ajá. Tiene dudas razonables; sin embargo, los sentimientos no son algo malo, son un activo valioso en nuestra sociedad, lo que nos convierte en socios leales. ¿Usted dormiría junto a alguien en quien no confía? Pues yo tampoco. ¿Haría negocios con un hombre deshonesto? Creo que no. Se necesita confianza y lealtad para hacer un camino a algo bueno y beneficioso para los socios.

—Bien. Lo haremos así, excelencia... Digo, William. Solo que frente a los demás siempre seguiremos siendo el duque y lady Helen.

—Con eso basta y sobra, Helen, soy feliz con las sobras que me das. Mi vida es mejor que la de un canino o una paloma que vive de migajas.

—Deje de burlarse o su vida terminará como la de una mosca.

—¿Qué tendría de malo ser una mosca y posarse en los manjares más exquisitos? De nuevo su corta visión la delata, Helen... Qué ventaja más descarada sería ser una mosca. Imagine los chismes que podría oír en un gran banquete.

—Sería una mosca con mucho ímpetu para las tonterías. Cuando lo pillen sobre la comida, será su fin.

—Oh, no puede dejar a un pobre insecto con vida. Siempre piensa en consecuencias catastróficas, creo que ese debe ser su mayor encanto.

—Entonces soy la criatura más encantadora de Inglaterra. Tengo sed... —La joven se alejó y fue a servir un poco de vino para ella.

—¿Acaso beberé de tu copa por eso no me sirves? —preguntó William con una sonrisa lobuna en el rostro.

Ella no protestó y solo sonrió por lo bajo.

—Siempre tan ansioso, excelencia. Solo tengo dos manos... ¿Acaso ser lenta es un crimen?

—Mi malvada favorita, solo quería que no se olvidara de mí. Tengo el corazón débil... —habló en tono meloso. Después, cuando ella se acercó, se recostó en el hombro de la joven fingiendo ser vulnerable.

—Usted es mi secuaz perfecto. Brindemos por nosotros y esta sociedad. —Ella le entregó la copa a William.

—Y por todo lo que vendrá después.

—Salud.

Los dos chocaron sus copas antes de darle un trago para que el brindis se hiciera efectivo. Dentro de la mente de cada uno, brindaban por cosas distintas. Ella por su venganza y él para conseguir su corazón después de la tormenta. La verdadera batalla sería en el primer baile.

—Tengo varias estrategias para nuestra primera noche de baile, Helen —comentó William dejando su copa a un lado.

—Excelente, quiero escucharte.

—Utilizaré a mi madre.

—¿Y eso qué tiene de especial?

—No hay nada mejor que una matrona con un hijo sin casar para un público femenino. Le diré que corra la voz de que su hijo buscará esposa. Eso atraerá a más de una y se desatará una competencia infernal.

—Eso se escucha como exceso de confianza. No te decepciones si nadie te busca.

—¡Incrédula! Soy un Adonis de la creación, ¿quién no querría casarse conmigo?

—Tengo un nombre...

—Guárdeselo.

—Me rindo con usted... Siga contando.

—Si no me cree, lo verá con sus propios ojos, solo no debe ponerse celosa cuando las damas suspiren por mí. Sepa que usted me tiene en cuerpo y alma...

—Usted sí que sabe cómo cambiar el viento a su favor, William. Ver para creer, hasta que mis ojos no lo constaten, no podré confiar en sus habilidades masculinas.

—¿Duda de mis habilidades masculinas? Eso es un insulto, Helen... Le demostraré algo para que no le quede duda...

Él la estiró del brazo para que Helen cayera en el lecho y demostrarle lo que era su arte varonil. No quería dejarlos con las dudas.

Harper e Ingrid custodiaban la puerta y, como la última vez, los sonidos incómodos volvían a salir de la habitación.

—El duque es un semental, Harper. Siempre hacen delirar a milady. Ella sí tiene suerte. Lo suyo fue una bendición disfrazada de desgracia, porque si no la hubiesen secuestrado, quizá estaría casada con algún pelagatos.

—Le llamas bendición a ser una mujer soltera en la habitación de una taberna con un caballero adentro haciendo cosas indecentes. Eso no es fortuna, es desgracia en su máxima expresión. Estoy seguro de que el duque y su señoría estarían muertos al saberlo. No me atrevo a mencionarlo, de hecho, esquivo al marqués dentro de la casa. He tenido que decir que estoy enfermo para liberarme de contarle esto. La lengua es débil y no quiero ser yo quien le ponga el clavo a su ataúd.

Después de aquella noche los planes se pusieron en marcha. William cumplió con lo que dijo que haría. Su madre cooperó sin

inconvenientes y reclutó a su cuñada y sus hermanas para que esparcieran el rumor con ahínco.

***

El rumor de la entrada al mercado del duque de Welberg llegó hasta la casa del marqués de Roosevelt. Lady Eliana Roosevelt estaba extasiada al pensar en la oportunidad que tendría cuando conociera a ese joven caballero tan importante. Era lo que siempre había esperado después de no tener suerte en sus dos temporadas.

Su madre rodaba los ojos con incredulidad al ver que aquella no dejaba de hablar sobre lo que había oído.

—¿Qué te hace pensar que en tu tercera temporada tendrás posibilidades de ser la duquesa de Welberg? Dios te ha castigado por tus obras, jovencita. Dudo mucho que te premie después de lo que hiciste —la acusó la marquesa.

—¡Padre, defiéndame! —exclamó caprichosa.

—Esposa, no digas tonterías. Eliana hizo lo que debía y es todo. ¿Qué hay que juzgar? —replicó el marqués, que no dejaba de consentir a su única hija.

—¿Echar por tierra la reputación de alguien con rumores les parece correcto? Estoy agradecida al cielo de que no lograran cazar a ningún buen candidato, Eliana no merece nada bueno.

—Defiendes a esa tonta como si fuera tu hija, madre, pero te cuento una novedad... ¡Yo soy su hija y me debe sus buenos deseos! No hay día que no escuche que el diablo vendrá por mí solo por eso. Esto es competencia, el mejor esposo será para mí.

—Prepara tu bolsillo, señoría, porque pagarás muchos secuestros. Esta temporada estará llena de beldades y esta niña absurda piensa que puede ganarle a una novedad. ¡Bah! Yo misma le cerraría la puerta en la cara a cualquier buen candidato para que no se case con esta mujer con corazón de serpiente que parí. Si no hubieses nacido en esa casa, ni siquiera creería que eres mi hija.

—¡Padre! ¡Escuche las cosas malas que su esposa dice de mí! —acusó la joven, enfadada.

—Esposa, eres muy dura con Eliana. Lo que ella desea, lo tiene. Ahora que encontró a un hombre que le agrada, te aseguro que lo tendrá. Usaré mis dotes de noble y me arrimaré para conseguir su favor. Mi hija está destinada a grandes cosas, será duquesa.

—Tu castigo se extiende un año más por ciego —espetó la marquesa, molesta.

—¡No, querida! ¡Todavía me faltan tres años para cumplir mi condena de cinco!

—Pues se te ha sumado uno. Deja de alentar a esta jovencita en sus delirios, eres una pésima influencia, marqués...

—¿Qué castigo le ha puesto mi madre, padre?

—Son cosas de adultos, Eliana —replicó decepcionado. Él contaba cada día para disminuir su castigo, pero por tonto ganó un año más. No podría meterse en la cama de su esposa por muchos años.

La marquesa estaba disconforme con el proceder de su hija y de su esposo. Este no era capaz de ponerle límites a la hija de ambos. Era débil de carácter, pero fuerte para apoyar las fechorías de su hija. Este la secundaba en todo, sin importar lo correcto o incorrecto. Su hija era capaz de matar si le daban alas y el marqués caería como tonto con tal de darle gusto.

—No importa. Lo que realmente interesa es que pronto conoceré al joven duque. Me pondré mis mejores galas para agradarle. Además, le pediré a esa bruja que haga alguna poción para que se enamore de mí hasta perder el juicio.

—Dos años usando esas porquerías, Eliana. ¿Te han servido? Si fuera real tendrías al menos diez esposos —le recordó su madre.

—Esos eran peleles. Me aferré a cada uno por temor a quedar como ahora, pero se ha presentado la mejor oportunidad y no puedo

desaprovecharla.

—Esa es la actitud de ganadora, querida. Es momento de mostrar todo tu encanto —apoyó su padre a Eliana.

***

Había llegado la noche en que Helen se presentaría en un salón de baile. Sus padres aún no podían creer que ella misma hubiese pedido que la llevaran. Lo que más les sorprendió fue que tenía la invitación para asistir y no sabían de dónde la había sacado, les daba igual, porque lo importante era asistir. Si la hubiese robado, tampoco era un problema para la familia del duque de Albine.

—Si me hubieses avisado con tiempo, habría renovado mi guardarropa, Helen. Ahora iré con estos harapos —se quejó la duquesa.

—¿Qué harapos, madre? Esa ropa la compró el mes pasado. No puede quejarse.

—Pero tú compraste ropa nueva hace un par de días. Es injusto. Le diré a tu padre que no me da suficiente dinero y que se ha vuelto tacaño.

—Lo único que logrará es hacerlo sentir culpable y no podrá dormir... Piénselo bien, madre. Después lo tendrá en la puerta toda la noche arañando por entrar para conversar y solucionar el problema. Ninguno de los dos dormirá.

—No importa. Necesito vestidos. Recé tanto para que mi hija quisiera ir a un salón que, ahora que lo conseguí, no estoy a la altura de la situación. La vida es tan injusta —se lamentó su madre.

—Injusta es para mí que no he podido salir más allá del jardín. Literalmente, el médico dijo: «O la fiesta o el cementerio». Le dije que prefería quedarme en casa. Es lo malo de estar enfermo, nadie me lleva a ningún lugar. ¿Creen que podría ir con una silla de ruedas? —indagó James—. Es para no fatigarme por unos meses y solo será para salir. Este encierro me está volviendo loco.

—La idea de la silla de ruedas es buena, hijo, solo que no podemos conseguirla ahora, estamos saliendo.

—Soy tan miserable que debo quedarme a ver cómo suben al carruaje sin mí. Me tocará imaginar todo lo que bailará mi hermano con el duque de Welberg.

—¿El duque de Welberg irá? —indagó el padre.

—Supongo que sí... Él está encantado con Helen.

Ella quería fulminarlo con la mirada, pero sus padres la observaban como si fuese parte del menú. No se salvaría de algunas preguntas indiscretas.

Capítulo 22

La familia del duque de Albine abandonó la residencia para ir al baile que se llevaría a cabo en la residencia de lady Spencer. Helen no tenía referencias sobre el lugar, pero tampoco le importaba, ya que ella no iba a hacer relaciones públicas, sino a comenzar una venganza. Todo estaba planeado a la perfección y se sincronizaba con lo que habían previsto, sería un éxito y este asunto no llevaría más tiempo del necesario. Pronto podría volver a su vida aburrida, aunque le costara un poco debido a que William se había metido en su mente poco a poco. ¿Cómo podría alejarse tan pronto de un hombre como él? Era un verdadero actor lleno de encanto y emoción. Le gustaba mostrarse vulnerable para ella al pedir sus favores cuando estaban solos. Era el rey de la insistencia, mas todo eso solo sumaba para hacerlo aún más encantador.

Por un lado, estaba nerviosa por el principio del fin para alguien y, por el otro, porque quería ver a William. Quería ver cómo era su desempeño con la joven en cuestión.

La familia de Helen llegó antes que la de los Preston a la residencia de lady Spencer, que tenía un gusto exquisito en la iluminación y las guirnaldas que colocó en el salón.

Lady Spencer recibió a la familia como si fueran los más importantes en ese lugar. Ciertamente, el duque de Albine era conocido por su riqueza y su honor. Era un caballero virtuoso al que todos respetaban y apreciaban. Ese fue el primer momento en donde su corazón comenzó a latir con más fuerza de la necesaria. Esa sensación de que todos se burlarían de ella regresó a su mente. Observaba la puerta con atención, como si quisiera escapar de su destino. Por unos segundos se arrepintió de haber ido, pues se sentía incapaz de dar un paso; sin embargo, al ver al duque de Welberg que entraba al salón, el cielo cubierto por nubes de

tormenta se disipó. Él con su presencia hacía magia. Era aún más elegante que cuando fue a su casa. Nadie en ese salón superaba a William en ningún aspecto, él cumplía con todos los requisitos para ser perfecto.

Ese hombre no fue solo al evento. Sus padres lo acompañaban. Eran personas igual de atractivas y se notaba que el dinero era solo un asunto convencional. Tenían clase y presencia.

—Es el duque de Welberg. James tenía razón al decir que estaría aquí. Hablaré con él para conseguir una pieza para ti. No se negará. Usaré el nombre de James hasta gastarlo si hace falta. El duque lo aprecia mucho —declaró su padre.

—El duque atrae demasiadas miradas, pero es común, pues él no es cualquier persona. Es su primera vez de manera oficial en un salón. Además, vino con su madre y el letrado —musitó la duquesa.

Los murmullos de las damas alrededor se extendieron. Helen llegaba a escuchar que William era como un verdadero dios que descendió del Olimpo para deleitar a las mujeres con su presencia. No estaba en desacuerdo, pero era indecente. Le daba celos escuchar a otras referirse a él como si fuese el objeto de su concupiscencia. El duque era suyo porque así lo habían acordado y nadie se lo robaría. Le quitaría los ojos a quien se atreviera a desearlo más de lo necesario.

A los pocos pasos de entrar, William fue abordado no por damas, sino por caballeros con ropa demasiado elegante. Era evidente que no querían conversar de negocios, porque si así fuese, ya lo hubiesen buscado en su casa, porque ahí todos lo encontraron. Para su buena fortuna, John intervino para salvarlo y que él pudiese continuar con su camino hacia Helen, pues sabía que su hijo no estaba interesado en conversar con nadie más. Aquel solo había ido a levantar polvo y no quería nada ajeno a lo específico.

William no perdió tiempo y fue hacia la familia Winston. No saludó directamente a Helen, no quería levantar sospechas, solo

sería cordial con los duques y después conversaría con ella de lo importante.

Al poco tiempo, entró el marqués de Roosevelt en compañía de su esposa y su hija. Eliana agitaba su abanico con delicadeza, dejando la impresión de ser una dama refinada y cotizada.

—Haz lo que hemos planeado, padre. Convenza al duque de que ponga su nombre en mi carnet —le recordó la joven con impaciencia.

—Ni siquiera pueden identificarlo entre esta multitud, ¿qué les hace pensar que podrán conseguir un baile? —alegó la marquesa, escéptica.

—Mi padre usará sus influencias, madre. Este asunto es sencillo. No hay nadie que se resista a eso...

El marqués quiso interceptar a William, pero este lo miró como si fuese una alimaña y continuó su camino. Él jamás le daría el gusto a ese hombre. Estaba enfocado en un solo objetivo: acompañar a Helen.

—La gente parece ignorar las ocupaciones ajenas —comentó William limpiando su brazo que había tocado el marqués de Roosevelt. Después miró a ese hombre como si no fuese nadie—. Es un placer ver a la familia del duque de Albine; sin embargo, falta alguien importante, ¿cómo está mi buen amigo y socio?

El marqués se quedó de piedra al ser ignorado de forma deliberada por el duque de Welberg. Realmente creyó que este joven estaría impresionado al ser abordado por un hombre como él; no obstante, se dio cuenta de que a este no le importaba su presencia para nada. Estaba sumergido en la presencia de la familia del duque de Albine. Con rabia, el hombre colocó las manos en puños y regresó hacia donde estaban su esposa e hijas.

—Este marqués de Roosevelt carece de modales, excelencia, no le haga caso. Estoy seguro de que lo busca porque su hija sigue soltera. Hemos oído que ha corrido la voz de que usted buscaría

esposa... No se olvide de esta humilde familia, duque de Welberg —replicó el duque de Albine queriendo darle a entender que su hija también estaba soltera como el resto.

A Helen se le sonrojaron las mejillas al oír las atrevidas palabras de su padre. Este parecía haber perdido el juicio con ese comentario desesperado.

—Padre, no asuste a su excelencia, la única persona capaz de espantarlo soy yo... —intervino con una sonrisa nerviosa. Sabía que William comenzaría a replicar.

—Es un placer verla, lady Helen. No creí que fuese a venir a un baile... —comentó en tono despreocupado.

—Hemos recibido una afortunada invitación para este baile —correspondió con una media sonrisa cómplice.

—Veo que aún no han llenado su carnet. Seré el primero en hacerlo si usted lo permite, milady...

—¡Ella lo permite! Es más, puede bailar más de una pieza con ella, excelencia, ¿no es así, Helen? —La duquesa pellizcó el brazo de su hija para que esta respondiera.

Cerró los ojos al sentir el dolor del pinchazo. Sus padres habían perdido la compostura por completo. Si su hermano no estuviese enfermo, no estaría pasando por semejante vergüenza. Estaban a punto de tirarla a los brazos de ese hombre.

—Considero que con una pieza será más que suficiente para su excelencia. He oído que no está acostumbrado a bailar y puede que sus zapatos le hagan daño...

—¿Y sus zapatos no le harán lo mismo, milady? Me temo que ninguno de los dos tiene mucho recorrido en los salones, sería injusto solo decir que yo sufriría. También me compadezco de su dolor.

—Qué considerado. Un baile está bien para los dos, excelencia... —Ella le ofreció el carnet para que lo firmara y pudiesen librarse de

ese momento incómodo.

William accedió con una sonrisa en el rostro. No la torturaría más, al menos por esa noche.

—¿Le apetece una bebida? Acompáñeme a la mesa del tentempié, milady.

Helen comprendió que él deseaba conversar en la mayor intimidad posible. Asintió después de que él terminara de colocar su firma.

El marqués de Roosevelt echaba fuego por la boca. Estaba iracundo después de que el duque de Welberg lo ignorara por completo. Llegó junto a su esposa y su hija. Ambas lo miraban sabiendo que había fracasado miserablemente.

—¿Qué pasó, padre? Lo hemos visto todo. ¿Acaso ofendió al duque? —cuestionó Eliana.

—Se nota que no has visto nada. Me acerqué para hablarle, pero este me ignoró sin gracia alguna.

—¿Pensaste que tu cara arrugada haría que él se fijara en ti, querido? ¿En qué estabas pensando? Es absurdo. Es evidente que tu intromisión le pareció un insulto.

—Tonterías. Debería estar agradecido de que me fijara en él para mi hija.

—Deja que me encargue, padre. Estoy segura de que no podrá rechazar a una dama que se le acerca de forma accidental... —Eliana se enfocó en buscar al duque y vio a aquel hombre tan atractivo en compañía de la mujer que más odiaba: lady Helen—. ¡Está con ella! ¿Qué está haciendo ella aquí? ¡Padre! ¡Es esa fulana!

El duque, que no se había fijado en nadie más que en el duque de Welberg y de reojo vio al duque de Albine, se dio cuenta de que era cierto. La hija de ese hombre estaba en el salón. Creyó que nunca saldría a la calle después del secuestro, pero ahí estaba, compitiendo contra su hija.

—¿Cómo es posible? ¿Qué hechicería hizo esa mujer para poder hablar con él? —preguntó el marqués, enfadado.

—El duque de Albine es la explicación, padre. Ambos son duques, tiene sentido que tengan algo en común, pero no debería estar con ella. Es una paria a la que nadie quiere.

—Yo veo al duque bastante entusiasmado con esa joven. Dejen esta tontería y regresemos a casa, tengo sueño —musitó la marquesa.

—Me encargaré de que, si el duque no sabe sobre la reputación de esa joven, lo sepa. —Eliana infló el pecho con determinación. Si esa mujer no tenía la reputación muerta, se encargaría de matarla...

El duque y Helen caminaron entre las personas del salón con tranquilidad. Iban hacia la mesa del tentempié para buscar copas de vino para la familia Winston.

—¿Qué le parece esta noche, Helen? —indagó William.

—Usted es sumamente inteligente. Su acto de rechazar al marqués de Roosevelt fue algo digno de un aplauso. Es evidente que se acercó porque oyó las excelentes referencias del chisme que regó su madre.

—Cayó en la trampa. Ahora debemos esperar que la maldad actúe. Tenga cuidado, porque estoy seguro de que atacarán su debilidad. Hablarán mal de usted...

—Es algo que, por más que no me guste, tengo que aceptar. Estuve dos años aceptándolo; creo que tengo suficiente paciencia para poder tolerar un par de horas y más de una decena de ojos viéndome. Estoy lista para la humillación que pueda venir.

Poco tiempo después, Eliana se acercó a ellos y los chocó con fuerza. Su intención era tirar al dueño a Helen, pero el duque, en un acto reflejo, cogió a la joven por la cintura y la acercó a su hijo, y quien terminó cayendo fue la hija del marqués.

Una sonrisa de satisfacción cruzó los labios de William y después hizo como si no hubiese visto nada. Tenía en brazos a Helen y ese era el mayor premio que podría obtener esa noche.

—Sigamos, milady... —habló William que tuvo que soltar a Helen, que lo observaba con admiración.

Ella quedó fascinada al notar la habilidad de William para evitar que cayera al suelo. Fue un momento mágico y casi eterno en donde sus cuerpos estuvieron cerca, pese a que en la taberna eran más cercanos, lo que vivieron en público era considerado indecente.

La joven hija del marqués se vio tirada en el piso, se levantó de un salto y señaló hacia Helen.

—Usted, que es una paria, ni siquiera se fija por dónde va. Es la primera vez en años que se la ve en un salón después de sus indecencias y tiene la osadía de presumir su mala educación... —escupió.

Helen giró sobre sus talones y la observó.

—Disculpe, ¿quién es usted? Ah, ya recuerdo, es la hija fracasada del marqués de Roosevelt. Puedo ser una paria y tener una cruz en mi hombro, pero jamás podría ser una fracasada que, sin nada en la espalda, es incapaz de conseguir esposo.

Capítulo 23

William esperaba cualquier cosa menos ese enfrentamiento. Las palabras que dijo Helen eran como sentencias de muerte. No solo echó tierra a su propia reputación, sino que enterró a la joven con ella. Estaba sorprendido por cómo se daban los acontecimientos. La hija del marqués estaba decidida a destrozar a Helen, pero ella no caería sola. Sabía que no podía salvar su honor, mas arruinaría el de la otra. Ambas estarían en el fango del deshonor. Eso era lo que deseaba su futura duquesa.

—¡Cómo se atreve! Todos saben lo que ha hecho en el pasado. Está deshonrada y nunca se casará... —alegó colocando sus brazos cruzados bajo el pecho como la niña mimada que era.

—A usted qué le importa mi pasado, presente o futuro. Es mejor que se aleje de mí, su fracaso es tan nauseabundo como la osamenta... Vámonos, excelencia.

Helen se sintió orgullosa después de decir eso y darle la espalda a esa mujer, mientras que William quería alzar el mentón como cualquier engreído lo haría, pero se resistió a hacerlo porque no quería echar a perder el momento triunfal de su acompañante.

—Esa fulana sabe provocar, pero mi querida Helen se defiende como toda una leona. Considero que ella ha quedado más ofendida. La gente se fijará más en sus acciones presentes que en el pasado ajeno.

—Siempre halagándome, ¿no teme que la gente lo escuche y lo impliquen conmigo?

—Estoy más que implicado con la hija del duque... —insinuó alzando una ceja para escandalizar a la joven.

—¡Hijo! —exclamó una voz conocida.

Cuando William vio a su madre, sonrió para recibirla.

—Madre... —dijo cogiéndola de la mano.

—¿Esta es la hija del duque de Albine?

—Sí, es ella.

—Qué buen gusto tienes, querido. Deberías presentársela a tu padre, solo que ahora está ocupado intentando lidiar con quienes desean ofrecer a sus hijas para ti...

—No exagere. Helen, ella es mi madre... —habló para presentarlas.

—Es un gusto conocerla, milady... —correspondió con una reverencia.

—William no ha dejado de hablar de usted desde que la conoció. Tenemos una cita pendiente para que nuestras familias se conozcan más a fondo. Debemos pensar en una fecha propicia para el matrimonio...

Helen abrió los ojos con incredulidad y miró a William esperando explicaciones.

Una risa nerviosa escapó del joven duque.

—Madre, se equivocó. Usted quiso decir fecha propicia para la cena... Milady, no le haga caso, ella cometió un pequeño error. Siempre está ansiosa por casarme, espero que la disculpe.

—Entiendo a su excelencia, porque mis padres son exactamente iguales, no pueden ver un frac bien arreglado —afirmó la joven.

Martha entendía que aquellos dos estaban más que sincronizados, no insistiría más, dejaría que su hijo continuara como quisiera, pues estaba decidido a complacer a esa dama de cualquier forma. No conseguiría obligar a un compromiso rápido solo porque ella ya quería una nuera nueva. Todo sería a su debido tiempo.

—Te veré después, querido, seguiré apoyando a tu padre con un par de copas de whisky mientras tú te escondes... Fue un gusto, milady. Espero volver a verla pronto.

La joven despidió a Martha con una venia y después miró a William.

—¿Qué tan suelta está su lengua en casa, William?

—Muy suelta. No tengo secretos con mis padres, jamás podría pagar su amor con agravios. Disculpe a mi madre, es muy entusiasta de los matrimonios. Mis cinco hermanas están casadas, al igual que mi hermano.

—James no puede ni con una hermana. Imagine que tuviese que casar a cinco. Estaría muerto sin duda.

—Para la quinta hermana él ya hubiese sido enterrado. Tiene mala salud para gestionar problemas. No creo que deba casarse en el futuro, una esposa es algo difícil de sobrellevar. Su tolerancia a la frustración es nula y lo único que puede hacer es morir. Es mi socio, pero entiendo que su salud es mala.

—Sí, siempre lo fue. Estuvo rodeado de médicos durante la infancia. Creímos que después de sus quince años se había recuperado, pero hemos visto que no es cierto. Fueron años de gloria que nos engañaron a todos. Ni el mismo James podía creer que una recaída fuese tan cruel.

—Cuando lo conocí no pensé que estaría tan enfermo, parecía saludable.

—Fue un engaño masivo. Ahora no sabemos si la familia tendrá un heredero para el ducado.

—Eso es preocupante. ¿No cree que pueda afectar los planes de su soltería?

—No, porque no puedo depender de ellos. Estoy ahorrando, ya lo sabe. No solo dinero, sino también en joyas. No puedo tener

propiedades por ser mujer, por lo que tendré que rentar alguna por el resto de mi vida. Eso es suficiente para sobrevivir.

—¿No es mejor vivir que sobrevivir?

—Es lo mismo cuando se llega a cierto punto de la vida. En mi caso, solo me preocupa ser una carga más para mis padres y James. Ya es suficiente sufrimiento.

—Ya le he ofrecido mi ayuda de todas las formas posibles. Ser mi esposa resolvería cualquier problema y, además, es capaz de salvar a la salud de su hermano. El pobre se enferma porque está preocupado por su hermana.

—Sentí una pequeña acusación por su parte, William, ¿acaso quiere que me sienta culpable para casarme con usted?

—Un poco de culpa no hace daño. Me tendría siempre que lo necesitara. ¿No cree que sería bueno reconsiderar mi ofrecimiento?

—Me tome que su excelencia tiene intenciones ocultas al ayudarme, ¿es así?

—Nada de lo que dije está oculto para usted. Sabe todas mis intenciones, desde las mejores hasta las peores. Sabe que me gustaría compartir la cama con usted en otras formas, pero no lo hago porque espero que me ruegue para hacerlo. Soy un caballero, alguien considerado como las incomodidades femeninas.

—Le agradezco por no presionarme, pero considero que se excede en sus expectativas. ¿En qué se basa para decir que le rogaré?

—Tengo muchas formas. De hecho, solo debo ser amable con una persona y me rogará que jamás la deje ir.

—Es usted un gran rufián, excelencia. Es difícil competir con usted al momento de ser cara dura.

—Me alegra que lo sepa. Creo que el beneficio es mutuo entre nosotros, ¿por qué resistirse?

—Eso lo definiremos después, llegó el momento de que bailemos para cerrar esta noche como un éxito.

—Mmm... ¿Está segura de que no quiere tirar un señuelo? Recuerde que, mientras más alto el vuelo, más dolorosa será la caída.

—¿Qué quiere hacer?

—Danza con la serpiente. Le daremos un dulce para mantenerla interesada y que cometa locuras.

—Eres más malvado que yo.

—Soy el espíritu de su venganza, no me culpe por la malicia. Estoy seguro de que no soy tan malvado como me pinta, milady. Considere lo que le digo, aunque quizá sus celos no la dejen aceptar que la invite.

—¿Celos? Intente su plan, me mantendré al margen para disfrutar de su caída.

—Está bien, Helen. Tengo permiso para ser malvado, aprovecharé esta oportunidad.

—Cuidado, no se exceda con el coqueteo, excelencia, puede ser contraproducente para su seguridad.

Él frunció el ceño al oírla decir eso.

—¿Por qué para mi seguridad? Me da curiosidad saberlo.

—Porque voy a golpearlo hasta dejarlo lisiado y sin posibilidades de coquetear con nadie más en lo que le quede de vida...

El duque se sentía realizado, la joven por fin lo comenzaba a valorar, por más que fuese de una manera tan posesiva. Ese era un paso enorme para conquistar su corazón con el tiempo. Ella sentía que él le pertenecía y ese era el principio de todo lo que tendrían en el futuro. Su venganza era la bandeja perfecta para ofrecerse mostrando sus encantos e inteligencia.

—Me parece un excelente trato. Me cuida de maneras misteriosas, Helen.

—No agradezca y no cometa errores que lo lleven a quedarse en cama mucho tiempo, excelencia.

—Está bien, está bien...

Los dos cogieron sus propias copas y las que eran para los padres de Helen. Ambos evitaban mirar hacia donde se encontraba la malvada lady Eliana, pero su mirada los llamaba porque aquella no dejaba de exigirles que se fijaran en ella. La envidia era malvada y la estaba torturando. Helen lo disfrutaba como pocas veces lo hacía con algo.

—Estoy esperando que se desmaye. Una vez que tú y yo vayamos al centro del salón a cumplir con nuestra pieza pactada, terminará en el piso, echando espuma por la boca. Al menos lo imagino como un pequeño placer… —comentó Helen a William, que estaba a su lado.

—Yo disfruto sabiendo que usted lo hace. Me siento útil en esta ocasión. Puedo darle felicidad a la dama más hermosa de este salón. ¿Se ha dado cuenta de que nadie habló de usted?

—No me había fijado en eso, estaba absorta en hacer maldades.

—No puede hacerlas si no disfruta de ellas. Cada detalle es importante. Además, saber que las personas de aquí están interesadas en el pasado que usted tanto menciona como forma de muerte social para justificar su ostracismo.

—William, parece la voz de mi conciencia. No la escucho con frecuencia, porque habla sin que se lo pida y pocas veces dice algo que merezca la pena considerar.

—Entiende lo que quiero decir, pero prefiere ignorarlo. Esa es su naturaleza testaruda, no podemos hacer nada contra esas mañas

más que aceptarlas y convertirlas en parte esencial de su temperamento.

—Ha llegado la hora. Quiero contemplar la lenta caída del ave de alto vuelo, excelencia… —Ella lo cogió del brazo para llevarlo hacia el centro del salón. Estaba ansiosa por ver cómo la cara de esa mujer se hacía pedazos por causa de la envidia.

Los demás invitados debían admitir que William y Helen eran la pareja perfecta. La mitad de los asistentes no sabía quién era la joven y la otra quién era el caballero, solo sabían que juntos eran como un día espléndido en primavera.

Una vez posicionados para bailar, los dos hicieron las reverencias correspondientes antes de iniciar. Una contradanza era lo que todos bailarían en esa ocasión. Helen pondría en uso sus habilidades polvorientas que practicó durante tantos años en su infancia y adolescencia, mientras que William no le tenía miedo a nada, ni siquiera a hacer el ridículo si no recordaba algún paso de la coreografía. Ambos se desempeñaban muy bien entre los pasos repetitivos y sencillos en el grupo. Era una forma de divertirse mucho. Esa noche Helen descubrió que le gustaba bailar con el duque de Welberg.

A la par que ellos bailaban, la mirada de Eliana se ensombrecía al verlos sonrientes repitiendo un paso tras otro. En la mente de esa mujer recorrían más ideas para acabar con Helen. En el pasado creyó que la había devastado, pero renació de las cenizas para arruinar su vida otra vez. Ella, con su rostro angelical, su porte elegante y sus joyas costosas, era la imagen de la perfección, mas nunca aceptaría estar por debajo de aquella, pues tenían lo mismo, solo que a Eliana no parecía quedarle nada de la misma forma.

—Padre, debe hallar una forma de alejar a esa mujer del duque. He dicho que era una paria, pero nadie pareció escuchar lo que dije. Mire cómo lo acapara —se quejó Eliana.

—La casa del duque de Albine debe tener alguna relación estrecha con la residencia de la familia Preston, de lo contrario,

nadie en su sano juicio se arriesgaría a pegarse a una mujer con su reputación.

—No me importa que esté con ella por lástima, lo único que quiero es que no se le acerque. Es una bruja que quiere robarme todo lo que me pertenece. Ese caballero será para mí. Quiero que tenga un peor destino que el secuestro, padre, deseo verla muerta para que no vuelva a meterse en mi camino.

—Debemos pensar en una forma de hacerlo. Como sabes, no sale de su casa en años…

—No importa, se vienen más bailes. Bajará la guardia y esa será la oportunidad perfecta.

Capítulo 24

Mientras William y Helen se divertían, Eliana pensaba en cómo acabar con Helen de una vez por todas. Era un estorbo, una verdadera piedra en el zapato, un agujero en su media, un dobladillo descosido y una patada en el estómago. Le resultaba insoportable. Vivió bien dos años al saber que ella se había recluido, por eso nadie debía conocerla ni que captara la atención. Creyó que con su ausencia surgiría como la gran sensación de la temporada; sin embargo, fracasó estrepitosamente dos años seguidos. Escogió a varios caballeros, mas ellos no la escogieron. Presionó a su padre para que intentara conseguirlos por cualquier medio, pero todo eso falló, lo que le llevaba a lo que era en ese momento: una solterona. El duque de Welberg representaba la redención; no obstante, estaba pegado como mugre a la hija del duque de Albine.

Quería arrebatarle a ese hombre más por odio que por sentimientos hacia aquel. Las dos no podían respirar el mismo aire, por eso Eliana estaba dispuesta a vender su alma con tal de desaparecer a Helen del mapa inglés.

Ajenos a los pensamientos homicidas de Eliana, William y Helen disfrutaban de un baile divertido. Ella no había disfrutado tanto en mucho tiempo. La compañía lo hacía todo, estaba feliz con el duque, tanto que no quería soltarlo por nada del mundo, solo porque era incorrecto se veía obligada a soltarlo, mas si de sus ánimos dependiera, saldrían de ese lugar e irían a la taberna para ser felices un par de horas.

Cuando acabó la pieza, los dos se mostraron sonrientes y fueron a refrescarse con una copa de vino.

—No sabía que usted conociera esta danza, Helen. La imaginé un poco más salvaje, la subestimé, pero no me culpe, la vi con una

gallina muerta.

—Es comprensible. Yo tampoco creí que fuese tan grácil. Se ha pasado riendo con todas las damas...

—Es imaginación suya, milady. Jamás me atrevería...

—No quise pasar vergüenza, pero estuve a punto de pisarlo en varias oportunidades para que se eduque, me contuve todo lo que pude.

—Exagera. Me he portado bien. Ahora viene la siguiente parte del plan. Debe mantener sus celos a raya o ambas me perderán. Se quedarán sin una cosa y sin la otra. Además, me extrañará cuando no tenga un regazo en el cual recostarse.

—No es tan importante, excelencia. Se da más importancia de la que merece. Sea un poco humilde y no alardee.

—Es mi atractivo, ¿por qué no lo haría?

—Solo cuídese de no caer en las tonterías de esa mujer. Quién sabe qué le dirá de mí.

—Nada que no sepa y todo lo que está alejado de la verdad. Deje que escuche la versión de los hechos. No iré a buscarla, dejaré que me aborde. Iré junto a mis padres. Por esta noche, nosotros solo nos veremos de reojo, Helen.

—No crea que lo miraré de reojo, sino que estaré acechándolo.

—Puede quedarse a ver cómo esa mujer hace la danza del cortejo frente a mí y cómo yo solo tengo ojos para usted, estimada lady Helen...

Se despidieron con una cortesía y se dieron la espalda para ir por caminos separados. William se sentaría a esperar, mientras que la joven lo observaría como si fuese un águila en medio de la cacería. Tendría que ser inteligente para lidiar con la hija del marqués después de que esta se desprestigiara sola, ya que se había puesto del lado de Helen en ese momento, por eso era

probable que aquella considerara un acercamiento como algo difícil, no lo sabía con certeza, solo cruzando palabras podría hacerlo.

Primero debía pensar en cómo ponerse en bandeja de plata algo que resultara para que la joven o su padre se acercaran a hablarle. Él no pensaba hacer el mínimo esfuerzo por el contacto, si se acercaban, sería perfecto, pero si no, no había mucho que lamentar.

El duque regresó junto a sus padres, pero no dejó de seguir a Helen con la mirada. Ella no bailaba con nadie, solo comía y bebía a sus anchas, pero sin dejar de verlo. Los separaba una gran cantidad de personas, mas eso no impedía que sus ojos se encontraran. Si seguía así, no podría conseguir ayudarla con presteza para que pronto pudiese dejar de lado la venganza y centrarse en ellos como pareja. Llegado un momento, decidió arriesgarse y fue a buscar una copa. Se quedó junto a la mesa del tentempié fingiendo pensar. Solo estaba ahí de pie sorbiendo su bebida, esa debía ser la carnada perfecta.

Eliana no había dejado de seguir al duque con la mirada. Encontró una oportunidad de acercarse para conversar. Estaba decidida a hacer lo que fuese para sacar a Helen fuera de la jugada. Le hizo una señal a su padre para indicarle que haría algo.

Sin meditarlo demasiado, fue hacia la mesa del tentempié en la que se encontraba el duque. Fingió tropezar, perder el equilibrio y caer sobre su brazo izquierdo.

—¡Oh, lo siento! —expresó alejándose con presteza, poniendo expresión de susto como si en verdad se hubiera tropezado.

El duque miró a la joven con desdén en un primer momento, pero después tuvo que fingir amabilidad. No sabía que fingir con alguien a quien despreciara fuese tan difícil, era un verdadero esfuerzo.

—No se preocupe... —dijo sin hacer mayor esfuerzo por acercarse, si ella deseaba algo, que buscara la manera de

conseguirlo.

—Mi nombre es lady Eliana Roosevelt, hija del marqués de Roosevelt, ¿y usted?

—William Lowther, duque de Welberg...

—¿Usted no baila?

—En este momento no, pero tal vez en la próxima velada. No estoy acostumbrado a tantas personas en un mismo salón. Me agobian.

—Es entendible... Lo vi con cierta dama. Ella no tiene buena reputación, debería alejarse, no sea que termine salpicado por su suciedad.

—¿Está hablando de lady Helen? Ella es la hermana de mi socio de negocios, una mujer con todas las letras. Dudo mucho que cualquier cosa que se diga sobre su persona sea cierta.

—Es comprensible la razón por la que tiene un buen concepto de la hermana de su socio, porque justamente es eso. Nadie pierde un buen negocio por faltar al respeto —sopesó Eliana—. Lo mejor es obviar la condición de paria de un miembro de la familia.

La mente de William pedía a gritos que la matara por ser despreciable, pero dejaría que Helen se encargara, porque si de él dependiera, esa mujer no pasaría de esa noche.

—Me recuerda a algo así como: el ladrón que grita ladrón para despistar a la gente. Milady, no debería atacar a nadie, nunca sabemos cuándo se nos acabará la suerte.

—Es cierto, excelencia. ¿Me invita a una copa esta noche?

Él quería responder que la cogiera ella misma; sin embargo, no podía ser vil si deseaba llevarla hacia la destrucción. Tuvo que ceder. Cogió una de las copas y se la entregó con una sonrisa. Al terminar de haberlo sentido, como si algo le ardiera en la nuca. Al voltear, notó que los ojos de su querida Helen lo estaban calcinando como si

no existiera otra cosa que pudiese quemar. Sentía arder su propia carne gracias a su mirada asesina. Al parecer, ella no estaba comprendiendo la razón de su amabilidad. No era porque la joven le gustara, era para el beneficio de la misma Helen. No podía hacerle entender nada. Lo único que sabía era que debía buscar nuevas técnicas de seducción para que el enfado no le durara mucho. Cuidar sus palabras era lo primordial desde ese momento.

—Gracias, excelencia, es usted muy amable. Espero verlo pronto por otra velada. Si le interesa, sabe dónde puede encontrarme.

—Lo tendré en cuenta, milady. Continúe con su noche. En esta ocasión me retiraré...

William hizo una inclinación de cabeza antes de retirarse. Una vez que se apartó, cerró los ojos con fuerza.

—Estoy muerto, estoy muerto, estoy muerto —repitió sabiendo que Helen lo había visto y, como mínimo, exigiría su cabeza como compensación por la ofensa de conversar con esa mujer. Lo único que podía hacer era huir pronto. No quería encontrarla en algún lugar o darle un resquicio para que lo condenara. Intentaría apelar a sus sentimientos por una carta en la semana.

El duque creyó con ingenuidad que podría huir de Helen, pero esta lo encontró caminando a hurtadillas por un pasillo.

—Su excelencia, ¿por qué parece tan sospechoso? —cuestionó la joven con los brazos cruzados.

Él se colocó firme al oír la voz de la joven.

—Pensé que se había ido, Helen...

—Lo he visto coqueteando, William. ¿Qué tiene que decir en su defensa?

—¿Cuál coqueteo? No hice nada indebido.

—Ser amable con esa culebra es lo suficientemente malo para heredar el infierno.

—Todo es por una causa. Le recuerdo que lo hago por usted.

—Intente no sacrificarse tanto, excelencia.

—¿Está siendo sarcástica?

—¿Sarcástica? ¡Sí! Tenga sus manos detrás de la espalda o tendré que dejarlo de lado en este asunto.

—¿Por qué, si esto lo ideamos juntos?

—Usted es demasiada tentación para ella y mucha preocupación para mí. Necesito paz y verlo cerca de esa mujer no me la da.

Él miró a su alrededor antes de coger las manos de la joven y llevarlas hacia su pecho.

—Parece que lady Helen está celosa. Podríamos ahorrarnos este problema casándonos, así solo usted será mi dueña. Puedo ser más fiel que un perro.

—Lo malo de los perros es que de vez en cuando le mueven la cola a cualquiera. Escoja otro animal más fiel...

—Siempre encuentra una excusa para que yo no sea el hombre perfecto. Es un poco odiosa, pero lo tolero porque me agrada mucho. La esperanza del matrimonio todavía sigue encendida en mi ser.

—Pues apáguela. Si antes no quería, ahora que he comprobado que es un libertino, mucho menos se me antoja.

—Es rápida para juzgar y olvida mis favores. Por esta vez se lo dejaré pasar y no utilizaré tácticas sucias para conseguir lo que quiero. Este duque prefiere el camino del bien, pero no tiene inconvenientes en usar el del mal si alguien me pone trabas.

La joven lo miró con determinación. Sabía que él hablaba en serio y que también ella estaba abusando de su paciencia. El duque

era magnánimo, pero Helen no se resignaba a perder el control de la situación, quería dominarlo todo por temor al futuro, al rechazo y a la soledad. Siendo una tirana, era la forma más acertada de evitar que las emociones la dominaran, aunque con los celos no podía hacer mucho. Era inevitable. Ese hombre le gustaba y algo en su corazón le indicaba que era suyo, por más libertino que pudiera ser.

—No se atrevería a ponerme entre la espada y la pared, William, porque puedo ser como una criatura acorralada, muy peligrosa.

—Puede ser peligrosa con otros, pero no conmigo. Hablaremos pronto. Tenemos los tres lugares a los cuales acudir. Le enviaré una carta para continuar con la farsa. Hasta pronto, milady. No deje que sus celos nublen su juicio.

Ella lo vio irse y se quedó en ese lugar por un rato, después fue junto a sus padres y les pidió para que pudieran retirarse, pues ya no tenía nada que hacer ahí.

Al llegar a su residencia se sentó con pesadez en la cama.

—Milady, ¿cómo le fue? —indagó Ingrid con curiosidad.

—Bien por un lado. Pensé que sería peor. Nadie me dijo nada del pasado, salvo esa serpiente que quiere enroscarse por mi duque, pero no la dejaré. Soy capaz de matarlo a él para no dejarme ni un cabello... —alegó Helen, molesta.

—Muerto no sirve, milady. ¿Dejará que los gusanos devoren su cuerpo?

—Imaginaré que soy un gusano, Ingrid. ¿Qué más me queda?

—¡Milady, milady! Ha llegado una nota extraña a la casa, me la acaba de dar el cochero. Dice que un joven desconocido se la entregó cuando se disponía a meter el carruaje —anunció Harper.

—Debe ser alguna treta de su excelencia. Es un experto en rarezas...

Capítulo 25

—Esta nota tiene un perfume de mujer, milady... —aclaró Harper.

Helen cogió la nota que decía: «Tenga cuidado, la hija del marqués intentará matarla. No salga sin protección».

—¿Qué dice, milady? —inquirió Ingrid, curiosa.

—Que la hija del marqués quiere matarme y también que no salga sin acompañamiento. Sabía que esa arpía no tiene corazón ni remordimientos. Quiere sacarme del camino antes de que yo lo haga. Le escribiré a Su Excelencia. Esto será peligroso, por eso tomaré una decisión rápida sobre mi futuro...

—¿Qué decisión? —indagó Ingrid.

—Dar el primer golpe sin que lo vean venir. Será uno tan rápido que ni lo sentirán hasta que estén en el suelo, algo tan letal como lo que hicieron contigo.

—¿Eso significa que su venganza terminará pronto? —curioseó Harper.

—Mmm... Esta gente no se rinde por más que los golpeemos mortalmente.

—Entonces debería considerar sus estrategias, milady. Si ellos no se rinden, lo mejor es una decisión definitiva —dijo Harper haciendo un gesto con la mano hacia el cuello para indicar la muerte.

—Eso lo evaluaremos, no sabemos si será necesario, tal vez sí, tal vez no. Solo no quiero que esta mujercita ponga sus garras sobre el duque. Él es un festín que esa mendiga no merece. Si su seguridad corre peligro, no dudaré en matar con mi propia mano.

—Se preocupa mucho por alguien con quien no se casará, milady —afirmó Ingrid con desconfianza.

—Es el socio de mi hermano, ¿creen que deseo que mi hermano pierda dinero porque se muere ese hombre? No crean que es interés personal —se excusó sonrojándose. Todavía no le habían pasado los celos de la noche. El duque sabía jugar el juego de la seducción a su manera. Se dio cuenta muy tarde de que estaba en sus manos. Quizá algún día ambos se aburrieran. Ella de rechazarlo y él de ser rechazado, mientras tanto, deseaba tenerlo cerca.

Al día siguiente por la mañana, Helen escribió la carta para el duque y colocó la prueba que recibió en el sobre para que viera lo que tenían como advertencia. Envió la carta por intermedio de Harper, aquel tenía instrucciones precisas de no regresar sin una respuesta.

Harper llegó a la residencia del duque y pidió hablar con este para poder entregarle el envío. Al parecer llegó muy temprano, pues el caballero aún no había bajado a desayunar. Estuvo esperando al menos media hora.

—Disculpe la interrupción de su rutina, excelencia, pero milady me pidió que viniera con presteza a comunicarle un evento… —Este extendió la carta hacia él.

William observó lo que le entregaba el hombre y asintió.

—¿Está seguro de que aquí no metió un escorpión para que me picara al meter la mano? La noche pasada estuvo celosa, no me atrevo a pensar lo que podría hacer siendo una dama con tantos celos en su haber.

—Créame, excelencia, ella es capaz de hacerlo, pero no con usted, lo tiene en alta estima.

Saberlo era un consuelo. Rompió el sello y comenzó su lectura.

Estimado William,

He recibido una corta misiva de un desconocido en donde me indican que estoy en peligro, que lady Eliana quiere matarme o al menos hará lo posible por lograr mi deceso. Necesitamos conversar sobre un cambio de planes. Lo esperaré mañana en la taberna, a la misma hora de siempre.

Aguardo una respuesta favorable. Piense en algo ingenioso para poner fin a este asunto.

Atentamente.

Helen.

Al terminar, encontró la nota que ella recibió y la leyó. Estaba preocupado, pero no lo suficiente para temer por su vida. Ella tenía a Harper e Ingrid y William tenía a sus cuñados. Con eso ya tenía una vaga idea de lo que ocurriría.

—Ella espera una respuesta. Ten paciencia —pidió el duque a Harper—. Acompáñame a la biblioteca, mientras escribo, puedes leer un libro.

—Sí, excelencia.

Los dos fueron hasta ese lugar. William pensaba en lo que pondría y Harper solo miraba la inmensa cantidad de libros de leyes que incluso estaban escritos en otros dialectos. Esa casa era un tesoro. Después de un buen rato, la respuesta estaba lista, la dobló y la entregó al enviado.

—Lo único que pediré a ti y a Ingrid es que no se separen de ella. Cualquier oportunidad pueden aprovecharla los enemigos de milady. Estoy seguro de que ya deben estar vigilando la casa. Apenas salgan, serán el blanco de los ataques. Mañana, al ir a la taberna, tengan cuidado. Sé que eres habilidoso, pero no te confíes, por hacerlo, mis cuñados te dieron una paliza.

—Entendido, excelencia, no se preocupe, no lo defraudaré. Cuidaré a milady con mi vida, aunque ella está más preocupada por usted, teme que le pase algo.

—No me pasará nada. Ni esa mujer logrará seducirme, ni me hará daño. Estoy preparado para cualquier acontecimiento, nada logra sorprenderme, he visto mucho en esta vida. Cuando me case con milady, podrás hacer un par de entrenamientos con mis cuñados para que estés mejor preparado, te tocará escoltar a una duquesa.

—Es usted muy amable, excelencia. Con su permiso, me despido, milady debe estar esperando esta respuesta y se pone de mal humor si no le llegan las cosas a tiempo.

—Entiendo. Dígale que se quede tranquila y que tengo una solución para ella.

Harper asintió y se retiró raudamente. Este hombre se preocupaba mucho por su ama, solo que ella era caprichosa y no se daba cuenta de que estaba desaprovechando una gran oportunidad por hacerse la digna. Nunca volvería a cruzarse con alguien como el duque que estaba loco de amor por esta necia.

De regreso a la residencia del duque de Albine, notó que gente extraña miraba la residencia. De inmediato recordó la advertencia del duque. Eran blanco fácil si salían, por eso debían tomar más recaudos al hacerlo. Ir a la taberna sería arriesgado, pero debían hacerlo. Tendría que pensar en una solución para cuidar sus vidas y advertirle a su ama que no hiciera tonterías como salir para comprar joyas nuevas. Eso sería un suicidio.

Harper no solo no entró por donde debería, sino que lo hizo de otra forma para no ser visto. Una vez en el jardín de la residencia, se apresuró a darle la respuesta a su ama.

—Milady, el duque ha enviado su respuesta... —comunicó Harper extendiendo la carta hacia ella.

Helen la cogió con una mano e hizo un gesto con la otra para que él se retirara.

Querida Helen,

Tuve la desdicha de leer lo que te han escrito; sin embargo, sabíamos que este es un movimiento evidente de piezas en el tablero. No juegan con estrategia, juegan a matar a la reina. En cierta manera, no queda otra opción más que seguirles el juego y atacar primero.

La veré en la taberna como pidió.

Suyo,

William.

—Este hombre siempre es tan directo, por eso me gusta tanto... —murmuró Helen con la respuesta colocada en su pecho.

—Milady, hay personas espiando afuera. No estaban cuando me fui. Echaré un vistazo a lo largo del día para saber si siguen —anunció Harper, que miraba por la ventana.

—¿No estarás exagerando, Harper? —inquirió Ingrid.

—No creo que Harper esté exagerando. Son enviados por el duque. Ya estoy advertida de muerte y ellos ya mueven las piezas. Ahora nos defenderemos y después pensaremos en el siguiente paso en compañía del duque. Ustedes dos estén listos para matar. Sus prendas deben ser ligeras para moverse con soltura. Lleven espadas y pistolas. No hay que perder la oportunidad de dejar al marqués sin secuaces —ordenó Helen—. Antes de ir a la taberna, acabarán con el problema de raíz.

—Sí, milady —replicaron sus sirvientes al unísono.

—Esto es solo el comienzo. Eliminaremos a uno o dos, pero aparecerán tres o cuatro. Es como ver una cucaracha cerca de una piedra, levantarla y encontrar una comunidad. Debemos ser inteligentes.

Sus sirvientes asintieron y salieron de la habitación dejándola sola. Ella tendría que prepararse mentalmente para lo que vendría. No tendría tiempo de vengarse como deseaba, porque el enemigo era rápido y no soportaba las humillaciones. Era evidente, la primera

vez fue lo mismo, pero en esta ocasión Helen estaba preparada, ya no sería la víctima, se convertiría en la villana de la historia ajena. No tendría tanto valor si no fuese por el apoyo del duque. Su familia la apoyaba, pero William era como el rincón seguro en el que ella podía sentirse libre, decir lo que pensaba y no esperar un reproche, solo palabras razonables e incitadoras que le hacían cuestionar su buen juicio. En verdad aspiraba a mucho cuando estaba a su lado, mas siempre recordaba lo que le impedía ser la esposa de ese buen caballero y no podía arrastrarlo al lodo.

***

Para un rato antes de salir rumbo a la taberna, los sirvientes de Helen salieron con una doncella haciéndose pasar por la joven de la casa. Todos usaban capas y subieron al carruaje esperando que alguien los siguiera y así ocurrió.

Apenas unas millas más adelante, unos cuatro caballos con sus jinetes se acercaban.

—Lo que decías era cierto —comentó Ingrid con su arma en la mano, mirando a través de la ventanilla del carruaje.

—Aprendí algo de haber espiado sin estar preparado: tarde o temprano te dan una paliza... —resumió Harper—. Cuando se acerquen un poco más, disparamos. Necesitamos ser precisos...

La doncella se agachó dentro del carruaje, mientras que Harper e Ingrid calculaban los movimientos que harían para eliminar a sus enemigos.

Una vez que llegó el momento, los dos salieron por la portezuela del carruaje y comenzaron a disparar. Ambos eran hábiles para hacerlo en movimiento. También terminaron encima de los caballos de los atacantes una vez que lograron matarlos.

La misión estaba cumplida. Quizá los jefes de aquellos se dieran cuenta de que estaban muertos en un día o unas horas, lo que les daba ventaja para salir sin problemas esa noche.

Regresaron a la residencia para recoger a Helen, pero antes recorrieron los alrededores de la residencia por si estuviesen más personas escondidas, puesto que antes solo eran dos los que espiaban la casa y después aparecieron otros y eso los hacía desconfiar de la paz que habían conseguido minutos atrás. Una vez que se aseguraron de que no hubiese más de esos delincuentes, Harper e Ingrid pudieron buscar en paz a su ama.

—¿Cómo les fue? —curioseó Helen con los brazos cruzados bajo el pecho.

—Fue un éxito. En realidad eran cuatro personas, dos custodiaban la casa y los otros eran el respaldo. Apenas supusieron que usted salía, no dudaron en seguirnos —contó Harper.

—Sí, milady. Los matamos. Nos deshicimos de los cadáveres en un callejón —continuó Ingrid.

—Ahora sí valen lo que paga mi familia por usted, son muy hábiles. Denle a la doncella una recompensa por las molestias, debe estar asustada... Llévenme a la taberna. No querrán que su excelencia se impaciente y me reprenda por culpa de ustedes y sus hábitos de matar y deshacerse de los cuerpos.

Los dos sirvientes asintieron y la llevaron hacia el carruaje. En esta ocasión estaban saliendo en paz, al menos eso sería relativo, no sabía lo que pasaría en un par de días.

***

Mientras tanto, en la taberna, el duque creyó que la ocasión era seria y no conveniente para mostrar un poco de lo que tanto le gustaba a Helen. Quería que se enfocara en lo importante. Lo único que podía hacer mientras la esperaba era beber unas copas de vino. Al oír que la puerta se abría, él se enfocó en la figura con la capa.

—Es de noche y está más cubierto que de costumbre, William...

—No creí que tuviese humor de verme sin muchos trapos.

—¿Por qué lo citaría aquí si no es para verlo mejor? No sea absurdo y quítese algo.

—Bien...

Él obedeció y se despojó de la camisa para que ella pudiese pasar sus dedos por su torso. No era un hombre musculoso, pero sí fuerte y atlético. Aquella siempre parecía disfrutar de lo que William podía ofrecer.

Capítulo 26

—Así está mejor... —alegó acercándose a él para colocar su cabeza en el pecho de aquel—. Hoy quisieron atentar contra mí vida.

—¿Cómo es posible? ¿Dónde estaban esos inútiles que te sirven? —gruñó con impaciencia apretándola contra su pecho.

—Ay, excelencia, no me deja contar toda la historia y se anticipa absurdamente... Para su tranquilidad, ellos me han defendido gracias a una planificación. Harper se dio cuenta de que estaban espiando la casa. Antes de venir aquí, Ingrid y él salieron con una doncella fingiendo ser yo en el carruaje y fueron perseguidos por cuatro personas, ellos los mataron, se deshicieron de los cuerpos y después me trajeron aquí. Han sido eficientes, no los juzgue con dureza.

—Eso me alivia, Helen, estaba a punto de revisar si estabas herida.

—No, no lo estoy. Estuve quieta en casa esperando noticias de ellos. Confío en mis sirvientes, a veces son tontos, pero por algo aún los conservo.

—Ahora que la amenaza se ha disipado temporalmente, ¿qué piensa hacer?

—Quería alargar esto, pero me doy cuenta de que no lo soportaré. Terminaré estallando de furia y me delataré. Deseo terminar el asunto, en lugar de darme satisfacción, como creía que ocurriría, no me hace tan feliz.

—¿Es por mí?

—¿Por un caballero? Caballeros abundan como peces en el mar.

—Pero no uno como yo, que es tan fiel como un perro, ¿no lo cree? Estoy de acuerdo en que deje esta venganza, aunque no sin haberse bebido el trago final. Usted escoge cómo y yo la ayudaré. De hecho, me he tomado el atrevimiento de hacer el plan para que no se sofoque pensando.

—Veremos si me agrada lo que pensó.

—A usted la secuestraron, entonces, secuestre. Será un ojo por ojo y diente por diente, ya no se deberán nada. Las dos son solteronas y solo a una le falta perder la reputación...

—Creo que me ha leído la mente. Es lo que pensaba hacer. En el próximo baile, usted me ayudará. Tendré que tolerar verlos juntos un rato, el tiempo justo que necesito para que se la lleven por unas horas al mismo lugar en que me dejaron a mí.

—Sabía que soy el objeto de su deseo. En mí tiene al aliado más leal y letal. Deje todo en mis manos y disfrute del espectáculo desde el palco de honor. Este siervo no fallará... —Él cogió la mano de la joven e hizo que esta recorriera su pecho para que pudiesen estar aún más cerca de lo que ya estaban. Con un poco de tentación tenía a Helen en donde quería. Era una damita codiciosa, pero todavía demasiado puritana para exaltarse mucho y desear más que solo besos y caricias—. Después de que todo esto acabe, ¿considerará mi propuesta de matrimonio? He dado múltiples soluciones y he dicho que ningún rumor me importa. Le demostré que jamás la torturaré ni le haré pasar malos momentos, soy un hombre honorable y de palabra. ¿Acaso eso sigue sin ser suficiente para aceptarme?

—No veo la diferencia entre usted y una paloma en el parque, excelencia, a los dos les gustan las migajas.

—Qué palabras tan crueles para alguien que ofrece tan poco para que una paloma quiera comer de sus sobras. No desperdicie mi buena voluntad, milady, me ofrezco como un festín y me comparan con una paloma come sobras. ¿No teme que alguien más pueda aprovechar mi disposición?

—Puede intentarlo, de hecho, lady Eliana está disponible, al menos hasta dentro de unos días, después su reputación estará arruinada, revolcándose junto a la mía en el lodo del desprestigio.

—Me ofende, Helen, no tengo mal gusto. Prefiero ser célibe si me casaré con esa arpía. Mi objetivo es usted y tarde o temprano lo conseguiré, puedo persuadirla de muchas formas. La cama de la taberna es una de ellas y la otra un salón de baile repleto, en donde alguien comentará que está comprometida conmigo. ¿Cuál prefiere? ¿Que sea paciente u obligarla a aceptar? El único impedimento aquí es usted y sus ideas maníacas. Nadie presta atención a lo ocurrido en el pasado, es un asunto viejo. Además, lo nuevo será cosa de lady Eliana. Cuando la vean como la prestigiosa duquesa, de este servidor solo le darán halagos por cada paso que dé.

—Posee una labia envidiable, casi me convence. Mentira... Quiero salvarlo de usted mismo. No sabe en lo que quiere meterse. Su familia puede reprenderlo...

—¿Mi familia? Usted no sabe qué tipo de vertedero es mi casa. Mi primer cuñado estaba en la quiebra, el segundo, el lord del Almirantazgo, que es como un delincuente legal, el tercero es un duque de mal genio, ama cortar extremidades y matar, el cuarto era un ladrón de poca monta, el quinto, una rata de biblioteca con pocas palabras y muchas ganas de hacer dinero; y mi cuñada, la joya de la corona, estuvo en Bedlam por diez años e intentó matar al que la metió ahí. Helen, créame, es más que apta para integrar la familia Preston. Ahí no tendrá miedo ni vergüenza, recuerde que hay cosas peores que las suyas. La recibirán con los brazos abiertos y mucha algarabía. Estoy seguro de que querrá regresar a su casa al poco tiempo por lo amorosos que podemos ser.

Helen se quedó boquiabierta. No sabía si él decía todo eso para consolarla o si era verdad, porque no podía creer tanta desgracia junta y que todos fueran felices. Su caso no era menor, sobre ella existía la sombra de la duda y temía por lo que dirían de su persona.

—Es una historia increíble, William...

—Es la realidad, puedo presentárselos para que los conozca y sepa que es cierto; sin embargo, hablé de los pecados de mis cuñados, pero no de los que compartieron techo conmigo.

Él comenzó a contar la historia de cada una de sus hermanas para que aquella comprendiera que no todos los buenos eran tan así y los malos tampoco, que los motivos de cada uno fueron válidos y que no por eso fueron excluidos, sino que con paciencia terminaron siendo aceptados.

La noche llegó y William estaba mentalizado para conseguir lo que deseaba. La venganza de Helen estaba a menos de una hora de concretarse. Dentro del salón buscó a la joven y a sus padres. Ellos estaban en un rincón con caras de circunstancia, entonces se acercó para conversar.

—Buenas noches, ¿cómo han estado? ¿James aún no está listo para dejar su casa? —curioseó William.

—Oh, excelencia, es un gusto verlo. James no tiene paciencia para la silla de ruedas. Cuesta movilizarla por todas partes, la usa solo para ir al jardín, aunque el enfado siempre termina llevándolo a la cama —comentó la madre de Helen.

—Buenas noches, excelencia. A mi hermano le gusta el drama. No puede estar si hacer uno. Se siente solo e inútil por más que está más trabajador que nunca con todos los asuntos del ducado —replicó Helen.

—Excelencia, James está frustrado. Debería visitarlo y tomar un té con él y Helen. Ellos dos se llevan bien con usted… —dijo el duque, que se colocó junto a William. Aquel era un viejo zorro que estaba a punto de poner a su hija en el hombro de él para que se la llevara lejos.

—Iré mañana, lo prometo. No puedo abandonar a mi amigo y socio. Les prometo que estará de buen humor. Si me permiten, ¿podría llenar el carnet de su hija?

—Llénela cuantas veces quiera… —pidió la duquesa que se enroscó al brazo del joven duque como una serpiente. Tenía al duque de Albine de un lado y a la duquesa del otro. Eran como dos diablillos sugiriendo cosas. Ellos eran igual de sutiles que sus padres, o más bien, no tenían ni un gramo de sutileza y se arriesgaban sin importar que pudiesen fracasar.

Helen rodó los ojos. Sus padres ni siquiera se atrevían a vacilar un poco para avergonzarla, pero William era un santo que tenía una paciencia infinita y les seguía el juego. Él siempre le demostraba lo valioso que era con esas acciones. Cada noche pensaba en aquel cuando no estaba haciendo algo que la mantuviese ocupada, evitaba hacerlo porque de esa forma creía que no alimentaría ilusiones absurdas; sin embargo, falló y estaba más que interesada en el duque de Welberg.

—Adelante, excelencia. —La joven sabía que bailar era la forma de decir del duque que necesitaba hablar con ella. No sabía qué podría decirle. Helen tenía en mente disfrutar del botín que significaba darle un punto final a la historia que la había atormentado por años. Después de eso decidiría si escogía el camino a la felicidad con William o la soltería para protegerlo.

—Debo conversar con usted para unos ajustes. ¿Será posible que busque conmigo una copa para beber? —indagó mientras escribía su nombre en el carnet.

—También tengo la boca seca, excelencia —concedió.

Los dos se despidieron de los padres de la joven y fueron a buscar unas copas de vino.

—Quería preguntarle algo, ¿cómo se supone que escapará de sus padres para ir a visitar a la secuestrada cuando lo hagamos? Tengo a la gente lista en el jardín.

—Mmm… no había considerado a mis padres, de hecho, los olvidé. Es cierto que me preguntarán mucho y se preocuparán si desaparezco.

—Entonces… ¿Les contará sus planes? Tarde o temprano será acusada del hecho.

La joven suspiró y asintió. El duque sabía que no podría ocultar su pecado por más tiempo.

—William, piensa todo. No había considerado lo que me dice. Tendré que confesar que estamos juntos en esto.

—Es así. ¿Y sobre el prometido falso?

—Eso… no lo sé.

—Eso es bueno, si tiene dudas es porque puede cambiar de opinión a mi favor.

—No se cansa de ser optimista. Parece que terminaré contagiada con su buen ánimo. Es el mejor cómplice que alguien podría tener. Aún no le he agradecido su generosidad.

—Helen, no vendo unicornios, nada es gratuito, siempre espero un pago y ese es un simple y sencillo: sí.

—Tampoco compro unicornios, William. Tengamos cuidado el uno del otro y esperemos el desenlace.

Los dos cogieron sus copas y compartieron un brindis casi imperceptible entre los dos. Esperar era la parte más difícil del plan. Esa noche William se comportaría con amabilidad y bailaría con la joven Eliana. Mientras él la distraía y después la enviaba al jardín, Helen contaría lo que estaban haciendo a sus padres para poder vengarse de verdad.

Capítulo 27

Eliana llegó a la velada y con su mirada no buscó al duque de Welberg, sino a Helen. Después de unos días de haber fallado en el espionaje y ataque contra ella, se enteró del hecho. Deseaba haberla quitado de su camino; no obstante, seguía viva y siendo una piedra en su zapato. Si falló una vez, no lo volvería a hacer. Alguien debió advertirle sobre lo que estaba pensando hacer. No se le ocurría que pudiese ser alguien conocido, pues todos en su familia eran silenciosos.

La madre de Eliana la observaba con satisfacción al saber que se estaba muriendo de rabia al darse cuenta de que no pudo matar a la hija del duque de Albine, su maniobra de advertencia fue importante para que esto ocurriera, Eliana necesitaba un escarmiento urgente o terminaría muy mal.

—Fallamos, padre. Ahí está, acaparando al duque... Es un problema para mí, no me deja acercarme.

—Calma, mi pequeña. El duque será tuyo, ten paciencia —dijo su padre, que la cogió de la mano.

—No puedo tener paciencia. Siento que ella me roba todo. ¿Por qué?

—Es una tontería, Eliana. Puedes hacer dos cosas: te resignas a ser soltera o buscas un candidato decente dispuesto a tolerarte. El duque no creo que sea una buena opción para ti —opinó su propia madre.

—Qué ánimos me da. Callada hace un mejor trabajo. Mi padre es el único que me apoya...

—¿Apoyarte? Más bien apaña tus maldades. Las cosas no te salieron la primera vez y tampoco lo harán una segunda, sigue tu camino o te arrepentirás de las consecuencias. No creas que no pagarás por el pasado.

—Ella no sabe que fuimos nosotros y tampoco lo sabrá. Parece que se preocupa más por esa mujer que me insultó. Merecía pagar las consecuencias de ofenderme.

—Basta. No peleen entre ustedes. Vinimos a algo y esperaremos que eso ocurra.

La paciencia de Eliana se agotaba y se puso más furioso al ver que el duque y Helen bailaban entre los demás asistentes. Tan gráciles y sonrientes hacían que la envidia se filtrara entre sus poros, queriendo regresar al pasado y acabarla de una vez. En aquel entonces no tenía esa intención, solo quería darle un escarmiento que le permitiera sacarla de competencia.

Cuando el baile terminó, el duque se separó de aquella y cada uno fue por su lado. Eliana intentaría insistir con un baile, pero no necesitó hacer mucho, pues el mismo hombre se acercó a ella, lo que la dejó completamente sorprendida.

—Excelencia... —habló Eliana con presteza, haciendo una reverencia apresurada gracias a la sorpresa.

—Milady, es un gusto saludarla. ¿Cómo ha estado?

—Muy bien... —Ella hizo un gesto a sus padres para que se fueran de ahí, no quería ser interrumpida y más cuando él mismo la había buscado—. Es bueno volver a verlo.

—La estaba buscando para disculparme. La última vez considero que fui grosero. Estaba cansado, pero en esta ocasión estoy de mejor humor... —William sabía qué dulce arrojar para atraer a esa hormiga.

Aquella sentía que el cielo se abría ante sus ojos y que la fortuna le estaba sonriendo al tener al duque a sus pies insinuándole que bailaran.

—¿Eso significa que me invitará un baile?

—Por supuesto. Me siento en deuda con mis buenos modales, si no lo hago, creo que no podré dormir debido a que la vi y no hice lo

correcto...

Estaba extasiada, en la última nube de este planeta por la emoción. Ella ya estaba planeando la boda en su interior.

Desde la distancia, Helen observaba a William cumplir su tarea como un profesional, demasiado profesional. Era tan amable que el mismo sol podría derretirse ante su hipocresía. Juraba que, si lo veía siendo más amable, le cortaría lo que le sobraba entre las piernas.

—Querida, el duque fue a pedirle un baile a esa joven. ¿Te lo comerás por causa de los celos? Si te hubieses insinuado, primero tendrías dos bailes con él esta noche —acusó su madre.

—Madre, debo explicarle algo. Él no está ahí porque quiera, me está haciendo un gran favor.

—¿A qué favor te refieres? —indagó su padre.

—La familia del marqués fue la que me secuestró en el pasado por maldad. Es cierto que dije cosas que no debería, pero no era razón suficiente para echar por tierra mi reputación y hundirme en la amargura. Esto que les digo es algo que lady Stell le contó a su excelencia. Él me está ayudando a vengarme, esto es parte del plan.

—Desgraciados... Ahora mismo iré a golpearlos y no me importará lo que la gente tenga que decir de mí... —gruñó el duque con determinación.

—Padre, no se preocupe, lo tenemos todo bajo control. El duque y James son mis aliados. Ellos esta noche probarán una cucharada de su propia medicina. No les quedarán ganas de volver a hacerle daño a nadie más.

—¿Qué tienes pensado hacer? —preguntó su madre.

—Nada más que devolver el golpe. No los mataré como ellos quisieron hacer conmigo hace un par de días.

—¿Intentaron qué? ¡Jovencita! Guardas silencio sobre cosas importantes que tu padre debe saber. Tu hermano no puede cargar

ni su propia alma y le cuentas estas cosas y a mí que soy tu padre me dejas a oscuras. Mereces un par de latigazos.

—No quería que te pusieras en plan venganza y me dejaras de lado sin poder participar en esto. Soy juez y parte y no me pueden dejar ajena a este asunto. Su excelencia ha sido amable conmigo para ayudarme.

—Él está juntando méritos para casarse contigo, créeme que no lo está haciendo porque es el hombre más bueno de la ciudad, sino que tiene intereses ocultos —comentó su padre.

—Tal vez tenga razón, padre, pero prefiero arriesgarme con él que estar del todo sola. No quería preocuparlos más. Soy un problema desde hace tiempo. James sabe sobre esto porque el duque lo involucró, pero no se lo pedí. Él está haciendo un trabajo impecable al enloquecer a esa dama para dejarla en donde necesito que esté.

Final

Durante el baile, Eliana hacía lo posible para conversar con el duque, pero este era el rey de los monosílabos, pocas veces lograba sacarle más de un par de palabras, quizá fuese alguien que no acostumbraba a conversar demasiado. Estaba pidiendo mucho si quería que le diera un poco de atención.

—¿Cómo están sus pies para otra pieza? Usted baila muy bien... —lo halagó para conseguir más tiempo a su lado.

—Usted se destaca, milady; sin embargo, ¿para qué bailar si podemos ir a otro lugar más interesante como el jardín.

Los ojos de Eliana brillaban al comprender cómo su suerte estaba cambiando. Ahí podría atrapar al duque con alguna artimaña para que se casara con ella.

—Por supuesto, excelencia.

—Usted irá a esperarme y después iré yo para que los demás no sospechen...

Eliana no pensaba con la claridad necesaria, ni siquiera sospechaba que pudiese ser una trampa que la llevaría a la ruina. Aquella pensaba que todo estaba bien y que ella era quien haría la jugada maestra.

—Así se hará...

William le sonrió. Había coronado la venganza. Llevarla al jardín era un juego de niños. Sus cuñados ya estaban informados de cómo estaba vestida y cómo se veía. Uno de ellos entró al salón y la vio, por eso sabía que no se equivocarían de objetivo. No podían cometer ningún error, pues cuando el hecho se consumara no habría vuelta atrás.

Cuando acabaron el baile, él la llevó junto al marqués. No fue descortés con este, pero tampoco se quedó a conversar más de la

cuenta. Fingir era un acto que le infligía molestar y no quería continuar con algo que no fuese beneficioso para su espíritu porque terminaría desgastado. En ese momento solo quería continuar con lo que empezaron para poder terminar y que las cosas fueran diferentes para él y Helen.

—Padre, necesito que me ayude con un plan. El duque me propuso ir al jardín y preciso que organice a la gente más chismosa de la ciudad para que nos sorprendan ahí.

—Hija mía, es un plan maravilloso. No dudes de que lo haré. Tú ve sin cuidado, asegurar este matrimonio está en mis manos.

Ambos pensaban cerrar la red cuando el pez estuviese cerca, mas no sabían que otro sería el pescado.

La joven hija del marqués tomó una copa de vino y fue hacia el jardín que estaba vacío. Apenas puso un pie fuera del salón, alguien le colocó un pañuelo en la boca, otra persona la sujetó y entre ambos la llevaron de ahí inmovilizada.

El duque de Welberg al llegar a la puerta del jardín y ver la copa de vino tirada en el suelo, supo que el trabajo estaba hecho. Debía buscar a Helen. Sin perder tiempo, le hizo un gesto para que se acercara y ella respondió con un disimulado asentimiento. Aquella se alejó de sus padres, que estaban conversando con otras personas, y fue a juntarse con William.

—Está hecho —comunicó William haciendo un gesto con la mano para que saliera al jardín.

—¿Ya la secuestraron? Son profesionales. Qué familia tan eficiente —alegó la joven sonriente.

—¿No merezco un premio por mi labor? Tuve que soportarla mucho tiempo, me duele la boca de tanto fingir una sonrisa al estar a su lado. ¿No hay un poco de compasión para este servidor?

—Tenemos muchas personas alrededor, William. Su reputación puede verse afectada por la mía.

—Me encantaría que me afectara, pero más sus labios, milady... —Él cogió el mentón de la joven y comenzó a besarlo con delicadeza. Quería complacerla, no seducirla, porque no era el lugar indicado para eso. Por más que a William no le importara, debía tener en cuenta las preferencias de la joven. No podía ir en contra de sus deseos.

—¡Esto es escandaloso! —exclamó una mujer que se abanicaba con rapidez.

Helen y William se separaron al instante al ver a un pequeño grupo de invitados acercándose. Para la mala suerte del duque, los ojos de ella se posaron en él para acusarlo, pero aquel lo negaba con vehemencia.

—¡Usted se ha propasado con mi...! —El marqués no pudo terminar de decir lo que deseaba al ver ahí a la hija del duque de Albine con el duque de Welberg. Entendió que había hecho un verdadero puente para el matrimonio entre esa joven y ese caballero, pero si ella estaba ahí, ¿en dónde estaba su hija?

Al escuchar las palabras del marqués, William comprendió que quisieron tenderle la trampa más confiable de todas: la acusación. Esta situación estaba más a su favor que en su contra, porque gracias a la estupidez de ese hombre conseguiría lo que había querido.

—¿A quién pensaba encontrar aquí, señoría? Mi prometida y yo estábamos mirando las estrellas. Aquí no ha ocurrido absolutamente nada fuera de lugar. Milady y yo estamos comprometidos desde hace un mes. Pueden preguntarle a mi padre, el letrado más confiable de la ciudad, él no sería capaz de mentirles...

La mente de Helen hacía planes para matar al duque, mientras lo admiraba por sacar una respuesta tan rápida sin haberlo meditado con cuidado.

—Pero... ¿dónde está mi hija? ¡Eliana! —exclamó el hombre corriendo hacia el interior del jardín.

—Si nos disculpan, iremos adentro. Ah, no hemos visto a lady Eliana... —replicó William que cogió a Helen de la mano para sacarla de ese lugar antes de que las personas comenzaran a lanzar veneno que pudiesen herir la sugestión de su amada.

—Me debe una explicación, excelencia. Habíamos quedado en...

—¿Prefiere seguir de pie y ser acusada o seguirme la corriente para salvar nuestro pellejo? Mi padre se encargará. Él es un excelente cocinero, les dará un banquete de explicaciones para justificarnos. Nosotros debemos ir a cerrar un capítulo de su vida, Helen. Después hablaremos de lo que ocurrirá con esto.

Pese a que estaba un poco molesta, entendió lo que el duque quería. Podrían perder tiempo discutiendo con personas que solo los acusarían y se perderían de lo que era realmente importante.

William la subió al carruaje que los llevaría hasta la cabaña en donde había estado cautiva la Helen hacía dos años. Le daría el mismo trato que ella recibió en ese lugar.

—¿Cómo se siente al saber que obtendrá su venganza?

—Creo que es tan amarga y dulce a la vez, porque sé que provoqué a alguien sin necesidad. Quizá si respondía con otras palabras menos hirientes, ni ella ni yo estaríamos en esta situación; sin embargo, el límite entre el egoísmo y la maldad fue traspasado. Matarme supera el querer hacerme daño... Ya no hay lugar para el perdón...

—Eres sabia en lo que dices. No pediré compasión ni clemencia por ella. Ahora que está en tus zapatos, no sé si cambiará o se volverá más arrogante.

—No puede ser más arrogante de lo que ya es. Morirá con su malicia. En el futuro tendré que seguir alerta ante su locura...

Frente a la cabaña en cuestión se encontraban sus cinco cuñados. Aquellos bebían de una botella con una sonrisa en el rostro.

—Oye, ¿en qué momento podemos cortarle un dedo? Ese puede ser el mejor recordatorio para portarse bien... —insinuó Alexander.

—No estamos aquí para cortar ni matar, ¿entienden? Les presento a lady Helen, la hija del duque de Albine.

—Ah, es nuestra futura concuñada. Bienvenida a la familia. Es un lugar acogedor. Te obsequiaría esta flor, pero es venenosa, es la mujer cautiva —dijo Roger con una media sonrisa.

—Es un gusto conocerlos, pero no soy la futura concuñada. Hay cosas que debo discutir con el duque. ¿Puedo pasar a verla? —inquirió Helen señalando hacia la cabaña.

—Tenga cuidado, es salvaje. Le daré un arma. Mátela si se mueve —comentó Charles dándole la pistola que tenía en la mano.

Aquella apenas podía sonreír con esas personas tan extrañas. Lo que decían era sumamente aterrador, lo que significaba que el duque no exageraba al decir que su familia era un verdadero cofre del tesoro de la maldad.

Al entrar en la cabaña, Eliana tenía los ojos vendados y gritaba improperios.

—¡Los mataré cuando salga de aquí! ¡Se arrepentirán, no saben quién es mi padre!

—Qué molesta... Tú tampoco sabías quién era mi padre cuando me mandaste secuestrar y hundir mi reputación... No importó nada... —Helen se acercó y le quitó la venda.

—¡Tú! —exclamó sin poder creerlo.

—Sí, yo. Después de dos años descubrí quién quiso hacerme daño. Lo único lamentable es que, sacándome del mercado matrimonial, tampoco conseguiste casarte. Eres una fracasada total. Me alegro de que ni tú ni yo estemos casadas. Tu vida es un fiasco. Te diré algo más para que te duela el espíritu. Ese duque al que persigues me pertenece y me ayudó a conseguir hundirte. Ah, tu padre hizo gran parte del trabajo. Comenzó a gritar tu nombre

cuando estabas desaparecida... —A Helen se le escapó una sonrisa malvada—. Además, como broche de oro, nos delató a William y a mí en el jardín... conseguí un matrimonio maravilloso. Seré la duquesa de Welberg y tú solo serás la mujer con la reputación manchada.

Eliana palideció al darse cuenta de todo lo que le decía Helen. En esta ocasión ella fue la única perdedora.

—Llorar no servirá de nada. Ojo por ojo y diente por diente. Podrás vivir en carne propia lo que yo he vivido estos años. Sabrás lo que es salir con un sombrero que te cubra la cara para huir de la vergüenza, creer que estás manchada y sufrir pensando en que serás una carga eterna para tu familia, que irás de casa en casa mendigando un techo... ¡Vivirás mi miseria!

La hija del marqués no dejaba de llorar, al igual que Helen. Ella reía de satisfacción, pero lloraba de rabia.

—Que tengas suerte al salir de aquí. Te soltaré después de que pasen dos horas. Soy educada y devuelvo la fina cortesía que recibí de tu parte. Otro asunto importante es que, si das mi nombre a las autoridades o a alguien, yo te hundiré aún más contando lo que me quisiste hacer hace poco y que fuiste el cerebro de mi desaparición. Hasta aquí llegamos tú y yo. No te cruces en mi camino y no te aplastaré, aunque te pido disculpas por haber sido hostil en el pasado, lo pagué, lo sufrí y aprendí, pero no perdono contragolpes.

Con elegancia, Helen se limpió las lágrimas y se dirigió a la salida. Ahí encontró a William bebiendo con sus cuñadas.

—Terminó —declaró Helen.

—Por fin... La llevaré a casa...

El duque la acercó a su figura mientras caminaban.

—¿Se casará conmigo o prefiere ser solterona para siempre? Si decide lo último, no olvide aprender a cocinar. Puede enfermarse si come carne cruda.

—Desde que lo conocí no he dejado de pensar en que usted ve la vida de otra forma que para mí es difícil, pero al verlo tan determinado a conseguir sus objetivos, no puedo negarme a participar de ellos...

—¿Eso qué significa? ¡Dígame que sí se casa conmigo! No me obligue a raptarla y casarnos en Gretna Green.

—No me caso con usted porque me dé lástima, sino porque lo estoy amando desde hace tiempo, quizá desde la primera vez que lo vi sentado en la taberna con la cara golpeada.

—Qué coincidencia, yo la amé desde que se quitó la capa y me mostró su rostro. Su belleza no es lo que más me atrajo, sino su determinación para mentir. Mi mente dijo que eras la adecuada y no se equivocó...

—Ahora debo decirles toda la verdad a mis padres, los engañé mucho, pero ellos también me torturaron, lo merecían.

***

Un año después...

Helen y William se casaron y fueron a vivir a otro condado, muy cerca de Alexander y Primrose.

Para Helen fue difícil confiar en un primer momento en el matrimonio que estaba construyendo, pero William le demostraba que la confianza no se iba ni con todas las locuras que ella tenía en mente. Sus sirvientes se habían dividido. Harper se convirtió en el ayuda de cámara del duque e Ingrid en la doncella personal de Helen. Dejaron de lado las armas para tener una vida tranquila.

La salud de James fue recuperándose con los meses; sin embargo, la silla de ruedas era la mejor opción para no agotarlo. Él por fin tenía paz al ver casada a su hermana, porque era lo único que le impedía partir de este mundo. Casarse aún no era opción, cuando su salud mejorara, pensaría en ello.

Eliana, la hija del marqués, se fue de Londres con su familia. A oídos de Helen llegó la noticia de que terminó casada con un noble francés, al final de cuentas, no le fue tan mal en la vida, pues el único objetivo de una casadera era casarse.

—Menos mal que me convenciste de casarme contigo... —habló Helen que cogió del brazo a William mientras caminaban hacia el estanque de patos.

—¿Te convencí? Fue la presión social la que te obligó después de que el chisme se regara por la ciudad.

—Pero siempre lo quise. Me juzgas con dureza, William.

—Es que no pierdo la maña. ¿Qué venimos a hacer aquí?

—Quiero comer pato. Con mi vientre de este tamaño no puedo correr a cogerlo, ve y hazlo por mí.

—Iré a por mi arma.

—No. ¿Quieres que tu hijo y yo comamos restos de pólvora?

—Se lo pediré a Harper. Necesita practicar sus habilidades con la flecha.

—Excusas. Este niño tendrá cara de pato y, en lugar de llorar, graznará por culpa de su padre y su corta visión de la vida.

—Ahí vamos de nuevo con la corta visión...

Fin.

Disfruta de la próxima serie

El excéntrico lord Riverdale

Reginald Talbot, conde de Riverdale, no solo fue degradado y exiliado de la corte hacia tierras lejanas para trabajar la propiedad asignada por el Rey como castigo a su libertinaje y sus malos modales, pero aquel no cambió su vida y se volvió aún más ocioso.

Para contrarrestar la situación, su madre arregló un matrimonio con la hija de un gran general, lady Sybil Whitcombe, una dama refinada, determinada y consentida por toda la corte. Una mano firme parecía ser la única forma de encausar al conde.

¿Qué encontrará Sybil al ir a las tierras de su futuro esposo? ¿Podrá corregir a Reginald o terminará regresando a Londres con las manos vacías?

Si te gusta el romance contemporáneo, podría gustarte…



Disponible en Amazon.

«Gloria se sonrojó con rapidez. No podía creer que su jefecito se sintiera atraído por ella. Era increíble, porque no podía creer que al menos en algo era correspondida.

—Mmm... Señor...

—Henry —la corrigió. Él estaba en el momento más importante de su coqueteo.

—Sí, sí, Henry... No sé qué decir.

—El sonrojo dice que quizá yo también te gusto, Gloria. Para mí no es fácil admitir que me gusta mi secretaria, en verdad es... complicado.

—Muy complicado. Yo creo que es mejor que...

Henry no pensaba perder a la presa que había caído en sus garras. Abandonó la ventana y fue hacia ella para rodearla. Con discreción, pegó su mano a la de Gloria y apretó sus dedos con delicadeza.»

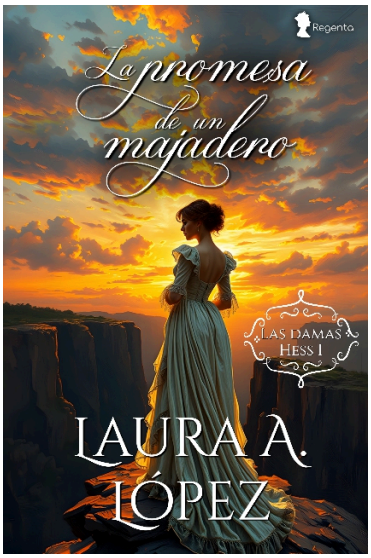


Susan Culligan, *una universitaria curiosa, amante de su país, ve con buenos ojos el matrimonio de uno de los príncipes de Westland, tanto, que decide asistir a la boda de cualquier manera, colándose entre los invitados.*

Una vez dentro de la ceremonia religiosa, corrió con la mala fortuna de parecerle agraciada a ***Arlan Wilburg-Berger, duque de Coast****, comenzando su gran sueño de cenicienta aquel día.*

No te pierdas esta novela que te divertirá.

Si te gustó Una salvaje adorable, podría gustarte…



Lady Mildred Hess, pensaba que el amor de su vida pronto regresaría para casarse con ella; sin embargo, con un desahucio para abandonar la propiedad familiar después de la muerte de su padre, su vida ya no se tratará de esperar, sino de actuar por el bien de sus hermanas.

Daniel Cooper, conde de Cholmondeley, nuevo dueño de Autum Hall, quería tomar posesión de aquel lugar para dedicarlo a ser una residencia solariega para sus diversiones de libertino; no obstante, la aparición de una de sus residentes lo lleva a hacer una promesa a cambio del sacrificio de la joven.

¿Mildred esperará por una ilusión o terminará cediendo ante sus deseos prohibidos por Daniel?

«—¡Milord, no puedo creerlo! —exclamó con una sonrisa que iluminaba su rostro por completo.

Daniel dejó que Mildred siguiera festejando su logro. Era tan hermosa cuando sonreía de forma genuina, aunque ella tendría que saber que su generosidad traía consigo condiciones.

—Debes creerlo. Con eso tu familia recuperará su brío y hasta tendrán un protector como yo… —Él se idolatraba para que ella se sintiera aún más en deuda con ella.

—Es más de lo que esperaba. No sé la razón por la que decían que era alguien tan malvado, cuando es obvio que no lo es del todo.

—Las personas tienen razón en algunas cosas, Mildred, y lo sabrás ahora. Lo que te otorgo será bajo mis condiciones. Si quieres ver bien a tu familia, te prometo que jamás les faltará nada y será gracias a ti…

—¿Condiciones? ¿Qué condiciones? —Esas preguntas que hizo le daban temor. La generosidad no parecía ser el fuerte del lord Cholmondeley.»

Biografía

Mi nombre es Laura Adriana López, soy de nacionalidad paraguaya, nacida el 05 de Julio de 1988, estoy casada y tengo una hija. Estudié Ciencias contables y Auditoria en la Universidad Americana.

Desde el año 2016 me encuentro escribiendo lo que realmente me apasiona, que son las novelas de romance de época, ambientadas en la época victoriana, regencia, etc.

También he escrito novelas contemporáneas, pero más ambientadas antes de la revolución tecnológica que tenemos actualmente, pues tengo la creencia de que la tecnología ha entorpecido de cierta forma las relaciones sociales, y más aún el romance. Es una razón, porque más me agrada soñar con un romance a la antigua.

En el 2018, empecé a publicar de manera seria, con dos editoriales. Selecta, que es del grupo Penguin Random House y que se dedica a publicar novelas románticas en digital, y con la editorial Vestales de Argentina. Con Selecta he publicado, seis títulos de una saga, comenzando por: *Rescatando tu alma perdida, Belleza y Venganza, Amor y dolor, Entre las sombras, Obligándote a amar y Te deseo para mí*; todas de romance histórico esta editorial es la que me abrió las puertas para que la gente me conociera. En el 2019 se publicaron una novela contemporánea de nombre *Un romance real,* y otra para novela histórica: *Tan perversa como inocente*. En 2020 salió a la venta *Desavenencias del amor.* **Todos los derechos han sido recuperados en el año 2025.**

Con la Editorial Vestales de Argentina, tengo publicado en físico y digital las obras de nombres: *Una perfecta señorita, La ventana de los amantes y Mi amada señorita Angel.*

También he incursionado en la auto publicación en Amazon, con*: Los mandatos de Rey*, que es un cuento corto y *Una dama infortunada*. Otros títulos: *Corazón de invierno, Una heredera obstinada, Una beldad indomable, La esquiva señorita Millford, Las peripecias de los amantes, Nuestro tiempo perfecto, La dama de Sandbeck Park, Las oscuras intenciones de lord Coventry, El amante de Londres, Anhelos de primavera, Una candidata inadecuada, El silencio de los amantes, Amantes en la eternidad, Amantes en guerra, La prometida desconocida, Enamorar a un lord inglés, La acompañante del marqués, El candidato perfecto, La joven matrona, La herencia del duque de Gloucester, El esposo ausente, Una forajida cautivadora, El preceptor, La justicia de un canalla, El domador, La nueva esposa, Una solución para lord Nottingham, El prometido despreciado, Un beso irreverente, El querido enemigo, Un compromiso accidentado, Un caballero*

misterioso, Un seductor afortunado, Una diablesa enamorada, Su encanto inglés, Una elección peligrosa, Una casadera incorregible, Una decisión imperturbable, Mi inocente secretaria, Una situación escandalosa, Un duque codiciado, La dama adecuada, El último soltero, La promesa de un majadero, El amor de un granuja, Las dotes de un calavera, Las argucias de un sinvergüenza, Los juegos de un disoluto, Cuando el amor llega tarde, No me convencerás, Un lord insufrible, Y llegué a ti, Te robé el corazón, Conquistar a un ogro, Una salvaje adorable y Dueña de su destino.

Me manejo también con el alias de Leah Heart, donde publiqué: *Mi gran sueño londinense, Nuestro tiempo perfecto y The elusive miss Millford*, la traducción en inglés de la novela corta *La esquiva señorita Millford*.